EL
VIAJE DE
SUS VIDAS
(THE LEISURE SEEKER)
MICHAEL ZADOORIAN
HarperCollins
Narrativa

EL VIAJE DE SUS VIDAS

(THE LEISURE SEEKER)

MICHAEL ZADOORIAN

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El viaje de sus vidas
Título original: The Leisure Seeker
© 2009, Michael Zadoorian
© 2018, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.
Publicado por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.
De la traducción del inglés, Carlos Ramos Malavé

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Diseño de cubierta: KARMA FILMS S.L.

ISBN: 978-84-9139-178-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

El viaje de sus vidas
Créditos
Índice
Dedicatoria
Citas
Agradecimientos
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez

Para Norm y Rose

¿Qué es más bello,
el sol del amanecer o del atardecer?
¿La aurora o el ocaso del corazón?
¿El momento de mirar hacia lo desconocido,
cuando el día devora la oscuridad,
o aquel en que el paisaje de nuestra vida
queda atrás y los lugares conocidos
brillan ya a lo lejos, y los buenos recuerdos
se elevan como niebla y magnifican
los objetos que contemplamos, que pronto se esfumarán?
HENRY WADSWORTH LONGFELLOW

El mundo está lleno de lugares a los que quiero regresar.
FORD MADOX FORD

AGRADECIMIENTOS

Toda mi gratitud, todo mi afecto y mi respeto para:

Mi esposa, Rita Simmons, que me ayudó a lo largo de todo el proceso, que me da fuerza y sabiduría, que consigue que todo esto siga siendo divertido.

Mi hermana, Susan Summerlee, por su amor y su apoyo en los momentos difíciles.

Todos mis amigos de Detroit que leyeron, ayudaron, alentaron y escucharon muchos lamentos: Tim Teegarden, Keith McLenon, Jim Dudley, el hermano Andrew Brown, Nick Marine (risa pomposa), Donna McGuire, Eric Weltner, Holly Sorscher, Jim Potter, Russ Taylor, Jeff Edwards, Dave Michalak y Luis Resto.

Lynn Peril y Roz Lessing por ayudarme a no perder la cabeza. Dave Spala por animarme y no hacerme caso. Cindy, Bill y Laura por sus consejos maternales. DeAnn Ervin por querer ayudar siempre. Tony Park por sus intrigas literarias extranjeras. John Roe por unas fotos fantásticas pese a la responsabilidad evidente. Randy Samuels por sus dosis de realidad. Michael Lloyd, Barry Burdiak y Mark Mueller por preocuparse siempre de la *mater familias*.

Mi maravillosa y talentosa agente, Sally van Haitsma, y el recuerdo de su padre, Ken van Haitsma. Mi editora, Jennifer Pooley, que con su entusiasmo infatigable y devoción por este libro, y sus signos de exclamación, fue un bálsamo muy necesario para el espíritu de este escritor. Mi amigo y maestro, Christopher Leland, un hombre que nunca deja de ayudar a sus alumnos.

Sobre todo, a la memoria de mi madre y de mi padre, Rose Mary y Norman Zadoorian. Sus vidas siguen siendo una inspiración para mí.

Gracias finalmente a la Ruta 66, a la gente y a sus lugares, reales o imaginados.

La carretera no acaba nunca.

UNO

MÍCHIGAN

Somos turistas.

Lo he asumido hace poco. Mi marido y yo nunca hemos sido de los que viajan para abrir su mente. Viajábamos por diversión; a Weeki Wachee, a Gatlinburg, al South of the Border, al lago George, a Rock City, a Wall Drug. Hemos visto cerdos y caballos nadadores, un palacio ruso cubierto de maíz, niñas bajo el agua bebiendo una botella de Pepsi, el puente de Londres en mitad del desierto, una cacatúa en bicicleta por la cuerda floja.

Supongo que siempre lo supimos.

Este, nuestro último viaje, se planeó en el último momento; el lujo de los jubilados. Es un viaje que me alegra haber decidido hacer, aunque todos (médicos, hijos) nos prohibieran ir.

—Te desaconsejo encarecidamente cualquier tipo de viaje, Ella —me dijo el doctor Tomaszewski, uno de los cientos de médicos que me atienden en la actualidad, cuando le insinué que mi marido y yo quizá nos fuéramos de viaje. Cuando le mencioné de pasada a mi hija la idea de una escapada de fin de semana, utilizó un tono que uno normalmente usaría con un cachorro desobediente («¡No!»).

Pero John y yo necesitábamos unas vacaciones, más que nunca. Además, los médicos solo quieren que me quede aquí para poder hacerme pruebas, pincharme con esos instrumentos fríos y buscar manchas dentro de mí. Ya han tenido bastante. Y, aunque a los chicos solo les preocupa nuestro bienestar, en realidad no es asunto suyo. Un poder notarial no significa que puedan dirigir nuestras vidas.

Vosotros mismos os preguntaréis: ¿es la mejor idea? Dos viejos sin suerte, una con más problemas de salud que un país del tercer mundo y el otro tan senil que ni siquiera sabe en

qué día vive, que deciden hacer un viaje para recorrer el país.

No seáis estúpidos. Claro que no es buena idea.

En una ocasión el señor Ambrose Bierce, cuyas espeluznantes historias me encantaban de pequeña, decidió que, al llegar a los setenta, se iría a México. Escribió: «Claro, es posible, incluso probable, que no regrese nunca. Son países extraños en los que suceden cosas». También escribió: «Es mejor que la vejez, la enfermedad o caerse por las escaleras del sótano». Familiarizada como estoy con esas tres cosas, le doy toda la razón al viejo Ambrose.

En resumen, no teníamos nada que perder. Así que decidí ponerme en marcha. Nuestra pequeña autocaravana, la Leisure Seeker, estaba lista y a punto. La hemos tenido así desde que nos jubilamos. De modo que, tras asegurarles a mis hijos que no pensábamos irnos de vacaciones, secuestré a John, mi marido, y nos largamos camino de Disneylandia. Ahí es donde llevábamos a los niños, así que nos gusta más que el otro. Al fin y al cabo, llegados a este punto de nuestras vidas, somos más niños que nunca. Sobre todo John.

Desde la zona de Detroit, donde hemos vivido toda la vida, vamos hacia el oeste atravesando el estado. Hasta ahora es un viaje precioso, tranquilo, sin incidentes. El flujo de aire de mi conducto de ventilación genera un silbido de ruido blanco mientras los kilómetros van alejándonos de nuestra antigua vida. La mente se despeja, los dolores disminuyen, las preocupaciones se evaporan, al menos durante unas horas. John no habla en absoluto, pero parece muy satisfecho conduciendo. Hoy tiene uno de sus días silenciosos.

Después de unas tres horas, nos paramos a pasar nuestra primera noche en un pueblecito de vacaciones que se autodenomina «colonia de artistas». Al entrar en el pueblo en sí, se ve entre los árboles una paleta de pintor del tamaño de una piscina para niños, y cada mancha de pintura está adornada con una bombilla eléctrica de color que ilumina su tonalidad correspondiente. Junto a la paleta, un cartel:

SAUGATUCK

Aquí es donde pasamos nuestra luna de miel hace casi sesenta años (la pensión de la señora Miller, que quedó

reducida a cenizas hace mucho tiempo). Tomamos el autobús de Greyhound. Esa fue nuestra luna de miel: llevar al perro al oeste de Míchigan. Era lo único que podíamos permitirnos, pero a nosotros nos pareció emocionante. (Es la ventaja de entretenerte con facilidad).

Tras registrarnos y dejar la caravana en el *camping*, damos un paseo, hasta donde yo puedo, para disfrutar lo que queda de la tarde. Me alegra mucho haber vuelto con mi marido tantos años después. Han pasado al menos treinta años desde la última vez. Me sorprende descubrir que el pueblo no ha cambiado gran cosa; hay muchas pastelerías, galerías de arte, puestos de helados y tiendas antiguas. El parque está donde recordaba. Muchos de los edificios originales siguen en pie y en buen estado. Me asombra que los padres del pueblo no sintieran la necesidad de derribarlo todo y volver a levantarlo. Deben de comprender que, cuando la gente está de vacaciones, solo quiere regresar al lugar que le resulta familiar, que sigue resultándole propio, aunque sea por un breve espacio de tiempo.

John y yo nos sentamos en un banco de Main Street donde el aire otoñal huele a chocolate caliente. Contemplamos a las familias pasar, con sus pantalones cortos y sudaderas, comiendo helados, charlando, riéndose con voz grave y lánguida, como se ríe la gente cuando está de vacaciones.

—Qué agradable —dice John. Es lo primero que dice desde que hemos llegado—. ¿Estamos en casa?

—No, pero es agradable —digo yo.

John siempre anda preguntando si estamos en casa. Sobre todo a lo largo del último año, cuando empezó a empeorar. Los problemas de memoria comenzaron hace unos cuatro años, aunque antes ya podían apreciarse algunas señales. Lo suyo ha sido un proceso gradual. (Mis problemas son mucho más recientes). Me han dicho que tenemos suerte, pero a mí no me lo parece. En su mente, primero se borraron lentamente las esquinas de la pizarra, después los bordes, y los bordes de los bordes, creando un círculo cada vez más y más pequeño, antes de desaparecer por completo. Lo único que queda son recuerdos sueltos y borrosos aquí y allá, lugares donde el borrador no logró hacer su trabajo por completo, reminiscencias que oigo una y otra vez. De vez en

cuando, tiene la lucidez suficiente para darse cuenta de que se ha olvidado de casi toda nuestra vida en común, pero esos momentos suceden cada vez con menor frecuencia. Me alegra a veces, cuando se enfada por sus olvidos, porque eso significa que sigue aquí, conmigo. Pero la mayor parte del tiempo no es así. No importa. Yo soy la que guarda los recuerdos.

Durante la noche, John duerme sorprendentemente bien, pero yo apenas cierro los ojos. En lugar de eso, me quedo levantada leyendo o viendo algún programa absurdo de madrugada en nuestra pequeña televisión a pilas. Mi única compañía es la peluca, que descansa sobre su soporte de poliestireno. A ambas nos rodea el destello azulado mientras escuchamos a Jay Leno bajo los ronquidos de John y sus vegetaciones. No importa. De todas formas no puedo dormir más de un par de horas seguidas y no suele afectarme. Últimamente dormir me parece un lujo que no puedo permitirme.

John ha dejado la cartera, las monedas y las llaves sobre la mesa, como hace en casa. Agarro su gruesa billetera de cuero, oscurecida por el sudor, y la abro. Desprende un olor musgoso y hace un ruido pegajoso mientras examino su interior. La cartera está hecha un desastre, como imagino que está su mente, con todo mezclado y unas cosas pegadas con otras, enredadas, como he visto en los folletos de las consultas. Allí encuentro trozos de papel con garabatos ilegibles, tarjetas de visita de gente que hace mucho que murió, una llave extra de un coche que se vendió hace años, tarjetas caducadas de seguros de salud junto a otras nuevas. Seguro que no la ha limpiado en diez años. No sé cómo consigue sentarse encima. No me extraña que siempre le duela la espalda.

Meto los dedos en uno de los compartimentos y encuentro un trozo de papel doblado en dos. Al contrario que el resto de los objetos, no parece llevar allí una eternidad. Lo desdoblo y veo que es una fotografía arrancada de alguna parte. A primera vista, parece una foto de familia; hay un grupo de gente frente a un edificio, pero ninguna de las personas que

aparecen en la imagen me resulta familiar. Cuando desdoblo el borde inferior, veo el pie de foto:

¡De sus amigos de Publishers Clearing House!

Debería explicar que recibimos una grandísima cantidad de correo de esa empresa. En algún punto, al comienzo de su enfermedad, John se obsesionó con la empresa Publishers Clearing House. Siempre participaba en sus sorteos y nos suscribía por accidente a revistas que no necesitábamos: *Teen People, Off-Roader, Modern Ferret*. Al poco tiempo, esos cabrones nos enviaban tres cartas a la semana. Después cada vez le resultaba más y más difícil a John entender las instrucciones de inscripción, de manera que las cartas, abiertas y a medio leer, comenzaron a amontonarse.

Tardo un rato, pero al fin entiendo por qué John guarda esa foto en su cartera. ¡Cree que es una foto de su propia familia! Empiezo a reírme. Me río con tanta fuerza que temo despertarle. Me río hasta que se me saltan las lágrimas. Entonces rompo la fotografía en mil pedazos.

DOS

INDIANA

Salimos temprano para atravesar Indiana, con su tiempo plomizo, en dirección a Chicago, donde tomaremos la Ruta 66 en su punto de inicio oficial. Normalmente no nos acercaríamos a una gran ciudad. Son lugares peligrosos si eres viejo. Simplemente no puedes seguir el ritmo y acabarás hecho puré en el pavimento. (Recordadlo). Pero es domingo por la mañana y hay poco tráfico. Aun así, nos adelantan continuamente tráileres que van a ciento veinte, ciento treinta kilómetros por hora, incluso más deprisa. Aun así John se muestra firme.

Aunque se le está yendo la cabeza, sigue siendo un conductor excelente. Pienso en Dustin Hoffman en esa película llamada *Rain Man*. Quizá sea por todos nuestros viajes en coche en el pasado, o por el hecho de que lleva conduciendo desde que tenía trece años, pero no creo que se le olvide nunca cómo hacerlo. El caso es que, cuando te acostumbras al ritmo de un viaje de largo recorrido, todo es cuestión de dar indicaciones (ese es mi trabajo; soy la dueña de los mapas), evitar las salidas inesperadas y mantenerse alerta ante el peligro que se avecina a toda velocidad por el espejo retrovisor.

Sin previo aviso, el aire se vuelve gris y pesado. A lo lejos brillan las fundiciones y las fábricas, envueltas en la niebla.

John frunce el ceño, se vuelve hacia mí y dice:

—¿Te has tirado un pedo?

—No —digo yo—. Estamos atravesando Gary.

TRES

ILLINOIS

A las afueras de Chicago, la autopista Dan Ryan no lleva mucho tráfico, pero todos conducen demasiado deprisa. John intenta mantenerse en el carril derecho, pero no paran de poner y quitar carriles. Ahora me arrepiento de no haber tomado la Ruta 66 a la altura de Joliet, como tenía planeado en un inicio. Es que una parte de mí necesitaba hacer este viaje desde el comienzo hasta el mismísimo final.

Extraoficialmente, la Ruta 66 comienza en el lago Míchigan, en Jackson Drive con Lake Shore Drive, que nosotros localizamos sin mucho problema. Es más difícil encontrar el punto de partida oficial de la Ruta 66, en Adams Street con Míchigan Avenue. Cuando al fin vemos el cartel, le pido a John que se detenga en el arcén. Jamás podríamos hacer esto en un día laborable, pero hoy la calle está desierta.

COMIENZO DE LA HISTÓRICA
RUTA 66, ILLINOIS, EE. UU.

Me asomo por la ventanilla para verlo mejor, pero no me bajo de la caravana. Mi peluca no aguantaría el viento. Saldría volando por Adams Street como una planta rodadora en cuestión de segundos.

—Es aquí —le digo a John.

—Sí, señor —responde con gran entusiasmo. No sé si entiende lo que estamos haciendo.

Seguimos por Adams Street. Conducimos entre edificios tan altos que la luz del sol no nos llega. Este crepúsculo de rascacielos me hace sentir extrañamente a salvo. Cuando llegamos a Ogden Avenue, empiezo a ver carteles de la Ruta 66.

En Berwyn hay pancartas de la Ruta 66 colgadas de las

farolas. Veo un lugar llamado Inmobiliaria Ruta 66. Cuando llegamos a Cicero, el antiguo territorio de Al Capone, parece que todos están despertándose. La gente conduce, pero sin prisa, se toman su tiempo para disfrutar la mañana del domingo.

Me doy cuenta de que si John y yo queremos sobrevivir a este viaje, debemos comportarnos del mismo modo. Sin prisas, sin presión, sin superautopistas de cuatro carriles, a poder ser. Ya tuvimos demasiadas vacaciones así con los niños. Dos días para llegar a Florida, tres para California; «Solo tenemos dos semanas. Deprisa, deprisa, deprisa». Ahora tenemos todo el tiempo del mundo. Salvo que yo me caigo a pedazos y John apenas se acuerda de su nombre. Pero no pasa nada. Yo me acuerdo. Entre los dos formamos una persona completa.

Junto a la carretera, dos niños pequeños recién salidos de la iglesia nos saludan con la mano. John toca el claxon. Yo levanto la mano y saludo girando la muñeca como si fuera la reina Isabel.

Pasamos frente a la estatua de un enorme pollo blanco.

¿Sabíais que hay partes de la Ruta 66 que están enterradas bajo la autopista? Es cierto. Los muy cabrones desalmados pavimentaron justo encima. Por eso hoy en día la Ruta 66 es una carretera muerta, fuera de servicio, con los emblemas arrancados de los arcenes como soldados deshonrados.

Cuando llegamos a uno de esos tramos de autopista, John acelera de manera natural, un instinto de cualquier chico de Detroit.

—¡No corras, John! —le digo, y me siento más libre de lo que me he sentido en años.

Desde nuestro punto de observación elevado en la Leisure Seeker, la enterrada Ruta 66 vuela bajo nuestros pies. De pronto me entra sueño, bajo la ventanilla un poco y dejo entrar el aire caliente, que hace un sonido parecido al de una sábana recién lavada. Quiero sentir el viento en la cara. En la guantera, encuentro un pañuelo de plástico doblado, obsequio de una tintorería de nuestro antiguo vecindario en Detroit. Me pongo el pañuelo sobre la peluca, me lo ato por debajo de

la barbilla y bajo del todo la ventanilla. El pañuelo ondea violentamente como si fuese a salir volando de mi cabeza, con peluca incluida. Vuelvo a subir la ventanilla casi por completo.

Está bien entrada la mañana y el clima es perfecto. Hace un día radiante de septiembre, con un sol amarillo vivo, como los que se ven pintados en la esquina superior del dibujo de un niño. Aun así yo detecto el aliento del otoño en el aire, seco y almizcleño. Es el típico día de otoño que antes me hacía sentir que cualquier cosa era posible. Recuerdo un viaje por carretera hace años, cuando los niños aún vivían con nosotros, atravesando las llanuras de Misuri un día como este y sintiendo por un momento que la vida podría continuar indefinidamente, que jamás terminaría.

Es curioso lo que puede hacerte creer un rayo de sol.

Últimamente el otoño ya no es mi estación favorita. Las hojas secas no me resultan tan atractivas como antes. No me imagino por qué.

La autopista termina y volvemos a estar en la Ruta 66. Lo sé por un enorme astronauta con traje verde que hay de pie junto a la carretera.

—¡Mira, John! —digo mientras nos aproximamos a ese coloso esmeralda que tiene la gigantesca cabeza metida en un casco como una pecera.

—Qué cosas —comenta John sin apenas desviar los ojos de la carretera. No podría importarle menos.

Cuando dejamos atrás la cafetería Launching Pad Drive-In, vuelven a entrarme ganas de bajar la ventanilla del todo. Entonces me doy cuenta de que si quiero sentir el viento y el sol en la cara, no hay razón para no hacerlo. Me quito el pañuelo, después me desabrocho el casco de fibra sintética (el tono oscuro Eva Gabor Milady II; un 75 % blanco y un 25 % negro) que llevo agarrado precariamente al poco pelo fuerte que me queda. Meto la mano debajo, tiro hacia atrás y después hacia arriba y dejo al descubierto mi cabeza.

Bajo la ventanilla y tiro la maldita peluca, que rebota por la cuneta como un animal recién atropellado. Qué alivio. No recuerdo la última vez que mi cuero cabelludo vio la luz del sol. El poco pelo que me queda es muy fino y delicado, como los primeros mechones de un recién nacido. Con este viento

tan delicioso, los cabellos más largos se revuelven sobre mi cabeza, como un triste turbante, pero hoy no me importa. Recuerdo que me molestó mucho cuando empecé a perder pelo después de la menopausia. Me avergonzaba, como si hubiera hecho algo malo, me daba miedo lo que pudiera pensar la gente. Nos pasamos la vida preocupados por lo que pensarán los demás cuando, en realidad, la gente no suele pensar. Las pocas ocasiones en que lo hace, suele ser algo malo, es cierto, pero al menos puede admirarse el hecho de que hagan el esfuerzo de pensar.

Miro hacia atrás para contemplar el soporte de poliestireno donde ponía mi peluca. La cabeza sigue pegada a la encimera, pero ahora me mira como si me juzgara. «¿Qué diablos acabas de hacer?», parece preguntar. No me miro en el espejo. Sé que debo de parecer una moribunda. No me importa. Ya me siento más ligera.

Más adelante distingo un edificio que me resulta familiar. Estructura baja y alargada, con un tejado triangular turquesa y blanqueado por décadas de sol. Junto al edificio hay un caballo desgastado y un carruaje. Por fin, veo el cartel.

STUCKEY'S

Cuando íbamos de vacaciones con los niños, Kevin y Cindy, solíamos parar en estos lugares, con sus barritas de nueces pecanas y su café acre. A veces los carteles comenzaban a aparecer ciento cincuenta kilómetros antes. Había uno cada quince o veinticinco kilómetros. Los niños se emocionaban y querían parar, pero John les decía que no, que teníamos que adelantar camino. Ellos rogaban y, al final, cuando ya nos quedaban ochocientos metros, él cedía. Los niños gritaban de alegría y John y yo nos mirábamos y sonreíamos como unos padres que sabían cómo malcriar a sus hijos lo justo.

Nos adelanta un tráiler con su rugido ensordecedor. A los pocos segundos todo queda en silencio, salvo por el viento.

—Hace años que no voy a uno de esos —digo—. ¿Te acuerdas de Stuckey's, John?

—Sí, claro —responde con un tono que casi me hace

creerle.

—Venga —le digo—. Entremos. De todos modos necesitamos gasolina.

John asiente y detiene la caravana junto a los surtidores. En cuanto me bajo se nos acerca un hombre vestido con camisa deportiva color beis y pantalones de color cobre.

—Ya no tenemos gasolina, pero más adelante hay una BP —dice con voz áspera, pero no desagradable. Se echa hacia atrás con el pulgar la gorra blanca que lleva en la cabeza.

—No pasa nada —le digo yo—. En realidad solo queríamos una barrita de nueces pecanas.

Él niega con la cabeza.

—Tampoco tenemos de eso. Hemos cerrado el negocio.

—Oh, lo siento —digo yo agarrándome al reposabrazos—. Nos gustaba venir a Stuckey's. Veníamos con nuestros hijos.

Él se encoge de hombros con aire triste.

—A todo el mundo le gustaba.

Se aleja y yo vuelvo a subirme a la caravana con gran esfuerzo. Para cuando me abrocho el cinturón y estoy a punto de decirle a John que arranque, el hombre reaparece junto a mi puerta.

—He encontrado una —dice mientras me entrega una barrita de nueces.

Desaparece antes de que pueda darle las gracias.

Descubro ahora que la Ruta 66 ya estaba empezando a decaer cuando viajábamos por ella en los años sesenta. Gran parte de la antigua carretera está ya cerrada, enterrada o ha sido derruida y reemplazada por las autopistas 55, 44 y 40. En algunos lugares, el hormigón rosado de Portland original está tan decrépito que no se puede transitar. Y aun así hay mapas y libros disponibles que te muestran la antigua ruta, indicaciones paso a paso y guías para los aparcamientos de caravanas. Es cierto. Lo descubrí buscando en la red en la biblioteca. Resulta que la gente no quería renunciar a la vieja carretera, que muchos de los niños que nacieron después de la guerra, que la recorrían con sus padres, quieren volver a hacerlo. Al parecer, todo lo viejo vuelve a ser nuevo.

Salvo nosotros.

—Tengo hambre —anuncia John—. Vamos a un McDonald's.

—Siempre quieres ir a McDonald's —le digo yo, y le pincho el brazo con la barrita de nueces—. Toma. Cómete esto.

Él la mira con desconfianza.

—Quiero una hamburguesa.

Yo guardo la barrita en la bolsa de la comida.

—Te compraremos una hamburguesa en otro lugar, para variar.

A John le encanta McDonald's. A mí no me entusiasma, pero él podría comer allí todos los días. Lo hizo durante un tiempo. McDonald's era donde pasaba el rato durante unos años después de jubilarse. Todos los días, de lunes a viernes, en torno a media mañana. Pasado un tiempo, empecé a preguntarme qué tendría de especial, así que fui con él. No eran más que un puñado de viejos sentados a la barra, dándole a la húmeda y bebiendo café con descuento para jubilados, leyendo el periódico y quejándose de cómo iba el mundo. Entonces les rellenaban la taza gratis y empezaban otra vez cuando llegaban nuevos viejos. Yo estaba deseando marcharme de allí. No volví a acompañarle, que creo que era lo que él deseaba. Francamente, creo que John necesitaba algún lugar al que ir para alejarse de mí cuando se jubiló. A decir verdad, a mí me alegraba quitármelo de encima de vez en cuando.

Sin embargo, cuando nos acostumbramos al ritmo de la jubilación, nos lo pasamos bien. Por entonces ambos estábamos en buena forma, así que hacíamos muchas cosas. Cuando John regresaba del McDonald's, nos ocupábamos de la casa, hacíamos recados, íbamos a ver las ofertas de los supermercados, al cine, cenábamos temprano. Echábamos gasolina a la Leisure Seeker y nos íbamos a pasar el fin de semana con amigos, o al centro comercial de Birch Run. Fue un periodo muy bueno, pero no duró mucho. Pronto empezamos a pasar los días yendo de una consulta a otra, las semanas preocupados por los resultados de las pruebas y los meses recuperándonos de los tratamientos. Pasado un tiempo, mantenernos con vida se había convertido en un trabajo a

jornada completa. No es de extrañar que necesitáramos unas vacaciones.

Logramos evitar el McDonald's el tiempo suficiente para parar a comer en un sitio a las afueras de Normal, Illinois. Yo saco mi bastón de cuatro pies y me bajo de la caravana. John, que sigue lleno de energía, ya se ha bajado y está a mi lado para ayudarme.

—Ya te tengo —me dice.

—Gracias, cariño.

Entre los dos nos apañamos bien.

Dentro, el restaurante pretende recrear la atmósfera de los años cincuenta, pero yo no recuerdo así esa década. En algún momento la gente se convenció de que en los años cincuenta todo eran bailes, faldas de capa, *rock and roll*, coches Ford Thunderbird de color rojo, James Dean, Marilyn Monroe y Elvis. Es curioso que una década entera quede reducida a unas pocas imágenes aparentemente aleatorias. Para mí, la década de los cincuenta se resumió en pañales, ruedines, abortos e intentar dar de comer a tres personas con cuarenta y siete dólares a la semana.

John y yo nos sentamos a una mesa y aparece una chica vestida como la camarera de un restaurante para coches. (¿Por qué viste así? Estamos en un lugar cerrado, por el amor de Dios). Lleva el pelo largo y teñido de rubio, los labios muy pintados y los ojos como una muñeca.

—Bienvenidos al Diner de la Ruta 66 —nos dice con voz aterciopelada—. Soy Chantal. Seré su camarera.

Yo no sé qué decir a eso, así que digo cualquier cosa.

—Hola, Chantal. Yo soy Ella y este es mi marido, John. Supongo que seremos tus clientes.

—Quiero una hamburguesa —dice John de forma abrupta. Ha perdido algunas habilidades sociales junto con la memoria.

Yo intento quitarle importancia con una carcajada.

—Tomaremos hamburguesas normales y café —le digo a la chica.

Chantal parece decepcionada. Quizá trabaje a comisión.

—¿No quieren unas patatas fritas? ¿O un batido Pelvis?

—¿Qué es eso?

—Un batido de chocolate —me dice asintiendo con la

cabeza—. Está muy bueno.

—De acuerdo. Conmigo no te hace falta insistir mucho.

—Un batido Pelvis, marchando —dice, satisfecha de haber hecho una venta.

Cuando nuestra amiga Chantal se marcha, yo me excuso para hacer una llamada.

—Mamá, ¿dónde coño estáis? —grita mi hija a través del teléfono, allí, en mitad del vestíbulo de la cafetería.

Yo miro a mi alrededor, casi avergonzada por tener que escucharla. No sé de dónde ha sacado esa boca, pero no ha sido de mí, eso seguro.

—Cindy, cariño, no hables así. Tu padre y yo estamos bien. Solo nos hemos ido a hacer un viajecito.

—No puedo creer que lo hayáis hecho. Lo hablamos entre todos y decidimos que papá y tú no podíais hacer ningún tipo de viaje.

Oigo su voz exasperada. No me gusta que Cindy se altere. Últimamente ha tenido problemas con la tensión y lo último que necesita es ponerse nerviosa.

—Cindy, cálmate. Tu padre y yo no decidimos nada. Fuisteis los médicos, Kevin y tú los que decidisteis por nosotros. Luego papá y yo decidimos que debíamos marcharnos de todos modos.

—Mamá, estás enferma.

—La enfermedad es algo relativo, cielo. Yo estoy más que enferma.

—No puedo creer que estéis haciendo esto —me dice indignada—. No puedes dejar de ir al médico sin más.

Miro a mi alrededor para asegurarme de que no haya nadie escuchando. Bajo la voz.

—Cynthia, no pienso dejar que sigan con sus tratamientos.

—Solo quieren intentar que mejores.

—¿Cómo? ¿Matándome? Prefiero irme de vacaciones con tu padre.

—¡Maldita sea, mamá!

—No me gusta que me griten, jovencita.

Se produce una pausa mientras Cindy se concede un tiempo muerto. Solía hacer eso cuando se sentía frustrada con sus hijos, ahora lo hace con John y conmigo.

—Madre —me dice, recompuesta de nuevo—, sabes que

papá no debería conducir en su estado.

—Tu padre todavía conduce bien. No iría con él si no lo pensara.

—¿Y si tenéis un accidente por su culpa? ¿Y si hiere a alguien?

Yo sé que tiene razón, pero conozco a John.

—No va a hacer daño a nadie. Si dejan que los chicos de dieciséis años conduzcan como locos, entonces tu padre, que tiene un registro de conducción excelente, debería poder hacer lo mismo.

—Dios, madre —dice alzando la voz y señalando que se ha rendido—. ¿Dónde estáis?

—Eso no importa. Hemos parado a comer.

—¿Dónde vais?

No me gusta que mi hija me someta a un interrogatorio. Ni siquiera sé si debo decírselo, pero lo hago de todos modos.

—Vamos a Disneylandia.

—¿A Disneylandia? ¿En California? No estarás hablando en serio. —Es entonces cuando me doy cuenta de que mi hija sigue teniendo esa vena dramática que desarrolló cuando era una adolescente arrogante.

—Claro que hablo en serio. —Creo que estoy a punto de poner fin a esta conversación. ¿Quién sabe? Podrían estar localizando la llamada, como hacen en la tele.

—Oh, Dios. No puedo creérmelo. ¿Llevas al menos el teléfono móvil que te compramos?

—Sí, pero no me gusta ese chisme, cariño. Aun así lo llevo para casos de emergencia.

—¿Podrías al menos encenderlo? —me dice suplicante—. Para poder ponerme en contacto con vosotros.

—Me parece que no. No te preocupes tanto. Tu padre y yo estaremos bien. Son solo unas vacaciones.

—Mamá…

—Te quiero, cariño. —Es hora de colgar, así que lo hago. No le pasará nada, pero está loca si piensa que voy a encender ese teléfono móvil. Ya tengo suficiente cáncer, gracias.

Cuando regreso a la mesa, John y yo nos comemos nuestras hamburguesas Ruta 66. Mi batido Pelvis de chocolate no está nada mal.

De vuelta en la carretera, el cansancio me invade sin previo aviso. Quiero decirle a John que lo dejemos por hoy, pero solo llevamos cuatro horas de viaje. Trato de ignorarlo. Después de la conversación con Cindy, quiero que nos distanciemos más de casa. Ayer me daba miedo marcharme por razones evidentes, pero, ahora que nos hemos ido, quiero que nos vayamos de verdad.

John se vuelve hacia mí con cara de preocupación.

—¿Está usted bien, señorita?

—Sí, lo estoy, John. —Tiene uno de esos momentos en los que sabe que soy alguien a quien aprecia, pero no está seguro de quién soy.

—John, ¿sabes quién soy?

—Claro que sí.

—Entonces, ¿quién soy?

—Venga, déjalo ya.

Le pongo la mano en el brazo.

—John, dime quién soy.

Se queda mirando la carretera, con cara de fastidio y preocupación.

—Eres mi esposa.

—Bien. ¿Y cómo me llamo?

—Por el amor de Dios —dice, pero está pensando—. Ella —responde pasados unos segundos.

—Eso es.

Me sonríe. Le pongo la mano en la rodilla y aprieto con cariño.

—No apartes la vista de la carretera —le digo.

Yo no sé las cosas que recuerda y las que no. Sí que sabe quién soy casi siempre, pero, claro, llevamos juntos tantos años que, aunque vaya retrocediendo en el tiempo poco a poco, olvidándolo todo a su paso, yo sigo allí con él. Me pregunto si los ojos se verán afectados igual que la mente. De ser así, pongamos por caso el año 1973. ¿A sus ojos tendré el mismo aspecto de entonces? Y, si no es así (que es lo más probable), ¿cómo sabe quién soy? ¿Eso tiene sentido?

La Ruta 66 es la vía de servicio de la I-55 durante este tramo. A la izquierda, paralelos a la autopista, postes de teléfono ennegrecidos por los años y coronados por aislantes de cristal verde azulado (de esos que a veces se ven en las tiendas de antigüedades). Algunos de los postes están rotos y astillados, tirados o inclinados en algunas zonas. Las líneas han sido cortadas y están colgando; sin embargo, algunas aún conservan los cables y nos conectan a la carretera como un viejo tranvía, como si estuviéramos atados al aire.

Al otro lado, la autopista y las vías del tren que seguirán paralelas a la carretera durante gran parte del camino hasta California. Entre nuestra carretera y la autopista, veo algunos tramos bloqueados de lo que debía de ser un antiguo segmento de la 66, un estrecho sendero rosado por el que no parece que pudiera circular ni un coche. La naturaleza va tragándoselo lentamente. La vegetación crece en los bordes, estrechando el camino como una arteria. Las malas hierbas crecen en las grietas cada dos metros, donde se juntan los bloques de hormigón. Dentro de unos pocos años ya ni siquiera podrá verse esa vieja autopista.

Cuando no vamos por la vía de servicio, atravesamos pequeños pueblos. Cuando la gente dejó de usar la Ruta 66, ya nadie paraba a gastarse dinero en esos lugares, así que languidecieron. En un pueblo llamado Atlanta pasamos frente a otro gigante de fibra de vidrio (como los describen en mi guía). En esta ocasión se trata de Paul Bunyan sujetando una salchicha gigante.

—Mira eso —dice John. Es la primera figura en la que muestra interés.

—Acaban de trasladarlo desde Chicago.

—¿Para qué? —pregunta.

Contemplo la calle y lo veo todo tapiado, sin vida.

—Esa, querido, es la pregunta del millón de dólares.

Paramos la caravana y bajamos las ventanillas para observar los pronunciados antebrazos del gigante. Según mi guía, en un principio sujetaba un silenciador, así que ahora la salchicha descansa sobre la parte superior de la mano izquierda, que está doblada hacia abajo. Parece Bob Dole con un perrito caliente gigantesco. Me da pena imaginar a toda esa gente que deposita sus esperanzas en este muñeco para

devolver la vida a su pequeño pueblo fantasma.

A las afueras de Springfield nos detenemos a pasar la noche. El aparcamiento no es tanto un *camping* como un pueblo de caravanas, con algunas parcelas extra que alquilan a la gente con autocaravanas. Básicamente es como acampar en mitad de un vecindario cutre. Pero estábamos cansados y había plazas libres.

Nos instalamos, nos conectamos al suministro eléctrico y del agua. (Entre lo que John recuerda y lo que recuerdo yo que él me ha enseñado, logramos conectar los diversos enchufes). Tomamos unos sándwiches con nuestras medicinas y después John se acuesta para dormir un poco. Yo le dejo dormir porque me apetece sentarme sola a la mesa de pícnic.

Nuestros vecinos de la parcela de al lado vuelven a casa. Primero aparece el hombre de la casa en un viejo coche con el maletero y el techo cubiertos de óxido, como un mapa corroído del mundo. Cuando le saludo con la mano, se queda mirándome y entra en su caravana. Minutos más tarde aparece la mujer a pie. Todavía lleva puesto el uniforme de Wal-Mart, está muy bronceada y muy delgada; tiene el tipo de aspecto acecinado que asocio a los fumadores de dos paquetes diarios o a la gente que participa en carreras de larga distancia. Cuando la saludo, se me acerca.

—¡Hola, vecina!

Yo le sonrío.

—Me temo que solo por esta noche.

—Yo soy Sandy —me dice tendiéndome la mano.

—Ella —le digo yo mientras se la estrecho.

Se enciende un cigarrillo y entonces se lanza a hablar.

—Dios, menudo día. He tenido al supervisor encima desde que he fichado hasta que me he marchado. Ha ido a buscarme mientras comía, ¡lo juro! Yo estaba allí sentada, sin meterme con nadie, comiéndome mi filete Salisbury, y aparece y empieza a tocarme las narices con el inventario que tenemos que hacer. ¡Me grita durante la comida! ¿Te lo puedes creer? Yo me he quedado ahí, metiéndome comida en la boca delante de él. Y no la he cerrado tampoco. La he dejado bien abierta mientras masticaba. Incluso he dejado que se me

cayera un poco de la boca al plato. Él ni siquiera se ha dado cuenta. He pensado: «Joder, estoy en la hora de la comida y voy a comer le guste o no».

Sigue así durante un tiempo. Fumando y hablando. Hablando y fumando. Enciende uno detrás de otro. Al principio siento pena por ella, porque tenga la necesidad de desahogarse con desconocidos, pero, pasados veinte minutos, me daba miedo pasarme allí toda la noche. Pobrecilla, sé que solo quería hablar, que alguien le prestara atención, que se percatara de su existencia. No entendía que daba igual que yo me percatara o no de su existencia, porque al día siguiente me habría marchado. Quienes tienen que ser conscientes de tu existencia son las personas que te importan.

—Mi primer marido me pegó gonorrea por nuestro cuarto aniversario. Ese sí que era un hijo de puta. Me agotó con sus gilipolleces…

En ese momento sale su marido y, sin decir palabra, la agarra del brazo y empieza a arrastrarla hacia su caravana.

—¡Ay, Donald! ¿Qué haces?

Él no ha dicho nada, pero ella ha seguido hablando y fumando mientras la arrastraba. Después de que se cerrara la puerta, yo seguía oyéndola.

El anochecer avanza como una criatura tímida. Las luces se encienden por el pueblo de caravanas. El aire se vuelve más frío. Yo agarro una de las viejas chaquetas de John y me la echo sobre los hombros. En uno de los compartimentos encuentro un viejo gorro de lana de color gris y me lo pongo en la cabeza, porque la tengo helada al no estar acostumbrada a no llevar la peluca. El frío y el olor almizcleño de la chaqueta de John me hacen pensar en una noche después de casarnos, en el invierno de 1950. Vivíamos en la Calle 12, junto a West Grand Boulevard. Había estado lloviendo toda la noche a medida que bajaba la temperatura. En torno a medianoche, dejó de llover y John y yo, por alguna razón, decidimos dar un paseo.

Hacía mucho frío, pero era precioso. Todo estaba cubierto con una gruesa capa de hielo brillante, como si el mundo estuviera conservado en cristal. Teníamos que dar pasos

cortos para no resbalar. Sobre nuestras cabezas, los cables de la luz chisporroteaban y algunos se habían soltado de sus postes; una farola cargada de hielo cayó en mitad de la calle y se hizo añicos con un *pop* amortiguado. Estuvimos caminando bajo aquel cielo negro cargado de estrellas, con la luna brillante que proyectaba su luz sobre los edificios de cristal que bordeaban el bulevar. El mundo parecía muy frágil, pero nosotros éramos jóvenes y fuertes. Seguimos caminando al menos un kilómetro y medio en dirección a la torre dorada del edificio Fisher, sin saber por qué; solo sabíamos que necesitábamos llegar allí. Regresamos a nuestro piso aquella noche excitados, con el pelo brillante por los trocitos de hielo, sedientos el uno del otro. Esa fue la noche en que concebimos a Cindy.

Ahora oigo el canto incesante de los grillos y el crujido de la gravilla bajo las ruedas de los coches. Huelo las palomitas de microondas que están preparando en alguna parte. No tengo razón para ello, pero me siento segura rodeada de todas esas personas. John se ha despertado y le oigo hablar en voz baja. Está regañando a alguien. Le oigo susurrar obscenidades, amenazas y acusaciones. Durante toda nuestra vida en común, ha sido un hombre tranquilo y pasivo, pero ahora, desde que empezó a perder la cabeza, dice las cosas que siempre quiso decir a la gente. Siempre anda cantándole las cuarenta a alguien. Ocurre con frecuencia a esta hora del día. Cuando se pone el sol, despierta la ira en su interior.

Aparece en la puerta de la caravana.

—¿Dónde estamos? —pregunta gritando y con actitud desafiante.

—Estamos en Illinois —respondo yo, preparada para aguantarlo.

—¿Estamos en casa?

—No. Nuestra casa está en Míchigan.

—¿Y qué estamos haciendo aquí? —me ladra.

—Estamos de vacaciones.

—¿De verdad?

—Sí. Y nos lo estamos pasando muy bien.

Se cruza de brazos.

—No, yo no. Yo quiero una taza de té.

—Te prepararé una más tarde. Estoy descansando.

Se acerca a la mesa. Se queda callado durante un minuto y vuelve a hablar.

—¿Te apetece una taza de té?

—Vamos a esperar un poco para tomarnos la taza de té.

—¿Por qué?

—Porque si no te pasarás la noche levantado haciendo pis.

—¡Maldita sea, quiero una taza de té!

Al final lo miro y le hablo con esa misma voz susurrante y amenazadora que él estaba empleando hace un minuto.

—Baja la voz. Vive gente a nuestro alrededor. ¿Por qué no te levantas y te la preparas tú? No estás lisiado.

—Puede que lo haga.

No lo hará. No creo que se acuerde de dónde están guardadas las cosas en la autocaravana. Se limita a quedarse allí sentado echando humo. Este es el precio que tengo que pagar porque haya estado tranquilo durante todo el día. Quizá sea porque tenía algo que hacer. Normalmente no conducimos tanto. Parece que le ayuda tener algo con lo que mantenerse ocupado.

—¿Te apetece una taza de té? —me pregunta, como si fuese una idea que se le acaba de ocurrir.

—De acuerdo —le digo.

Me levanto y voy a preparar el té para los dos.

Es de noche y, milagrosamente, John está durmiendo otra vez. Yo, claro está, no puedo dormir, ni aunque mi vida dependiera de ello. Todavía no me he acostumbrado a la caravana, a lo claustrofóbica que es, como una especie de sarcófago a rayas con ruedas. La Leisure Seeker es bastante pequeña. En este momento yo estoy frente a la puerta lateral trasera, sentada en nuestra sala de estar. Es una pequeña mesa de formica con un banco acolchado a cada lado. Aquí es donde comemos o jugamos a las cartas (o, en mi caso, dormimos). Enfrente está mi cocina, con tres fogones (que nunca uso), un pequeño microondas, un fregadero del tamaño de un barreño y un pequeño frigorífico. La cama en la que John está durmiendo se encuentra en la parte de atrás, justo debajo de la ventana. Es un sofá cama. Justo al lado está el cuarto de baño más pequeño del mundo, lo cual resulta útil si

te levantas tanto como nosotros en mitad de la noche. Hay otro hueco para dormir encima de la cabina del conductor, pero no lo hemos usado desde hace años, además de diversos armarios y espacios de almacenaje. En la parte delantera están las sillas del capitán, dos enormes asientos acolchados y ajustables para el conductor y el copiloto. Son, con diferencia, los asientos más cómodos de la autocaravana.

Compramos la Leisure Seeker hace mucho tiempo, así que, aunque la decoración no es de lo más actual, sigue siendo bonita. Tiene tonos terrosos: paneles de fibra de madera, cortinas en amarillo trigo y verde aguacate, tapicería de cuadros marrones, verdes y dorados; todo perfectamente conservado. Cuidamos bien de nuestras cosas.

Sé que a mucha gente lo que hacemos no le parece *camping*, y supongo que no es especialmente rústico, pero a mí siempre me ha parecido un agradable término medio entre los hoteles y los *campings* de verdad. Empezamos a hacerlo para ahorrar dinero. Tuvimos una caravana desplegable Apache durante algunos años. Podíamos acampar por dos dólares la noche. Era barato y divertido, y a mí siempre me pareció que a los niños les encantaba. Pero ni Kevin ni Cindy van ya de *camping*. Ahora me dicen que, cuando eran pequeños, habrían preferido ir a moteles con piscina, televisión y restaurante. Vaya, qué vida más dura.

Me levanto de la mesa, abro la puerta lateral, salgo y me quedo escuchando los sonidos de la noche. No hay mucho ruido y oigo los camiones que circulan a lo lejos por la autopista. Ese sonido me hace anhelar algo, pero no sé bien qué. Antes me resultaba reconfortante aparcar en un *camping* de caravanas junto a alguna autopista, agotados pero satisfechos por la distancia que habíamos recorrido.

Decido que quizá una copa me ayude a dormir. Saco la botella de *whisky* canadiense que me aseguré de meter en la maleta y me preparo un vaso alto con un poco de 7UP. Sobra decir que no debería beber alcohol, pero, qué demonios, estoy de vacaciones. Me acomodo en la mesa otra vez con mi copa, escuchando el rugido lejano de los camiones, y empiezo a sentirme más cómoda de inmediato.

Me despierto a las 6.40 con dolor de cabeza y la vejiga llena. Tras una visita al cuarto de baño, lleno el hervidor eléctrico y lo enchufo. Fuera empieza a amanecer. Oigo los pájaros canturrear por encima del sonido de las puertas de los coches que se cierran. John, que sigue en la cama, está algo inquieto. Cuando abre los ojos, se gira hacia mí y habla con un tono de voz sorprendentemente decidido, como si estuviera retomando la conversación que comenzamos anoche. Es el viejo John, que ha venido de visita.

—Hace tiempo que no dormíamos en la caravana, ¿verdad? Es agradable. ¿Cómo has dormido, cielo?

Yo me acerco a la cama y me siento al borde.

—No muy bien. Pero es bonito ir de *camping* otra vez, ¿verdad?

—Desde luego. ¿Dónde estábamos? —Se frota las mejillas y se muerde el labio inferior.

A veces se muestra así por las mañanas, muy normal.

—Estamos en Illinois —le digo—. A unos ciento cincuenta kilómetros de la frontera con Misuri.

—Vaya. Estamos haciendo un tiempo excelente, ¿verdad?

—Así es.

—Es agradable volver a echarse a la carretera. Me siento bien.

—Sí, yo también.

De pronto arruga la frente y frunce el ceño.

—¿Has hablado con los chicos?

—Hablé con Cindy ayer a la hora de comer. Le preocupa que nos hayamos ido de vacaciones.

—¿Por qué le preocupa? —Se incorpora y arquea la espalda para estirarse—. Arrg —se queja—. Qué viejo.

—Ya conoces a Cindy. Le gusta preocuparse.

Me sonríe.

—Me pregunto de dónde lo habrá sacado.

Yo le devuelvo la sonrisa, me levanto de la cama y le doy un beso de buenos días. Le toco la piel de la cabeza, con manchas rojas, le echo hacia atrás los mechones de pelo gris que tiene a ambos lados de esa frente interminable. En días así, la mañana es como un regreso, un reencuentro.

—Oye, ¿hay agua para el café? —Yo asiento, vuelvo a la encimera y preparo dos tazas de café instantáneo. En la suya

echo medio paquetito de sacarina y se la llevo. Ha vuelto a tumbarse y tiene los ojos cerrados.

—¿John?

Abre los ojos y me mira.

—¿Dónde estamos?

—Acabo de decírtelo, cariño. Estamos en Illinois.

—No me lo has dicho.

—Sí te lo he dicho, John.

—¿Estamos en casa?

Y así, sin más, el viejo John desaparece. Es así como sucede. A veces disfruto de él durante unos minutos por la mañana, momentos maravillosos en los que actúa como siempre, como si a su mente se le hubiera olvidado ser olvidadiza. Y de pronto es como si toda nuestra conversación no hubiera tenido lugar. Debería acostumbrarme a ello, pero no puedo.

—¿Por qué no te vistes, John? Y ponte ropa limpia.

—De acuerdo.

Salgo y me siento en una silla de jardín para tomarme mis medicinas. Esta mañana siento «malestar», como suele decir mi médico, así que me tomo una de mis pastillas azules de oxicodona junto con el puñado de medicinas que tomo de manera habitual. No quiero nublarme mucho el juicio, dado que soy la comandante de esta nave de locos, pero es un malestar bastante molesto, creedme.

Oigo a John dentro de la caravana, se está vistiendo. Es probable que necesite ayuda, pero no quiero hablar con él en este momento. Quiero disfrutar esos escasos minutos de lucidez con él mientras sigan recientes en mi memoria.

Al poco rato estamos todo lo presentables que puede esperarse. John lleva una camisa de cuadros verdes y unos pantalones de cuadros de color beis. Estoy a punto de decirle que parece salido del circo de Barnum & Bailey, pero últimamente me conformo con que se ponga ropa limpia. ¿Y quién soy yo para decir nada? He reemplazado la peluca por la vieja gorra de béisbol de lana de Kevin, una que se ponía siempre que iba de *camping* con nosotros. Casi me la pongo hacia atrás, como veo que hacen los jóvenes, pero entonces

cambio de opinión. Hay grados de tontería. Quizá más tarde me apañe con un pañuelo, pero por el momento me encanta esta vieja gorra de los Tigers de Detroit.

De vuelta en la Ruta 66, John está de buen humor, no como por la mañana, sino alegre y centrado en la conducción. En cuanto a mí, siento que la cafeína y las drogas me están haciendo efecto. Noto un hormigueo en las puntas de los dedos. El corazón me late acelerado. Estoy alerta, eufórica solo por el hecho de viajar. El traqueteo de los neumáticos sobre el pavimento es música para mis oídos, aplaca mis miedos, relega mi malestar a un punto lejano en el camino, una manchita en el horizonte.

Ya hemos entrado en otro estado.

CUATRO

MISURI

Pasamos frente a una iglesia con una inmensa cruz azul de neón y me siento elevada espiritualmente por una profunda religiosidad. No, claro que no. Qué ridiculez. Pero lo que sí me encanta de esta carretera es que lo estridente se vuelve grandioso, lo chabacano forma parte del día a día. Hay que admirar la manera en que estas personas pretenden llamar tu atención según pasas con el coche, ya sea intentando venderte una hamburguesa o un salvador.

Nos incorporamos a la I-270 para rodear St. Louis. Cruzamos el Misisipi por un largo puente colgante que es más viejo que cualquiera de nosotros dos. El agua sucia del río se revuelve allí abajo como si fuera tierra líquida. Me siento aliviada cuando veo el cartel:

BIENVENIDOS A MISURI

Con todo lo vieja que soy, todavía me emocionan estas cosas. Aun así, tras ese brevísimo placer, un estúpido que conduce un enorme utilitario azul, de los que conduce todo el mundo hoy en día, nos corta el paso.

—¡John! ¡Cuidado! —grito, convencida de que vamos a chocar contra la parte trasera del vehículo. Pongo el pie en el suelo del coche, cierro los ojos y espero el impacto.

John pisa el freno y gira hacia la derecha. Yo salgo disparada hacia delante y el cinturón de seguridad me presiona el pecho. Las gafas de sol y las guías de viaje salen volando de los asientos. Oigo que la puerta de un armario se abre en la parte de atrás y las latas de conservas caen al suelo. Abro los ojos y veo que John está mirando fijamente las luces traseras del conductor de delante, que sigue ajeno a todo.

—Estamos bien —murmura.

Ya os lo he dicho, John es un conductor excelente.

Algunos kilómetros más tarde, acabamos otra vez detrás de la enorme furgoneta azul, que debe detenerse por la densidad del tráfico. Cuando da un frenazo, veo que alguien ha escrito algo en el polvo acumulado sobre su luna trasera, justo encima del tercer faro posterior que les ponen a los coches nuevos. Cuando vuelve a frenar, vemos las palabras iluminadas:

CONDUCTOR GILIPOLLAS

Cuando terminamos de reírnos, volvemos a incorporarnos a la 66.

De vez en cuando veo alguna reminiscencia de los viejos tiempos de la autopista: una gasolinera de diseño aerodinámico chamuscada por el sol o un motel destartalado con un cartel medio iluminado de *HABITACIONES LIBRES*. Pero lo que más abunda son las ruinas, o simplemente algún cartel gastado y oxidado a un lado de la carretera frente a una parcela vacía. Evocan recuerdos extraños y aleatorios en mi cabeza: los ruidosos y polvorientos viajes en tartana que realicé con mis padres hace siglos a pueblos como Lansing, en Míchigan, o Cambridge, en Ohio. (Por entonces no había vacaciones, solo visitas organizadas a parientes amargados, siempre con motivo de algún fallecimiento o los desagradables trámites posteriores al mismo).

La triste realidad es que John, los chicos y yo solo tomamos la Ruta 66 una vez en nuestros viajes a Disneylandia. Nuestra familia, como el resto de Estados Unidos, sucumbió al atractivo de las autopistas más rápidas, las rutas más directas y los límites de velocidad más altos. Se nos olvidó tomárnoslo con calma. Eso hace que te preguntes si hay algo dentro de nosotros que sabe que nuestra vida pasará más deprisa de lo que imaginamos. Así que vamos por ahí corriendo como pollos sin cabeza.

Y eso hace que nuestras pequeñas vacaciones de dos o tres semanas con la familia sean más importantes que nunca.

Recuerdo muchas cosas de nuestros viajes juntos: las polillas que chocaban contra la linterna Coleman mientras jugábamos a las cartas en la mesa de pícnic; preparar sándwiches de mortadela con aceitunas sobre una nevera portátil mientras John conducía por una tormenta de nieve primaveral en Colorado; leer los periódicos de Arizona a la luz de la luna a las orillas del lago Powell; guardar cómics en el maletero de nuestro viejo Pontiac para Kevin e ir sacándolos luego uno a uno para evitar las quejas y el aburrimiento; las montañas grises de los Badlands de Dakota del Sur, que salían de la tierra como si fueran mamuts de piedra; comer barbacoa en un tipi gigante en el lago Jenny, Wyoming; el ruido de las tragaperras del viejo Stardust de Las Vegas; y tantos más que ni siquiera puedo describir. En cuanto al tiempo que transcurría entre esas vacaciones, esa es otra historia. Parece como si hubiera sido ayer, como si los días, los meses, los años y las décadas hubieran pasado en un suspiro.

Cuando llegamos a Stanton, dirijo a John hacia el aparcamiento de las cuevas de Meramec. Desde que comenzamos el viaje hemos estado viendo carteles de ese lugar por todas partes: en las vallas publicitarias, en los tejados, en las pegatinas de los parachoques, en los graneros.

—Vamos, John, ¿quieres ir a ver las cuevas?

—¿Para qué? —me pregunta con un tono de «me da igual».

Se me olvida que en realidad ya no puedo pedirle opinión porque, si está con ganas de llevarme la contraria, puede discutirme incluso si le digo que el agua está mojada. Tengo que recordar lo que me han dicho los médicos, que no le pregunte, sino que le ordene.

—Ya estamos aquí —le digo mientras aparcamos junto a una estatua de Frank y Jesse James. Al parecer esos chicos se escondieron aquí durante un tiempo. Como compañera fugitiva que soy, me siento como en casa. Agarro mi fiel bastón y me dirijo hacia la entrada.

Los problemas comienzan en cuanto intentamos comprar entradas. El joven que hay tras el mostrador me mira de arriba abajo. Es un zoquete con la cara roja y un uniforme falso de guardabosques que le queda enorme.

—Señora, la visita es bastante larga. Creo que necesitará una silla de ruedas —me dice.

—Yo creo que no —respondo.

Pone cara de oler a mierda.

—La visita tiene como dos kilómetros. Hay partes que son cuesta arriba y los caminos con frecuencia están húmedos. Hay gente que se cae. Es muy difícil meter allí una camilla.

Miro a John y él se encoge de hombros. No me va a servir de mucha ayuda.

—Está bien —contesto, sabiendo que es probable que el muy idiota tenga razón. Una cueva no es el mejor lugar para que a una anciana le dé un síncope. (O quizá sea justo el lugar apropiado). Así que me siento en la silla de ruedas, que es tan estrecha que casi no me cabe el culo.

—Te tengo, mami —dice John mientras agarra las empuñaduras para empujar.

—Gracias, John —le digo, y levanto el brazo para tocarle la mano. Bueno, ya que no le importa, por lo menos disfrutaré del viaje.

Antes de entrar en las cuevas, vamos al baño y después nos pasamos por la cafetería, donde John devora a toda prisa el que creo que es su primer perrito caliente subterráneo. (¿Veis? Para que luego digan que viajar no amplía tus horizontes). Minutos más tarde anuncian que la visita guiada está a punto de comenzar.

Al entrar, me doy cuenta de que esta no va a parecerse en nada a mi otra experiencia en una cueva. John, los niños y yo visitamos una vez las cuevas de Carlsbad, en Nuevo México, donde esperamos durante horas a que se pusiera el sol a la entrada de la cueva, porque en ese momento salían los murciélagos para darse un festín de insectos. (Sucedía cuando dejabas de pensar en la puesta de sol, cuando te olvidabas de mirar). Cuando al fin salieron los murciélagos, había miles y miles, oscureciendo y devorando a su paso el cielo color púrpura. Era un espectáculo terrorífico y hermoso. Kevin no sacó la cabeza de debajo de la toalla ni un solo instante.

Como ya he dicho, esta vez no va a ocurrir nada de eso. Me doy cuenta nada más entrar en la primera cueva, donde el suelo está cubierto de linóleo, como si fuera un cuarto de juegos. Hay mesas, sillas y una bola de discoteca colgada del

techo. Me río mientras John me empuja.

—Menuda cueva —digo en voz alta, para que me oigan las otras seis o siete personas de la visita. Todos nos miran. Sí, estoy siendo una tocapelotas, pero no me importa.

Nuestra guía, una mujer regordeta con el pelo estropajoso de color beis, ojeras y un resfriado, me ignora y empieza su discurso con una voz nasal y cantarina.

—En esta cueva de aquí, que llamamos «salón de baile», solíamos celebrar bailes en los cuarenta y cincuenta. ¿Se imaginan a los jóvenes bailando el *jitterbug* en una cueva? Actualmente todavía se puede alquilar.

Genial, encima nos hacen publicidad.

Según nos adentramos en las cuevas, el suelo de linóleo da paso a un camino ligeramente adoquinado que hace que vibre mi silla de ruedas. Hay partes en las que la guía no dice ni una palabra, se dedica a toser con tal fuerza que el eco rebota en las paredes a nuestro alrededor. Las cuevas se van volviendo más oscuras y ella va encendiendo interruptores a su paso. Atravesamos habitaciones con piscinas subterráneas, formaciones de piedra gigantes, grutas profundas y oscuras, y todo iluminado con los colores chillones proyectados por las luces: rojo intenso, ámbar estridente, verde bilioso. Esos tonos tan asquerosos me inquietan, sobre todo proyectados en las estalactitas suspendidas como dagas del techo de las cuevas, con su hemorragia caliza. Cierro los ojos, pero eso hace que me imagine mis entrañas como están ahora, feas y podridas. Cuando los abro, veo de inmediato la sombra enorme de dos figuras en la pared de una de las cuevas. Al principio pienso que la sombra somos nosotros, pero entonces veo las estatuas iluminadas de Frank y Jesse James en su escondite secreto.

—Ten cuidado, John —le digo, señalando unas zonas mojadas del camino.

Él no dice nada, sigue empujando la silla tan tranquilo. Nuestra guía nos conduce hasta una cueva de tamaño medio con una cama de piedra iluminada. El cartel que hay encima dice:

HABITACIÓN DE LA LUNA DE MIEL DEL PROGRAMA PEOPLE ARE FUNNY

Nuestra guía tose y nos dirige una enorme sonrisa falsa.

—Art Linkletter, como hombre gracioso que era, una vez hizo que una pareja de recién casados durmiera en esta cueva durante nueve noches para poder ganar unas vacaciones a las Bahamas en su programa de la tele.

—¿Está de broma? —pregunto yo en voz alta. La gente asiente a mi alrededor.

—No, es cierto. Se quedaron aquí nueve noches para ganar una luna de miel maravillosa.

—Eso sería horrible —dice una diminuta mujer de sesenta y tantos años que tengo a mi izquierda.

—Eso no es gracioso, es perverso —digo yo.

Todo el grupo me da la razón. La gente ahora está de mi lado. Oigo que alguien murmura: «Menudo hijo de perra». La guía sonríe todavía con más falsedad y nos conduce hacia otra cueva antes de que forme una revuelta en contra de Art Linkletter. Sigue hablando a medida que avanzamos. Ahora no podemos hacer que se calle.

—Lester Dill, el hombre que promocionó las cuevas durante muchos años, era muy amable con las parejas jóvenes. De hecho, en 1961, ofreció una boda gratis a cualquier pareja que quisiera casarse en las cuevas. Fue todo un éxito. Se apuntaron treinta y dos parejas.

Me mira, como esperando a que diga algo inapropiado, pero estoy cansada de la demagogia y me limito a sonreírle. No entiendo por qué alguien iba a querer casarse en una cueva. Cuando John y yo nos casamos, hicimos lo que hacía todo el mundo en esa época. Una ceremonia sencilla en la iglesia de mi barrio, una pequeña fiesta en casa de mi tía Carrie, con nuestros padres y nuestros amigos, una tarta que hizo mi madre, sándwiches y café. Una pequeña celebración, sin los excesos ni las pretensiones de las bodas de hoy en día, con catedrales y salones y limusinas. Con la boda de Cindy estuvimos a punto de arruinarnos, y ni siquiera funcionó. ¿De qué sirve toda esa locura? Ni todas las bodas caras del mundo te preparan para el lugar en el que acabas; dando vueltas en una silla de ruedas por unas cuevas turísticas, empujada por el hombre que es el padre de tus hijos. Pero, casi sin darte cuenta, ahí estás.

¡Sorpresa! Existe otro lugar deprimente en la Ruta 66: Cuba, Misuri. Leo en mis guías las glorias pasadas de estas tristes aldeas. En Cuba había un lugar llamado «A medio camino». Se trataba de un enorme complejo con hotel, concesionario de coches y un restaurante de veinticuatro horas que daba de comer hasta a seiscientas personas al día. Ahora solo queda un puesto de fruta que lleva una única persona. Echad cuentas.

—John, para en ese puesto. Quiero comprar uvas.

John detiene la caravana junto a un pequeño puesto de madera donde venden uvas y zumo de uva. Al parecer estamos en tierra de vinos y hemos llegado durante la vendimia.

—¿Por qué no te quedas en el coche, John?

—De acuerdo, Ella. ¿Tienen ahí algo de beber?

—Te traeré zumo de uva, ¿te parece?

Él asiente con la cabeza.

—Suena bien.

—No te vayas sin mí —le digo a modo de broma, aunque hablo en serio. En cualquier caso, John se ha vuelto ajeno al humor. Todavía me hace reír, lo sepa o no, pero mis chistes no los entiende.

Elijo una pequeña bolsa de uvas y un litro de zumo de uva, oscuro como la sangre. La mujer del puesto me los mete en una bolsa de papel.

—Aquí tiene, querida —me dice con una sonrisa dulce que seguro que tiene reservada para las ancianas adorables como yo, mujeres excéntricas que llevan gorras de béisbol y se bajan, ayudadas de un bastón, de sus autocaravanas plagadas de pegatinas. (A John siempre le gustaron esas pegatinas con el nombre del estado en negrita y debajo «Tierra de maravillas» o cualquier otro eslogan. La parte trasera de la Leisure Seeker está plagada de ellas).

No es que dude de su sinceridad. No dudo. Últimamente siempre me alegra ver una cara amable, y sobre todo si es de alguien que lleva comida.

—Gracias, señorita —le digo mientras le entrego los billetes de dólar, incapaz de lograr la misma amabilidad regional.

—Que tenga un buen día, señora.

Pronuncia en exceso las erres, posee esa suavidad del Medio Oeste que no esperaba encontrar en mitad de los Ozarks, pero que me resulta muy agradable. Nosotros, los del Medio Oeste, a veces reconocemos el acento de los demás con mayor rapidez, quizá porque el nuestro es, en muchos sentidos, un acento insulso. Pero, cuando oigo ese gangueo nasal y esas erres duras, me doy cuenta de lo mucho que me gusta nuestra lengua nativa, ese dialecto seco como nuestra tierra.

Nos quedamos un rato en la caravana bebiendo zumo y comiendo uvas y galletitas saladas. Es una extraña combinación, y no sé si la apruebo, pero no me apetecía rebuscar en la parte de atrás para dar con algo más sustancioso. El caso es que a mí me alegra tener apetito. Las uvas son oscuras y jugosas, así que me pongo una servilleta al cuello mientras como. Ninguno de los dos dice nada. De vez en cuando John murmura algo con gesto de aprobación, pero nada más. Está bien así, está bien que no hablemos. Si habláramos lo echaríamos a perder. Por un momento me siento tan feliz que podría llorar. Este es justo el tipo de cosa que hace que viajar me resulte maravilloso, la razón por la que desafié a todos. Los dos juntos, como siempre, sin decir nada, sin hacer nada especial, de vacaciones. Sé que nada es para siempre, pero incluso cuando sabes que todo está a punto de acabar, a veces puedes volver a por más y nadie se dará cuenta.

Circulamos por un tramo viejísimo de la 66, con escalón lateral, de tono rosáceo y con vetas de alquitrán, hasta que se convierte en Teardrop Road, que nos lleva hacia Devil's Elbow, una ruta sinuosa que atraviesa un puente colgante de hierro oxidado sobre el Big Piney River. Nombres como Big Piney River me hacen sonreír, me recuerdan que estoy lejos de mi lugar de nacimiento, donde los ríos tienen nombres como Rouge o St. Clair. (Se me ocurre que esos nombres suenan franceses y elegantes. Os aseguro que Detroit no es ninguna de esas dos cosas. Incluso en los años cincuenta, cuando prosperaba, era una ciudad industrial llena de porquería. Y aun así no me imagino mi vida en ningún otro

lugar).

Tras parar en Arlington para echar gasolina e ir al baño, la Ruta 66 desaparece y nos obligan a volver a la I-44. Aunque las guías nos dicen cómo volver a la vieja carretera transcurrida una breve distancia, hacemos una pequeña trampa y nos quedamos en la interestatal. Al llegar a otro Springfield más, le doy indicaciones a John para volver a la vieja carretera.

—¿Cómo te encuentras, John? ¿Estás bien?

Él asiente, se pasa una mano por la cabeza y se la seca en la manga.

—Estoy bien.

—¿Estás cansado? ¿Quieres buscar un lugar para pasar la noche? —Le estoy preguntando, pero sospecho que soy yo la que realmente desea parar por hoy. Me siento nerviosa y dolorida. Anticipo el «malestar».

—Sí, vale.

Claro, cuando decidimos parar, no encontramos ningún lugar en el que hacerlo. Atravesamos varios pueblos con nombres curiosos: Plew, Rescue y Albatross; viejos lugares hechos de madera y piedra. En un pueblo llamado Carthage encontramos un *camping* que podría servirnos. Pagamos la entrada y nos preparamos para pasar la noche.

El sol de última hora de la tarde es demasiado intenso, así que nos sentamos a la mesa dentro de la Leisure Seeker. Yo enciendo un pequeño ventilador, me tomo la medicación y me pongo cómoda para leer un número atrasado de *Detroit Free Press*. Pasado un rato, John se va a la parte de atrás de la caravana para echarse. El vehículo se inclina ligeramente con sus movimientos. Algo cruje en el chasis.

—Ella, ¿dónde están los niños?

—Están en casa.

John se incorpora en la cama y se queda mirando fijamente la línea donde los paneles de las paredes se unen con el techo.

—¿Los hemos dejado ahí?

—Ajá. —Ya sé lo que se me avecina.

Gira la cabeza y me busca con miedo en la mirada.

—Por el amor de Dios, ¿hemos dejado a los niños solos?

Dejo el periódico, no estoy de humor para esto.

—John, los niños son adultos. Tienen sus propias familias. Tienen sus propias casas. Están bien.

—¿De verdad? —pregunta con incredulidad.

—Sí. ¿No te acuerdas? Kevin y Cindy se casaron. Kevin y Arlene tienen dos hijos, Peter y Steven. Y Cindy tiene un hijo y una hija.

—¿De verdad?

—Sí, John. ¿No te acuerdas? Se llaman Lydia y Joey.

—Ah, sí. Son pequeños.

—Joey tiene dieciocho años. Lydia va a la universidad. ¿Recuerdas que fuiste a su graduación en el instituto?

A veces me parece que me paso el día preguntándole «¿No te acuerdas?». Sé que en algún lugar de su cabeza, flotando por ahí, se encuentran todos esos recuerdos de nuestra vida en común. Me niego a creer que se hayan esfumado. Solo hay que insistir. Y, si hay que sacarlos a la fuerza, que así sea.

—Lydia dio un pequeño discurso en la graduación, trataba sobre saber hacia dónde vas y encontrar tu propio camino hacia el futuro. Todos aplaudieron. Joey tocó en la banda durante la ceremonia.

—Sí, lo recuerdo.

—Vale, bien. Deberías recordarlo. Sigue recordándolo, porque estoy harta de tener que recordártelo todo.

—Lo siento, Ella —dice, avergonzado.

A veces me dan ganas de abofetearme.

—Oh, mierda. Yo también lo siento, cariño. No pretendía enfadarme.

—Es por mi memoria.

—Lo sé, cielo.

Paso la página y decido ponerme con los pasatiempos. Busco un lápiz.

—Ella, ¿dónde están los niños?

Tomo aire.

—Están bien, John. ¿Por qué no te echas un rato?

Le digo que se eche un rato y ¿qué ocurre? Que me quedo dormida sentada a la mesa. Sueñecitos involuntarios: otra razón por la que envejecer es una pérdida de tiempo. No quieres quedarte dormida, pero de pronto te despiertas y han pasado horas. Estás en otro momento del día totalmente

diferente. Hay un periodo, un tramo de tiempo del que no puedes decir nada.

La caravana está a oscuras y me entra miedo. Hace años que John y yo no permitimos que haya oscuridad total en nuestra casa. Últimamente a él le desorienta y a mí me asusta. Cuando nos vamos a la cama, siempre dejamos luces encendidas por toda la casa. Dormimos en habitaciones semioscuras, con sombras. Vivimos así, en una noche a medias, sobre todo John.

—¡John! —grito e intento que no me entre el pánico. Está roncando a lo bestia. Al fin recuerdo que hay una lamparita sobre la mesa. Jesús. Estiro el brazo y palpo con la mano hasta encontrar el interruptor. La luz hace que me vuelva a sentir a salvo—. John, levanta. —Miro el reloj.

—¿Qué pasa? —pregunta él con voz somnolienta.

—Llevamos casi tres horas durmiendo. Ha oscurecido. —Intento levantarme, pero tengo las piernas dormidas. Retuerzo los pies para recuperar la circulación—. ¿Podrías ayudarme?

—Un segundo —me dice. Al instante aparece junto a la mesa con las manos estiradas para levantarme.

—Ay, ay, ay. —El borde de la mesa me araña la tripa—. Estoy gorda. —Vuelvo a estar en pie y noto un fuerte malestar en las rodillas.

—Ya pasó —me dice John acariciándome el pelo. Le huelen las manos a vinagre, pero agradezco sus caricias.

—Estoy bien. ¿Tienes hambre?

A John se le ilumina la cara al oír nombrar la comida. Está de buen humor tras haber dormido. A veces se despierta malo como un demonio. Puede ocurrir cualquiera de las dos cosas.

—¿Te preparo unos huevos con beicon?

—Trato hecho.

Arrastro los pies hasta la cocina y subo los tres peldaños. (Por eso las autocaravanas son lo más. Cuando te haces viejo, todo se aleja. Pero aquí, en la Leisure Seeker, las cosas están justo donde las necesitas).

Enciendo la plancha eléctrica, saco los huevos y el beicon de la nevera y coloco seis tiras sobre la plancha. Tras convencerle para que se lave las manos, John quiere pan tostado. Se coloca junto a la encimera con una pila de pan de

molde delante.

—No lo metas aún en la tostadora —le digo.

Veo que cierra la bolsa con un nudo y empieza a rebuscar en el cajón hasta que encuentra las tijeras. Entonces corta el exceso de la bolsa de plástico justo por encima del nudo. Lleva haciendo lo mismo un par de años. Es la enfermedad. En casa siempre estaba apilando, estirando o manipulando algo. Recortaba la bolsa, salía de la habitación, regresaba y volvía a hacerlo. A veces, antes incluso de utilizar el pan, la bolsa ya se ha quedado en nada. Pese a todo, está más lúcido que de costumbre y todo esto me parece muy normal.

—¿Te apetece un cóctel? —le pregunto.

—Suena bien.

Ya sé lo que estáis pensando. Se siente agradecida por poder tener unos valiosos momentos de lucidez con su marido y ¿qué hace? Atontarle con alcohol. Tendríais razón, pero me da igual. Busco en un armario y saco las botellas de *whisky* canadiense y vermú dulce.

—Hace mucho que no tomamos un cóctel —le digo mientras bajo el fuego del beicon—. Ve a por hielo de la nevera.

John me sorprende al encender el radiocasete y poner algo de música. De pronto en la caravana suenan cuerdas y un saxo suave. Hace años grabó muchos de nuestros álbumes favoritos en cintas para que pudiéramos escucharlos durante las vacaciones. Hay de todo, y todo bueno: Arthur Lyman, Tony Mottola, Herb Alpert, Jackie Gleason.

—¿Eso que suena es *Midnight Sun*? —pregunto.

—Supongo —dice cuando regresa con una bandeja de cubitos de hielo.

—Creo que sí. —Preparo los *manhattan,* extradulces. Cuando los chicos se fueron de casa, John y yo empezamos a tomar una copita antes de la cena. Nos sentábamos a la barra del cuarto del sótano, donde solíamos recibir visitas, encendíamos una vela, poníamos música y charlábamos. Por entonces John estaba a punto de terminar su trabajo como ingeniero en General Motors y me contaba qué pasaba en el centro tecnológico, quién apuñalaba a quién por la espalda, quién iba a ser despedido y cosas así. Ya le daba igual, porque estaba a punto de jubilarse. (Gracias a Dios existía el

programa de jubilación anticipada. Estábamos a mediados de los ochenta y la industria automovilística de Detroit se iba a pique). Yo le contaba con quién me había encontrado ese día, qué pasaba en las vidas de los chicos, cuáles eran las ofertas en los ultramarinos; nada trascendental. Pero hablábamos, compartíamos información.

Ahora nos sentamos en torno a la mesa mirando nuestra copa sin decir nada. Agradezco que Andy Williams cante *Moon River*. Al menos alguien dice algo. Giro mi copa y veo como la cereza da vueltas en el fondo. Levanto la copa.

—Allá vamos.

John levanta su copa también y sonríe, como ha hecho siempre. ¿Existirá la memoria muscular del cóctel? Doy un sorbo. Está frío, dulce y fuerte, y recuerdo que no hay nada como el primer sorbo de un cóctel. ¡Ay! El placer de olvidar y después volver a encontrar. Eso renueva mis esperanzas en la idea de este viaje. John da un sorbo a su copa y cierra los ojos. Por un momento me preocupo, pero entonces suspira satisfecho.

—Dios, qué bueno.

—Vamos haciendo progresos, ¿no te parece?

—Desde luego —confirma él.

—Creo que hoy habremos hecho casi quinientos kilómetros.

John da un segundo sorbo y frunce el ceño.

—No me parece mucho.

—Vamos bien. Es más lento por la vieja carretera. No te preocupes.

—Quizá mañana —dice.

—Quizá mañana —repito yo levantando mi copa. Y nunca dos palabras me han parecido tan ciertas.

Después de cenar, decido que necesitamos algo que hacer. Le doy a John una Pepsi y yo me preparo otra copa.

—Hora del espectáculo nocturno.

—¿Ah, sí? —pregunta él mientras se hurga los dientes con un palillo.

John no sabía que yo metí el proyector y una caja de diapositivas en la caravana al marcharnos. En casa, en nuestro sótano, tenemos un armario lleno de bandejas de

diapositivas; vacaciones, reuniones familiares, salidas de fin de semana, fiestas de cumpleaños, bodas, nacimientos, todo lo que nos ha ocurrido. En otra época a John le encantaba hacer fotos. Era el fotógrafo oficial de la familia.

Hace buena noche y me apetece la idea de ver diapositivas al aire libre como si estuviéramos en un cine. Han encendido un foco cerca de aquí, así que no estamos completamente a oscuras. Dejo encendidas las luces de la caravana, lo cual proporciona un brillo cálido sobre nuestra parcela, pero sigue habiendo suficiente penumbra para utilizar el proyector, que le pido a John que coloque sobre la mesa de pícnic.

—¿Qué tal vas ahí fuera, John? —le grito.

—¿Dónde está la pantalla?

—Oh, no. Se me olvidó meterla. Voy a por una sábana.

Rebusco en nuestro pequeño armario y encuentro un puñado de sábanas huérfanas que quedaron de antiguos juegos que se tiraron tiempo atrás. No estoy preparada para lo que me hacen sentir. Al ver esas viejas sábanas ahora, tan suaves, lavadas cientos de veces a lo largo de los años, no puedo evitar pensar en mi vida, o al menos mi vida de casada, en términos de sábanas: las sábanas blancas moteadas, regalo de bodas, de nuestros primeros años de pasión juntos; esas mismas sábanas manchadas de pis cuando Cindy se metía en la cama con nosotros; las sábanas color pastel que escogí después de dieciocho o diecinueve años de matrimonio (esa época en la que las primeras adquisiciones de una pareja necesitan un recambio; colchones, radios, toallas, todo se rompe a la vez, recordándote la cantidad de tiempo que ha pasado); esas mismas sábanas de recambio que nos acompañaron hasta la mediana edad; después sábanas de algodón nuevas de rayas de los *outlets* que nos encontrábamos por la carretera (el lujo de tener tres o cuatro juegos entre los que elegir), que nos acompañaron hasta la vejez, unas sábanas que ya parecen de seda de tantos lavados como tienen, que últimamente aparecen manchadas por la progresiva falta de higiene de John, y el olor de un cuerpo sin lavar que se prepara para el sueño eterno.

Pienso en el armario lleno de sábanas que tengo en casa y que acabarán en la liquidación del patrimonio. Cuando iba a mercadillos, nunca se me ocurría comprar las sábanas de

alguien. Las sábanas usadas son algo demasiado personal, demasiado lleno de sueños.

Saco una vieja sábana blanca, muy gastada, que nos servirá de pantalla. Salgo y encuentro a John sentado a la mesa de pícnic, llorando en silencio.

—John, ¿qué sucede?

Me mira con los ojos rojos y húmedos.

—Ella, maldita sea, no logro hacer que este trasto funcione.

Me angustia verle llorar.

—Cariño, no pasa nada. Déjame ver. —Echo un vistazo y descubro que ha enchufado el alargador a la toma de corriente de fuera, pero no ha conectado el cable del proyector al alargador—. Ya está. Te habías olvidado de enchufar esto.

John se levanta las gafas y se seca las lágrimas con la base de las manos, presionando con fuerza contra los ojos.

—Maldita memoria.

Le doy un beso en la mejilla y le entrego un clínex que llevo en la manga.

—Venga. Vamos a ver las diapositivas.

Es una puesta de sol sobre el lago St. Clair. Nuestra hija, Cindy, está tumbada en un muelle, en plena adolescencia. Solo vemos su silueta, aquel cuerpo joven que acababa de madurar dibujado contra el cielo, de un naranja intenso con reflejos violáceos. Ahora los colores parecen artificiales, se han vuelto más rojizos con el tiempo, hiperreales como los colores de mis sueños, eso cuando son en color. (Con todo lo vieja que me siento, a veces me sorprende que mis sueños sean como películas sonoras). Era una casita de campo donde pasamos muchos fines de semana de verano, la compartíamos con mi hermano, mis hermanas y sus familias.

—¿Quién es esa, John? —le pregunto, para ponerle a prueba—. ¿Sabes quién es?

—Claro que sí. Es Cynthia.

—Así es. —Yo tengo el mando a distancia. Paso a la siguiente diapositiva. Salimos los cuatro juntos, es una foto preciosa que John debió de sacar con el temporizador de la cámara. Llevamos todos pantalones cortos y camisetas y

blusas de colores tras un largo día al aire libre. Parecemos bronceados y felices, salvo Cindy, que está de morros, probablemente por culpa de algún chico.

—Qué foto más bonita, John.

—Sí.

Algunas diapositivas más tarde, aparecemos en la cocina de la vieja casa de campo. Mi hermano pequeño, Ted, y su esposa, Stella, están ahí con sus tres hijos, Terry, Ted hijo y Tina. (Algunos padres están decididos a ordenar a sus retoños alfabéticamente y no hay manera de disuadirlos. Siempre me sentí mal por Stella, que se había quedado fuera por una letra). Mi hermana mayor también aparece en la foto con sus hijos. Al, el borracho de su marido, probablemente estaría bebiendo en el garaje. Se pasaba casi todo el tiempo allí, junto a la nevera de la cerveza. (Cuando le llegó la cirrosis, a ninguno nos pilló por sorpresa).

—Parece una fiesta —comenta John.

—Era la hora de la cena.

En la diapositiva, la gente aparece de pie en torno a una mesa sirviéndose comida. La mesa está a rebosar de carne, patatas, ensaladas de pasta, de gelatina, cuencos con salsas y galletas saladas, botellas de refrescos (rojo, naranja, verde) con nombres que apenas reconozco: Uptown, Wink y Towne Club. Pienso en las docenas de fotos como aquella que hemos hecho a lo largo de los años, con mesas llenas de comida. Pienso en la gente de las diapositivas. Casi todos ellos ya no están (ataques al corazón y cáncer), traicionados por la comida que comíamos, por nuestros cómodos sillones, por nuestra alegría de posguerra, cada cual más y más gordo en las fotografías a medida que pasaban los años.

Esta noche, sin embargo, lo que me llama la atención en esta foto en particular soy yo misma. (¿Por qué siempre nos fijamos en la imagen de nosotros mismos en una fotografía? Eso no cambia, ni siquiera a mi edad). Estoy al fondo de la foto, de pie en un rincón, mirando hacia un lado, sin hablar con nadie.

—Estabas triste aquella noche —dice John sin previo aviso.

Me sorprende que diga eso, pero vuelvo a mirar la imagen y me doy cuenta de que sí, que parezco triste.

—¿Lo estaba? ¿Por qué estaba triste?

—No lo sé.

De pronto quiero conocer el motivo de mi tristeza. La razón se vuelve de vital importancia, pero no la recuerdo.

A nuestras espaldas, en la carretera, una joven familia se detiene y saluda. El marido, un tipo atlético de pelo oscuro de unos treinta y tantos años, sonríe abiertamente como si nos conociera.

—¿Qué tal por aquí? —pregunta mientras tira de su hijo hacia nosotros. Su esposa, una rubia pizpireta con vestido rosa, lo sigue, complaciendo al parlanchín de su marido de un modo que me resulta muy familiar.

La esposa se arrodilla junto al muchacho y señala la pantalla.

—Mira, cariño, así eran las cosas en los viejos tiempos.

El chico, que tendrá unos siete años, lleva una camiseta en la que pone: *LLEGÉ, VI Y ME COMPRÉ LA CAMISETA*.

Reconozco esa mirada. Quiere escapar de aquí, probablemente para irse a jugar con su Game Boy, si se parece en algo a mis nietos.

—Menuda instalación tienen aquí montada —dice el marido.

—Nos gusta —contesto yo. Por alguna razón no puedo decir mucho más. Espero que John diga algo, pero está concentrado en la pantalla. Algunos años atrás, no habría parado de hablar. A John le encantaba charlar con desconocidos. Este tipo y él se habrían llevado de maravilla, dándole a la húmeda, charlando sobre el tiempo o el *camping* o nuestros respectivos destinos. Pero ahora John guarda silencio. La familia se queda con nosotros unas diapositivas y después se despide. Yo me alegro de que se hayan ido y me siento algo molesta por el comentario de la rubia sobre «los viejos tiempos», pero sobre todo me avergüenzo de envidiar su juventud, el hecho de que tengan la vida por delante y sean totalmente ajenos a la buena suerte que tienen.

Pasan otras personas por allí y debo decir que se aburren bastante rápido viendo nuestras vidas proyectadas. Luego se acercan un hombre y una mujer de sesenta y muchos años. Se quedan a mirar durante un tiempo. Me doy cuenta de que para ellos no se trata de un simple entretenimiento pintoresco. Lo más probable es que su vida haya sido también

así.

Cuando nuestros hijos eran pequeños, su idea del infierno era ver diapositivas. Cuando Cindy era adolescente, salía pitando del salón cuando sacábamos el proyector. Kevin era igual. Yo les obligaba a mirar durante diez o quince minutos y entonces se ponían tan pesados que al final les dejaba irse para que John y yo pudiéramos quedarnos tranquilos. Pero en los últimos años ambos han entrado en razón. Ahora les gusta ver diapositivas y a sus hijos también. Creo que se han dado cuenta de que esta es su historia. La historia de todos nosotros.

En la pantalla aparece otro día del mismo fin de semana de verano, una barbacoa con todos fuera jugando al pilla-pilla, los niños haciendo volteretas para la cámara, todo el mundo hinchándose a perritos calientes, hamburguesas, ensalada de patata con mostaza. Las otras casitas que aparecen al fondo, detrás de la gente, en las diapositivas, parecen aburridas y genéricas, como si fueran un telón de fondo diseñado únicamente para rellenar espacio. Durante una partida al juego de la herradura, yo vuelvo a aparecer al fondo, no mucho más contenta que antes, y aun así John sigue incluyéndome en sus fotos. No sé por qué. Entonces recuerdo algo. Recuerdo que John me saludaba con la mano desde detrás de la cámara aquel día, intentando alegrarme. Fue poco después de mi tercer aborto, el bebé que había llevado en mi interior durante tanto tiempo y que de pronto perdí. Destrozada, en ese punto había renunciado ya a la idea de tener un segundo hijo. Una fiesta familiar de fin de semana era lo último que quería, pero John y mi hermana Lena pensaron que me vendría bien.

Aunque conozco el final de esa historia y sé que es un final feliz (cambié de médico y, un año y medio más tarde, di a luz a Kevin), todavía me duele ver a esa mujer deprimida de la foto, atrapada en su horrible presente. Dejo de darle al botón y me quedo mirando mi imagen borrosa al fondo. Apenas me reconozco a medida que empiezo a disolverme. No paso a la siguiente diapositiva. Los ancianos se despiden de nosotros y se alejan, probablemente pensando que estoy como una cabra. Quizá tengan razón. Apenas hemos visto una bandeja y media de diapositivas, pero creo que ya es suficiente por hoy.

CINCO

KANSAS

Tras pasar por el Mercadillo de la Ruta 66, el Drive-in de la Ruta 66, el Jardín Salvaje de la Ruta 66, otro Diner de la Ruta 66 y la Librería de la Ruta 66, entramos en Kansas. Diré una cosa: puede que solo haya veinte kilómetros de Ruta 66 en Kansas, pero están bien señalizados. No solo hay carteles de «Histórica Ruta 66» por todas partes, sino que la insignia «66» aparece pintada en la carretera prácticamente cada tres metros. No se les escapa una.

Sin embargo, la alegría de cruzar otra frontera dura poco. John y yo nos encontramos en Hell's Half Acre, un paisaje yermo lleno de matorrales y estiércol secos y montañas de roca machacada. En mi guía pone que esa parte del terreno quedó dañada y mermada de forma permanente tras años y años de explotación minera. No me gusta nada este sitio. Me hace pensar en hombres sonrientes con expresión cruel que destrozan la tierra y arramplan con todo lo que pillan, y todo ello sin dejar de decirte en ningún momento que es por un buen motivo, aunque solo dejen destrucción a su paso.

Me compadezco de esa tierra. Tras una vida de apendicectomías, episiotomías, cesáreas, histerectomías, tumorectomías, prótesis de cadera, prótesis de rodilla, endarterectomías y cateterismos, el paisaje de mi cuerpo es como Hell's Half Acre. Un mapa topográfico de puntos, cicatrices, grapas y los grabados diversos de los tratamientos médicos. Así que esta vez, cuando los médicos por fin se mostraron reacios a abrirme, entenderéis por qué me alegré. Entenderéis por qué tenía que marcharme de viaje con mi marido. Más tarde o más temprano, una se harta.

Funciona así: a los médicos les gusta salvar a la gente, pero, cuando estamos hablando de alguien que tiene ochenta años, ¿qué diablos queda por salvar? ¿Qué diversión hay en

abrirlos? Te lo harán si realmente quieres, pero se aseguran de informarte de las complicaciones. Los muy desgraciados te salen con trabalenguas del tipo «comorbilidad». Es una palabra que tardas un rato en entender, pero, cuando lo haces, tiene mucho sentido. Es como una carrera de caballos entre todas las cosas que al final te matarán: *¡En primera posición, a la cabeza, está el cáncer de mama con metástasis! En segunda posición la hipertensión avanzada y, detrás, la obstrucción de la carótida en un lejano tercer puesto, con el fallo renal en último lugar. ¡Oh! ¡Pero parece que el infarto cerebral está remontando! ¡Ahora el infarto y el cáncer de mama van igualados! ¡Infarto, cáncer! ¡Cáncer, infarto! ¡Damas y caballeros, qué carrera!*

Además de la tienda de ultramarinos de los hermanos Eisler, el único lugar agradable que mencionan mis guías y mapas es un viejo puente denominado Marsh Rainbow Arch. Antes, en Kansas había tres puentes como este, de los años veinte, elegantes y en forma de arcoíris, pero los otros dos los derribaron, así que ahora solo queda uno. Dirijo a John hacia allí. Al poco tiempo vemos un precioso puentecito de hormigón con una alargada estructura en forma de arco que recientemente ha sido pintada de blanco y que atraviesa un pequeño río. Alguien ha plantado la insignia «66» al final del arcoíris. No hay nadie en kilómetros a la redonda, así que le pido a John que detenga la caravana en mitad del puente.

—¿Qué? —me pregunta John, sin saber si me ha oído bien.

—Para la caravana, John.

Cuando lo hace, abro la puerta y salgo. Me quedo de pie en medio de este pequeño puente que une ambas orillas de Brush Creek.

—Por el amor de Dios, ¿qué estás haciendo? —me pregunta John con fastidio.

No lo sé, pero lo único que deseo hacer ahora mismo es quedarme allí durante unos segundos. Según las fotos que he visto, los otros dos puentes eran mucho más grandes e incluso más bonitos. Fueron destruidos simplemente porque alguien pensó que necesitaban algo nuevo y soso. ¿Por qué el mundo destroza todo lo que no encaja? Todavía no nos hemos dado

cuenta de que esa es la razón más importante para sentir cariño por algo.

Aquí de pie, entre las dos orillas, me siento como en casa. Así es como me siento últimamente, atrapada entre el aquí y el allá, entre la oscuridad y la luz, entre la pesadez y la levedad. Me apoyo en la barandilla del puente e intento ver lo que hay bajo el agua, pero está muy revuelta y oscura.

—¡Ella!

—Un segundo. —Miro un poco más allá y diviso algo junto a una orilla. Es una criatura de algún tipo; un gato o una rata almizclera, con el pelaje negro. Sea lo que sea, lleva mucho tiempo muerto. No sé si esto ha sido lo que me ha hecho querer parar, pero, de ser así, siento haberlo hecho. La visión de la muerte es lo último que necesito. De hecho, aquello me hace regresar a la caravana con más rapidez de la habitual y me subo aferrándome a todos los asideros extra que John ha ido colocando a lo largo de los años—. Larguémonos de aquí, John.

Atravesamos Baxter Springs. Poco después vemos un cartel en el que pone *BIENVENIDOS A OKLAHOMA*.

—Qué rápido —comenta John.

Así de rápido atravesamos Kansas. Hasta John se da cuenta.

—Desde luego. Hoy estamos haciendo un tiempo excelente —le digo con una sonrisa. Él me la devuelve. Parece encontrarse bien esta mañana, así que me sorprende cuando me dice lo que me dice.

—Ella, ¿has visto por aquí mi pistola?

SEIS

OKLAHOMA

En realidad no sé qué decir. Su pistola está en la Leisure Seeker. Pero sé que no sabe dónde. Me aseguré de ello. El caso es que, de hecho, es nuestra pistola y siempre hemos viajado con una, sobre todo en los últimos veinte años. Es ilegal pasar un arma de fuego de un estado a otro, pero necesitamos algo con lo que protegernos.

Supongo que debería explicar ahora que a veces John, en sus momentos más lúcidos, quiere suicidarse. No me lo ha dicho con esas palabras, claro, pero sé que es eso lo que piensa.

Décadas atrás, su madre tuvo la misma enfermedad que él padece ahora, pero entonces la llamaban «endurecimiento de las arterias». No estaba muy unido a su madre, pero su enfermedad le causó una profunda impresión. A decir verdad, era una mujer desagradable que creía que el mundo le debía mucho más de lo que jamás ella había recibido. No creo que estuviera nunca muy unida a nadie, ni a sus dos maridos, ni a su hijo, ni a su hija y, desde luego, no estaba unida a mí. Aun así, a John le dolió mucho ver como se convertía en algo que era mucho peor que la amargada de su madre. Hacia el final del tiempo que pasó en su casa, se pasaba las noches en vela, deambulando por el vecindario, propensa a ataques de ira y apoplejías.

Su segundo marido, Leonard, un hombre tranquilo y pusilánime, comenzó a llamarnos por las noches para pedirnos ayuda. Cuando la mujer acabó en un asilo (y estamos hablando de los comienzos de los asilos, cuando tenían un aspecto infernal), John dijo que jamás acabaría en uno de esos lugares, me hizo jurar que jamás le metería allí, le pasara lo que le pasara. Me dijo que antes se mataría si alguna vez pensaba que estaba perdiendo la cabeza.

Hace más o menos un año comencé a encontrar la pistola guardada en lugares extraños de nuestra casa: el cajón de los calcetines, el armario de la cocina, el mueble de las revistas. Y me entró el pánico. Le preguntaba por ello, pero nunca sabía cómo había llegado la pistola hasta allí. Sus problemas iban a más y yo sabía que la gente en su estado tiende a pensar que todos están en su contra, así que le escondí bien la pistola. No para de preguntarme si la he visto, en ocasiones hasta tres o cuatro veces en un mismo día. Luego parece que se le olvida el tema. Me quedé tranquila hasta hace unos pocos meses, cuando encontré una nota de suicidio a medio escribir metida entre las páginas de uno de sus libros favoritos de Louis L'Amour, *The Proving Trail*. No entendí gran parte de lo que decía, pero capté la idea. Os podéis imaginar que fue bastante preocupante. Pero ¿hasta qué punto os preocuparíais por una nota de suicidio en la que la persona que la escribe parece perder el interés a la mitad?

Como ya he dicho, últimamente John solo se da cuenta en contadas ocasiones de que está perdiendo la cabeza. Creo que es entonces cuando pregunta por su pistola. Eso es lo malo y lo bueno de su enfermedad. Para cuando encuentra la pistola, ya se ha olvidado de para qué la quería.

—La he visto, John, pero no recuerdo dónde está.

—¿Está en la caravana?

—No lo sé, John. No recuerdo las cosas como antes. Ya sabes lo que es eso. —Le miro y parece satisfecho con la explicación—. Mira eso —le digo, señalando los postes telefónicos del lado de la carretera, astillados y torcidos, que llevan un buen rato apareciendo paralelos a la ruta. Esta fila de soldados borrachos de pronto se ha desplazado hacia la derecha y se aleja—. ¿Dónde crees que van?

John no dice nada. Sé que sigue pensando en esa pistola mientras puede, antes de que su mente pulse el botón de reinicio. Yo sigo hablando, intentando llenar el vacío y su cabeza con palabras.

—He leído en mis guías cosas sobre esos postes —le digo—. Las líneas telefónicas siguen un viejo trazado de la Ruta 66, pero ya no hay carretera en esas zonas. Hay muchos tramos antiguos y diferentes de la autopista. No paran de cambiar con los años. A veces la carretera pasa por pueblos que ya ni

siquiera existen.

John asiente, pero no está escuchando mi monólogo sobre carreteras olvidadas que llevan a pueblos fantasmas. Está teniendo una de sus discusiones consigo mismo, regañando a quien quiera que se haya llevado su pistola. Él sigue su propia carretera olvidada.

Me gustaría que la hilera de postes telefónicos regresara, porque quiero seguirlos, descubrir dónde nos llevarían. Un pueblo fantasma me suena bien, un buen lugar para pasar la noche. Bajo la ventanilla un poco más, me quito la gorra y me paso un cepillo por el pelo. Las cerdas me arañan el cuero cabelludo, pero es agradable. Despego los pelos grasientos y los trocitos de piel del cepillo y los tiro por la ventanilla. Rebusco en la guantera hasta que encuentro una goma del pelo, que utilizo para hacer una pequeña trenza. Decido que a partir de ahora llevaré así el pelo, tenga mucho o poco. Dejo la gorra detrás del asiento. Estoy harta de parecer excéntrica. No he llevado una vida excéntrica.

—Madre, ¿dónde estáis?

Esta mañana estoy hablando con el nervioso de mi hijo. Le pedí a John que parase un momento en Miami, Oklahoma, para echar un vistazo a un viejo teatro que hay allí, el Coleman. (Me recordó al salón de baile Vanity que había junto a Jefferson Avenue en Detroit, donde solía ir a bailar durante la guerra. Yo y otras tres amigas, junto con docenas de chicas y sus amigas, y algunos reclutas no aptos que iban a probar suerte). Al pasar por delante del teatro, he visto una cabina telefónica y he decidido llamar.

—Estamos en Oklahoma, Kevin.

—Estamos todos preocupados por vosotros. Voy a ir allí a buscaros.

Me había preparado para esta batalla.

—Ni hablar. Tu padre y yo nos lo estamos pasando de maravilla, pero no queremos que vengas.

Kevin toma aliento y lo deja escapar haciendo ruido con la boca. Puedo imaginar sus hombros caídos en gesto de derrota al otro lado del teléfono.

—Mamá, estamos a punto de llamar a la policía y

denunciar vuestra desaparición.

—¡Ni te atrevas, Kevin! —Lo digo en serio.

Él suspira.

—Mamá, esto es una locura. ¿Por qué lo hacéis?

—Cariño, porque queremos. Es muy agradable volver a viajar. No te lo imaginas.

—¿En serio? —pregunta. Su tono ha cambiado, parece algo entusiasmado. Pero, acto seguido, vuelve a ponerse nervioso —. Un momento, ¿la caravana no tenía algún problema? ¿Algo del sistema de escape?

—Oh, eso lo arreglamos hace años, cielo.

—¿Estás segura? —pregunta, no me cree—. Podría ser peligroso.

—No te preocupes, Kevin. Todo va como debería ir.

Vuelve a suspirar, con más fuerza esta vez. No quiero ponérselo difícil, pero Kevin siempre está preocupado por algo. Incluso de niño, siempre estaba triste, o se sentía culpable, o lloraba por algo. Cindy se cuidaba sola. Kevin era el sensible. Aprendes esas cosas de tus hijos: sus personalidades se revelan nada más salir del útero.

Supongo que era un niño mimado, pero no puedo decir que me importara. Yo deseaba que no llorase tanto, pero me alegraba cuando acudía a mí en busca de consuelo. Sin embargo, John se disgustaba mucho con él. Temía que el mundo se lo fuese a comer vivo y tenía razón. Los abusones divisaban a Kevin a cientos de metros de distancia. Siempre volvía a casa con algo roto, algo robado, algo que le habían tirado al barro. John intentó endurecerlo con discursos motivacionales, clases de boxeo… pero no parecía cuajar. Intentaba que Kevin no tuviese miedo, que sacara los puños, pero no servía de nada. Los puños estaban escondidos.

Incluso ahora, Kevin me cuenta historias sobre la empresa en la que trabaja, un lugar que distribuye piezas de recambio para motores a una de las grandes compañías automovilísticas. Me cuenta que sus compañeros se aprovechan de él, se burlan de él. Algunas cosas nunca cambian.

—Tenéis que volver a casa, mamá. ¿Te estás tomando la medicación?

—Claro que sí. —Eso es básicamente cierto.

—Oh, mamá. —Vuelve a suspirar.

Ya me he hartado.

—Maldita sea, Kevin, deja ya de lamentarte. No vamos a volver a casa. ¿Para qué quieres que vuelva? ¿Para ir a más consultas? ¿Para recibir más tratamientos, más medicinas? Tomo tantas ahora mismo que voy a acabar enganchada. No. No volveremos. ¿Entendido?

Suspira por última vez.

—Sí. Entendido.

—Bien. Bueno, ¿cómo están Arlene y los niños?

—Están bien —responde tras una pausa—. ¿Qué tal está papá? ¿Está bien?

—Está bien, cariño. Conduce de maravilla y se porta bien. No te preocupes tanto por nosotros. Necesitamos hacer esto.

—De acuerdo, pero tened cuidado.

Veo a John haciendo algo en la caravana al otro lado de la calle y pienso que debo acercarme lo antes posible.

—Adiós. Saluda a todos de nuestra parte.

—Mamá…

Cuelgo el teléfono justo cuando John empieza a meter una marcha. Por el amor de Dios, pienso que va a marcharse sin mí. La Leisure Seeker avanza unos metros y yo grito su nombre con todas mis fuerzas. La gente en la calle se para y me mira. Quiero salir corriendo, pero no puedo correr. Mis rodillas no lo soportarían. Agito el bastón en dirección a la caravana.

—¡Que alguien lo detenga! —chillo.

Se me acerca un joven que lleva un mono de mecánico. En la solapa del bolsillo derecho pone *MAL*. Tiene las manos sucias, pero sonríe amablemente y me habla con suavidad.

—¿Necesita ayuda, señora?

—Sí. ¿Podría correr hasta esa caravana y decirle al hombre que me espere?

Sin ni siquiera mirar a ambos lados de la calle, el joven sale corriendo hacia la caravana, que avanza despacio calle abajo. Pero, antes de llegar al lado del conductor, la caravana se detiene. Él desaparece por el otro lado, así que no veo lo que sucede, pero corro hacia allí, todo lo que me permite el cuerpo.

Cuando llego a la puerta del copiloto, el joven está

hablando con John a través de la ventanilla.

—No pasa nada, señora —me dice—. No iba a ninguna parte. ¿Le echo una mano? —Me abre la puerta.

—Muchas gracias, Mal. Eres un encanto.

Mal me sonríe, me ofrece una mano sucia y yo la acepto gustosa. Me fijo en la placa que lleva sobre el bolsillo izquierdo mientras me ayuda a subir. Es una insignia «66» de Phillips. Supongo que la carretera da trabajo. Me subo a la caravana, cierro la puerta y me despido. Espero a alejarnos un poco antes de hablar.

—¿Es que te has vuelto loco? —le grito a John—. ¿Ibas a largarte sin mí? ¿Dónde vas a ir? ¿Qué vas a hacer? Sin mí estarías perdido, maldito idiota. —Siento que me sube la tensión—. ¿Dónde ibas a ir? ¿Eh? Dime. ¿Qué? Estúpido imbécil.

John me mira con una mezcla de rabia y desconcierto.

—No iba a ninguna parte. Es que creí haber oído un ruido, así que he avanzado unos metros. Por el amor de Dios, no me marcharía sin ti.

—Bueno, más te vale no hacerlo, viejo loco.

—Que te den —me dice.

Saco un clínex del dispensador y me limpio la mano.

—Que te den a ti.

Ninguno decimos nada durante los siguientes veinte kilómetros. Entonces John se vuelve hacia mí y sonríe.

—Hola, cariño —dice poniéndome la mano en la rodilla.

Este pequeño saludo es algo que hemos hecho siempre, la manera abreviada de decir «me alegro de que estés aquí», «te quiero», o algo por el estilo. Signifique lo que signifique, ahora no estoy de humor y aparto la rodilla.

—Vete a la mierda.

—¿Por qué?

—Sigo enfadada contigo. —Me cruzo de brazos—. Has estado a punto de largarte sin mí.

—¿Qué?

Dios, cómo odio cuando hace esto. Discutimos y empezamos a gritarnos, pero cinco minutos más tarde ya se le ha olvidado. Se pone en plan cariñoso. ¿Qué haces cuando a alguien se le olvida que está enfadado? ¿Cómo luchas contra eso? No luchas. Te callas, porque si no te vuelves loca.

—Ibas a marcharte sin mí, idiota. —Supongo que una cosa es saber lo que tienes que hacer y otra muy distinta es hacerla de verdad.

—Estás loca. Que te jodan.

Eso me hace sentir mejor. Ahora ambos estamos enfadados, como debería ser. Se produce otro silencio durante un minuto, hasta que John se vuelve hacia mí.

—Hola, cariño —me dice.

Yo suspiro.

—Hola, John.

Fue mi nieta la primera en advertir los cambios en el comportamiento de John. Durante una celebración de Navidad en nuestra casa, hace unos cuatro años, se lo encontró abajo, en el cuarto del sótano, donde guardamos todos los recuerdos de nuestras vacaciones, incluyendo un mapa enmarcado de Estados Unidos en el que John ha señalado las rutas con cintas de colores. Según Lydia, estaba caminando de un lado a otro, asombrado, contemplándolo todo y murmurando: «Va a ser duro dejar atrás todo esto».

Lydia se le acercó y le dijo:

—Abuelo, ¿estás bien? —Dijo que él la miró como si no supiera exactamente quién era. Cuando repitió la pregunta, John se limitó a asentir con la cabeza.

Entonces ella le preguntó:

—¿Dónde vas, abuelo? Has dicho que tienes que dejar atrás todo esto.

—A ninguna parte —contestó él—. No voy a ninguna parte.

Para cuando Lydia lo llevó arriba, parecía estar bien, pero ella me llevó aparte y me contó lo ocurrido.

Cuando se lo pregunté después a John, él lo negó. Estaba seguro de no haber bajado al sótano, pero yo misma le había visto subir. Después de eso no volvió a suceder nada durante un par de meses, así que logré olvidarlo.

Entonces nos fuimos a Florida. Nos dirigíamos a Kissimmee, a visitar a unos amigos que tenían una casa allí. Durante todo el trayecto John sufrió indigestión, ligeros mareos y falta de aire. No paraba de decir que estaba bien, pero yo no le creía. A mitad del segundo día de viaje (estábamos intentando

hacerlo en dos días, siempre con prisas), se detuvo en el arcén jadeando. Abrió la puerta y vomitó.

—John, ¿qué sucede? —Esa vez me asusté de verdad.

—¡No lo sé, no lo sé! —Tosía y respiraba con dificultad—. ¡No puedo respirar, Ella!

Pensé que estaba dándole un ataque al corazón, pero no se llevaba la mano al pecho, ni al brazo, ni nada de eso.

Se llevó las manos a la boca, respiraba entrecortadamente, tenía los ojos vidriosos y le temblaba la voz.

—No sé si puedo conducir, Ella. Me siento muy mareado. Tengo miedo.

Fue la única vez que le oí decirme eso.

Más o menos en ese momento, otra Leisure Seeker se detuvo detrás de nosotros. Un hombre de cincuenta y tantos años se acercó a la ventanilla y preguntó si teníamos algún problema. (Los dueños de Leisure Seekers nos mantenemos unidos).

—Creo que a mi marido le está dando un infarto —fue lo que dije.

El hombre miró a John y vio que estaba realmente enfermo.

—¿Usted puede conducir la caravana? —me preguntó.

—Hace treinta años que no conduzco un coche, y mucho menos este trasto —respondí.

—De acuerdo. —Regresó a su caravana y volvió corriendo a la nuestra—. Les llevaré hasta el siguiente pueblo y mi esposa nos seguirá.

Al final acabamos en un pequeño hospital al noreste de Florida. (Hay que decir aquí que, si podéis evitar estar en un hospital de Florida, hacedlo. En vez de llamarlo «El estado soleado» deberían llamarlo «La tierra de las operaciones innecesarias»). Un matasanos inepto ingresó a John, lo puso en una cama, lo examinó y declaró que había que operarle a corazón abierto en cuestión de diez minutos.

—Tonterías —dijo John, que ya se sentía mejor—. Ni hablar.

Entonces me presionaron a mí.

—Es por su propio bien. Podría morir en cualquier momento. —Básicamente me dieron un susto de muerte. Les dije que tenía que llamar a mis hijos. Cindy dijo lo mismo que

John. Kevin se ofreció a ir al día siguiente. A los médicos les dije que no iban a operarle, al menos de momento.

Kevin llegó al día siguiente. Para entonces, John se encontraba bien. Estaba preparado para seguir con nuestro viaje.

—Voy a volver a Detroit con la caravana —dijo Kevin, con más convicción de la que le había visto jamás—. Vosotros volveréis a casa en avión.

Ambos nos enfadamos y nos quejamos porque a ninguno nos gustaba volar, pero al final nos rendimos. Era la primera vez que sentíamos un verdadero cambio de poder, ahora nuestros hijos sentían que estábamos a su cargo y no al revés. No es una sensación agradable, os lo aseguro. Al ver la Leisure Seeker aparcada en la entrada de casa tres días más tarde, me sentí como una niña castigada, obligada a quedarse en casa.

Nuestro médico de cabecera, tras escuchar lo ocurrido y examinarle en profundidad, nos dijo que John había sufrido lo que comúnmente se denomina «ataque de ansiedad». Un ataque de ansiedad. ¿Os lo podéis creer?

John le quitó importancia. Yo personalmente no pensaba que alguien de nuestra generación pudiera sufrir esa dolencia. La ansiedad era cosa de nuestros hijos y de sus hijos, no de gente que había crecido durante la Gran Depresión, gente que había combatido en la guerra. ¿Quién tiene tiempo para la ansiedad cuando estás intentando llenarte la tripa y sobrevivir?

Ahora me doy cuenta de que el médico tenía razón. Creo que por entonces John empezaba a entender realmente lo que le estaba sucediendo. Siempre hemos tenido tendencia a preocuparnos, los dos. Yo tiendo más a preocuparme en voz alta. John se lo guarda, como suelen hacer los hombres. Me lo imagino dándose cuenta con una certeza absoluta y horrible de que iba a acabar como su madre. A saber qué fue lo que lo desencadenó. Pero me lo imagino dándole vueltas a la cabeza una y otra vez mientras circulábamos. Eso bastó para dejarle sin respiración y hacerle vomitar en el arcén. Y ahí, como suele decirse, comenzaron los malos tiempos.

Comemos en un pequeño restaurante barbacoa llamado The Pits, en Claremore. Tanto John como yo nos encontramos ya mejor, aunque eso es fácil si se tienen sándwiches de cerdo a la parrilla. John está hecho un desastre, con la cara y los dedos manchados de salsa grasienta de color rojo anaranjado.

En este viaje comemos lo que nos da la gana. Hay que recordar que, cuando llegas a cierta edad, siempre hay gente que te dice lo que comer y lo que no comer. Comenzamos nuestra vida a base de leche y papillas, y les gustaría que termináramos del mismo modo. (Pero sin la leche, claro, por el colesterol). Digo todo esto ahora, pero sé que, incluso con el antiácido que hemos tomado en la caravana, después tendremos que pagar un precio muy alto por este sándwich.

—Parecen estar disfrutando —nos dice nuestra camarera, una pelirroja delgaducha de mediana edad con una falda demasiado corta, que aparece de pronto.

Yo sonrío, le limpio la cara a John y después me limpio yo.

—¿Más té, querida? —me pregunta con voz grave y aterciopelada mientras me rellena el vaso.

Nunca en mi vida me habían llamado tanto «querida» como en este viaje. Si has experimentado ese primer impacto de la mediana edad, cuando te conviertes en «señora» o «señor», no tiene nada que ver con cuando te conviertes en «querida».

—No, gracias —respondo con una sonrisa. En realidad no importa, porque ya me ha rellenado el vaso—. Ya se me han caído los dientes.

—Ja, ja.

Normalmente no diría algo así, pero últimamente me da igual.

Cuando nos deja la cuenta, agarro el bolso de entre mis pies (protegido de carteristas, rateros y demás) para sacar la cartera. Le doy dinero a John y le dejo que vaya a pagar. Mientras tanto, me dirijo al lavabo de señoras. Allí sentada, levanto la cabeza y veo que alguien ha escrito algo con letra delicada en la puerta del retrete.

Te querré siempre,
Charlie.

¿Quién diablos escribiría algo así en el retrete del baño de

señoras? El mundo está cada vez más raro. Mientras me lavo las manos, me preocupa que John se haya marchado sin mí, pero, cuando salgo del baño, está allí esperándome, tan tranquilo, comiéndose una barrita Hershey y hablando con la pelirroja como si la conociera de toda la vida.

—Vamos de regreso a Míchigan —le dice John.

—Yo nunca he estado en Míchigan. ¿Es bonito?

—Es maravilloso —responde él—. Llegaremos dentro de un día o dos.

No me molesto en corregirle. Mientras me acerco, me ofrece un brazo para que se lo agarre. Hace que me alegre de estar casada.

Pasamos de largo el Museo Will Rogers Memorial de Claremore. Nunca me interesó mucho ese hombre. Creo que era un farsante. Cualquiera que no haya conocido jamás a nadie que no le cayese bien es porque no lo ha intentado lo suficiente. Bajo del todo mi ventanilla y saco el brazo. El viento intenta echarme la mano hacia atrás, pero extiendo la palma y la sostengo contra la corriente durante unos segundos, después la coloco en horizontal y luego la ahueco como si estuviera nadando. Muevo la mano arriba y abajo, una brazada a la inversa por el aire. Este gesto transmite cierta libertad, es un poco infantil, lo sé, pero es agradable hacer el tonto. Hay muy pocas tonterías en esta etapa de la vida, pero es el momento en que más las necesitas. Ahueco de nuevo la mano, sigo nadando por el viento y, para mi sorpresa, empiezo a ver agua junto a la carretera; un enorme estanque rodeado de juncos y una enorme ballena azul en el centro. Brillante como el cielo, con la boca abierta y sonriendo, con niños pequeños que se lanzan al agua desde su lomo de hormigón. Yo estiro el brazo hacia delante y de pronto estoy nadando con las ballenas.

A veces, cuando menos te lo esperas, tu vida se convierte en un especial de *National Geographic*.

Antes de llegar a Tulsa, dirijo a John hacia la circunvalación de la I-44. Volvemos a tomar la 66 en Sapulpa. De pronto siento un malestar considerable. Quiero tomarme una pastillita azul, pero no quiero hacerlo hasta que estemos

instalados.

—John —le digo, intentando no sonar demasiado exhausta —. Estoy cansada. Quizá debamos buscar un lugar en el que pasar la noche.

—¿Qué hora es?

El reloj de la caravana lleva años roto. Mi reloj dice que solo son las tres y cinco, pero no quiero discutir con John por no haber recorrido lo suficiente.

—Son poco más de las cinco —le digo, mintiéndole a mi marido—. Vamos a buscar un sitio. —Busco en el bolso mis pastillas azules. Intento partir una por la mitad, pero no se rompe. Aunque sé que no debo, me la tomo entera con un sorbo de zarzaparrilla Faygo.

A los diez minutos, me encuentro algo mejor, pero empieza a entrarme sueño. Delante vemos el cartel de una gasolinera en un pueblo llamado Chandler. Recuerdo haber visto en mis guías que allí hay un buen lugar para alojarse. Nada más entrar en el pueblo, veo el cartel del Motel Lincoln.

—John, métete por aquí. Esta noche me gustaría dormir en una cama de verdad.

Me alegra decir que John se muestra obediente. Entramos y aparcamos junto a la oficina. Aunque no me encuentre bien, debo admitir que el lugar es encantador, un viejo hotel de carretera de los años treinta. Por suerte, tienen una cabaña disponible.

Mientras circulamos por la parte de atrás para aparcar cerca de nuestra cabaña, me doy cuenta de algo.

—John, mira todos esos coches antiguos.

—Vaya, asombroso —dice él con un silbido.

Señalo un coche gris verdoso con morro de bala.

—John, hay un Studebaker de 1950. ¿Te acuerdas? Tuvimos uno así unos años después de casarnos. Me enseñaste a conducir en ese coche.

—Tienes razón —dice él—. Era un buen coche.

—Dios, cómo me gritaste aquel día. Estaba muy enfadada contigo.

John niega con la cabeza.

—Eras una conductora horrible.

Quiero decirle que se vaya a la mierda, pero lo cierto es que tiene razón. Era una conductora horrible. Nunca llegué a

pillarle el tranquillo. Siempre me daba miedo ir demasiado deprisa. Odiaba las autopistas, los giros a la izquierda y aparcar en paralelo. Me gritaban constantemente, ya fuera John o la gente de los otros coches. Aun así, es difícil vivir en Detroit si no conduces. Sin embargo, en cuanto los chicos tuvieron edad suficiente, les dejaba que me llevaran a todas partes. Lo dejé para siempre cuando Kevin se sacó el carné.

—Hay un viejo Imperial. Qué belleza —dice John mientras contempla un llamativo coche color lavanda con alerones inmensos y luces traseras redondas como miras de escopeta.

Sí, desde luego procedemos de una ciudad de coches. Aparcamos junto a un Ford Pinto rojo brillante con una matrícula en la que se lee:

MEENCIENDO

Nuestra cabaña es pequeña, pero está limpia y es acogedora. Yo solo deseo irme a la cama, pero tengo que asegurarme de que John también esté cómodo.

—Vamos a echar un sueñecito, John. Luego meteremos nuestras cosas.

—No estoy cansado.

—Bueno, yo sí. —Enciendo la televisión para distraerle. Empezamos a ver un viejo episodio de *M*A*S*H* y John se engancha al instante. Juro que ha visto cada episodio cien veces, pero sigue gustándole verlos. Creo que por eso todavía los disfruta. Le resultan familiares, pero nuevos. Echo el pestillo a la puerta y me tumbo en la cama extrasuave, profundamente cansada.

Cuando me despierto, John no está. Solo son las 17.25 de la tarde, así que no he dormido mucho. Rezo para que no se haya marchado por ahí. Saco las piernas por un lado de la cama y me levanto utilizando el bastón y la mesita de noche. Levantarme hace que me sienta mejor, como si le diese energía a mi cuerpo. Abro la puerta de nuestra cabaña y respiro aliviada al ver a John sentado en una tumbona mirando al vacío. En una mesita que tiene al lado está nuestro proyector de diapositivas.

—¿John?

—He instalado el proyector.

—Bien por ti, pero hay demasiada luz para poner diapositivas.

—Ya me he dado cuenta, Ella. —Todavía se acuerda de cómo ser sarcástico cuando es necesario.

—Bueno, bien. Dentro de un rato extenderemos la sábana. Venga, vamos a preparar unos sándwiches. Tengo jamón y mortadela. ¿Qué te apetece?

—Mortadela.

¿Para qué preguntaré? Se comió un sándwich de mortadela cada día durante treinta y cinco años cuando trabajaba. Mortadela con una loncha de queso americano y un poco de mostaza, cortado de arriba abajo, no diagonalmente. Podía prepararlos con los ojos cerrados.

Volvemos a la caravana. Espero que al proyector no le pase nada, porque no me apetece moverlo. Preparo los sándwiches, unas patatas y zarzaparrilla. Mi malestar ha disminuido y decido prepararme un *old-fashioned*. Saco el alcohol, encuentro un par de azucarillos en el armario y me pongo a ello. Lo termino con una piel de naranja y una cereza. No es un *old-fashioned* sin eso. John se toma otro vaso de refresco. El sol se está poniendo y ahora se muestra un poco menos despierto.

—¿Estamos en casa? —pregunta mientras nos acomodamos en las tumbonas que hay frente a la puerta.

—No, cariño. No vamos a casa. Estamos de vacaciones.

—Ah.

Sé que este viaje es duro para él. Las únicas cosas que le unen al mundo son nuestra casa y yo, y le he quitado nuestra casa. Pero nadie, ni nuestros médicos, ni nuestros hijos, ni siquiera nuestro congresista, puede convencerme de que estas vacaciones no son una buena idea. Maldita sea, es la única idea que nos queda.

Al principio, lo único que se ve es un bosque muy espeso: el cielo y la tierra teñidos de dorado, naranja y carmesí en una hoguera de colores. Es como si el otoño se hubiera colado en la película. Entonces, cuando miras con más atención, entre

los árboles resplandecientes, ves algo más: la silueta de la Leisure Seeker. Y, junto a ella, otra caravana muy parecida que tenían nuestros amigos Jim y Dawn Jillette. Ambas caravanas están paralelas y sus toldos abiertos casi se tocan. Solíamos hacer eso para crear una zona común, un lugar donde poder poner una mesa de pícnic, un lugar para jugar a las cartas. A veces, si llovía, Jim y John cubrían con una lona el hueco entre los dos toldos, para que pudiéramos caminar libremente de una caravana a la otra.

En la siguiente diapositiva, ambos están sentados a la mesa de pícnic jugando al pinacle. Jim, que fuma en pipa, tiene las gafas levantadas por encima de las cejas y mira sus cartas con el ceño fruncido. Dawn, con su melena caoba recogida con un pañuelo malva, se está riendo de él. En la parte inferior de la imagen aparecen las cartas de John, extendidas sobre el hule de cuadros.

—¡Ahí está Jim! —dice John con más entusiasmo del que le he visto mostrar en todo el viaje.

—Y Dawn —digo yo.

—El viejo J. J.

Por un momento John parece ser el de siempre. J. J. era el apodo que le había puesto a Jim. Trabajaron juntos muchos años en GM y así fue como los cuatro nos hicimos amigos.

—¿Cómo está Jim? Hace siglos que no le veo.

Yo suspiro y me vuelvo hacia él.

—Cielo, Jim murió hace ocho años.

—¿De verdad? ¿Jim ha muerto?

—Sí, cariño. ¿No te acuerdas? Fuimos a su funeral. —Ya hemos pasado antes por esto. John se ha olvidado de todo lo que no desea recordar.

—Oh, maldita sea. ¿Y Dawn sigue viva?

—Me temo que murió un año antes que él.

—Dios —dice llevándose la mano a la boca.

Su mirada frágil hace que me arrepienta de haber escogido esta bandeja de diapositivas. No debería haberle contado la verdad, pero a veces me canso de mentirle. Sigo albergando la esperanza de que parte de la información se le va a quedar, pero nunca sucede.

Paso a la siguiente diapositiva. En esta, Dawn y yo estamos caminando por una carretera, ambas llevamos en la mano

preciosos ramos de hojas de colores. Recuerdo perfectamente que las pusimos en un viejo cartón de leche sobre la mesa de pícnic comunal.

La siguiente diapositiva es justo eso, el ramo de hojas sobre la mesa, y me doy cuenta de que este es el problema de las fotografías. Pasado un tiempo, ya no sabes si estás rememorando el recuerdo real o el recuerdo de la fotografía. O quizá la fotografía sea la única razón por la que recuerdas ese momento. (No. Me niego a pensar eso).

Vuelvo a pulsar el botón. Es una foto de nosotros en torno a la fogata que John debió de sacar con el temporizador de la cámara. Nosotros salimos oscurecidos y movidos por la larga exposición, mientras que el fuego brilla con intensidad. Esta última diapositiva me inquieta, sobre todo sabiendo que Jim y Dawn ya no están, así que quito la bandeja. Sobre la sábana colgada de un lado de la cabaña se proyecta una blancura cegadora, pero no puedo apagarlo, o será más difícil aún meter la siguiente bandeja.

—Joder, cuánta luz —dice John.

Meto una nueva bandeja, pero no parece que enganche.

—Un segundo —le digo. Antes John solía encargarse del proyector, pero ahora me lo deja a mí. Me mira manipularlo durante un rato, después se acerca a la mesa, le da un empujón a la bandeja de diapositivas hasta que engancha. Sonríe con suficiencia—. No vayas de listillo —le digo. A veces pienso que su enfermedad es más pereza que otra cosa.

Proyecto la primera diapositiva de la bandeja sobre la sábana y a nuestro alrededor oigo murmullos. Me doy la vuelta y veo que hemos atraído a una multitud de personas, reunidas junto a una farola a unos seis metros de distancia. A primera vista, pienso que son rufianes. Entonces me doy cuenta de que no se parecen a los rufianes de hoy en día, con su ropa ancha y sus gorros de lana. Estos chicos parecen lo que solíamos llamar «delincuentes juveniles». Los chicos llevan camisetas blancas ajustadas con cajetillas de tabaco pilladas bajo la manga, petos vaqueros remangados y botas de motorista. Llevan el pelo con mucha gomina. Una de las chicas lleva vaqueros y una chaqueta de bolos ajustada de color azul, junto con zapatos negros. Otra lleva una falda de fieltro larga, unas merceditas, los labios pintados de un rojo

brillante y un corte de pelo negro con flequillo.

Van llenos de tatuajes; brazos y piernas plagados de llamas, corazones, mujeres desnudas y calaveras. Ahora que me fijo en ellos con más atención, me doy cuenta de que no son críos en absoluto, sino adultos bien entrados en la treintena, allí de pie, a la luz de la farola, como anuncios vivientes. Enseguida advierto que no representan para nosotros amenaza alguna. Cuando ven que me he quedado mirando, dos de ellos saludan con timidez y sonríen. A ellos también les fascina nuestro espectáculo de diapositivas, así que no pueden ser tan malos.

En la pantalla aparece ahora una imagen de nuestro viaje a Montreal para la Expo del 67, otras vacaciones con los Jillette. A nuestras espaldas, la aparición de la cúpula geodésica provoca murmullos de asombro. Se lo están pasando bien. Paso a la siguiente diapositiva. Es una de las exposiciones, no recuerdo cuál, pero la razón principal por la que John sacó la foto es la joven del fondo que lleva una minifalda. Se había parado para ajustarse algo y John tomó la foto como broma. Todas esas modas acababan de surgir y estaban causando mucho revuelo. A los hombres desde luego no les importaba. John y Jim tenían las cervicales hechas polvo en aquel viaje de tanto girarse para ver las minifaldas pasar. Dawn y yo tuvimos que soportar muchas cosas aquella semana.

Desde el gallinero oigo silbidos y gritos de los chicos al ver a la chica canadiense. Lo que me demuestra que en realidad nada ha cambiado. También oigo que una de las chicas dice «falda mona». Me doy la vuelta y les sonrío.

—¿Esa es usted, señora? —grita uno de los chicos.

—Nada de eso —le respondo.

Otro se acerca. Lleva la misma indumentaria que los demás, pero es el único que además lleva chaqueta. Aunque se trate de una chaqueta de mecánico de gasolinera, es evidente que él es el único con un poco de sentido común. Hace bastante fresco esta noche. Sigue caminando hacia nosotros y John se levanta. Yo lo miro y niego con la cabeza.

—No pasa nada, John —le digo.

—Qué tal, señora. Espero que no les importe que veamos sus diapositivas.

Yo sonrío. Parece muy educado. No me importa el aspecto de la gente siempre y cuando tenga buenos modales.

—En absoluto —respondo—. Pasadlo bien. Yo soy Ella y este es mi marido, John.

—Hola, señor —le dice a John mientras se acerca para estrecharle la mano. John sonríe—. Hemos venido por una convención de bólidos.

—Suena bien —le digo.

—Sí, estamos recorriendo la vieja Ruta 66.

Me entusiasmo al oír eso.

—Vaya. Nosotros estamos haciendo lo mismo.

Él me mira asombrado por mi comentario.

—¿De verdad? Mola. —Se vuelve hacia los demás y grita—: ¡Ellos también están recorriendo la 66!

Se ríen y asienten con aprobación. Ahora sé que todo este asunto no ha sido una idea tan descabellada.

Poco a poco el grupo se va acercando. Parecen tímidos, como si no quisieran asustarnos. Sinceramente, es probable que lo hubieran hecho si yo no hubiera tenido oportunidad de observarlos con detenimiento primero.

—Yo soy el Gran Ed —dice el primero.

Yo asiento.

—Sí, lo imaginaba por la insignia que llevas en el bolsillo, donde dice «Gran Ed».

Me sonríe, con suficiencia, pero también con ternura.

—Ayuda, ¿verdad? —Entonces el Gran Ed señala a la chica del pelo negro—. Ella es mi esposa, Missy. —Después señala a los demás miembros de su grupo. Tienen nombres como Gage, Dutch, Betty y Charlotta.

Yo los saludo a todos.

—Podéis sentaros si queréis.

El Gran Ed mira a los demás con las cejas arqueadas.

—¿De verdad? Si no les importa, sería fantástico. —La mayoría se sienta allí mismo, en el suelo. El Gran Ed está a punto de sentarse, pero entonces se le ocurre algo—. ¿Les importa que traiga unas cervezas? Estamos al final del camino. Volveré enseguida.

—Adelante, Gran Ed —le digo.

—¿Quieren ustedes también? —pregunta mientras se lleva a la boca una lata imaginaria.

—Suena bien.

Así que se levanta y sale corriendo por el camino. Nos quedamos todos callados mientras él no está, pero al cabo de un minuto oigo sus pisadas de nuevo sobre el asfalto y regresa con un par de *packs* de seis cervezas. Le lanza uno al grupo sentado en el suelo. Del otro arranca una para mí y otra para John.

Limpia la parte superior de la lata con la manga de la chaqueta y después la abre con una pequeña floritura, como si fuera un mechero Zippo.

—*Madame* —dice ofreciéndome la cerveza—. Señor —le dice a John al pasarle la suya. Es todo un elemento este chico. Entonces levanta su cerveza para brindar—. Salud. Y gracias por su hospitalidad.

—Gracias por la vuestra —digo yo.

Todos bebemos.

A los chicos les encantan las diapositivas. Nos terminamos todas las cervezas mientras vemos las diapositivas de la Expo del 67 y yo voy haciendo comentarios sobre las exposiciones que vemos. Aquí está la exposición de Japón, mirad qué obras de arte tan bonitas; y esa es la exposición americana, ¿habíais visto alguna vez algo tan grande? Más minifaldas, más silbidos de los chicos.

—Parece que John no podía dejar de admirar las vistas —dice Dutch. Todos nos reímos. Creo que me estoy divirtiendo de verdad. Esto me recuerda a los viejos tiempos, aunque jamás en mi vida había visto diapositivas con desconocidos tatuados en el jardín de un hotel de carretera.

Aparece una diapositiva de los cuatro frente a la exposición principal. Estamos todos de pie, sonrientes, ante una fila interminable de banderas de todos los países del mundo. Les hablo a los chicos de Jim y de Dawn, les cuento que solíamos viajar con ellos siempre.

—Hicimos muchos viajes los cuatro juntos —les digo—. Nos lo pasábamos muy bien.

—Qué bonito —dice el Gran Ed—. Está bien ir a sitios con tus amigos. —Se vuelve hacia sus amigos y su esposa y vuelve a levantar su cerveza. Ellos hacen lo mismo y después beben. Luego se vuelve otra vez hacia mí—. ¿Y sus amigos todavía, eh…?

Se detiene antes de terminar la frase. El grupo se queda callado de pronto.

Yo ignoro su pregunta y paso a la siguiente diapositiva. Aparece Jim solo junto a la exposición de GM, delante de un sedán futurista. Ahí es cuando, claro está, John hace su pregunta.

—¡El viejo J. J.! ¿Cómo está, Ella? Hace siglos que no lo veo.

Yo lo miro.

—Está genial, John.

Los chicos sonríen. Yo también.

No sé si es por la cerveza o qué, pero esa noche John y yo dormimos como un bebé. John no se despierta ni deambula, ni recorta la bolsa del pan a primera hora de la mañana; yo no me despierto a las cuatro de la mañana aterrorizada ni me entra un ataque de llanto. Es una buena noche. Ambos nos despertamos descansados y alerta.

John se vuelve hacia mí y abre los ojos, parece el John de siempre.

—Hola, querida.

—Buenos días, John. —Ha vuelto—. ¿Cómo estás?

—Me siento bien —dice bostezando.

Yo le pongo la mano en la mejilla. Aunque los años han aclarado y ablandado su rostro, sigue teniendo cierta fuerza, cierta angulosidad que siempre me ha resultado atractiva.

—¿No tienes resaca? —le pregunto con una sonrisa.

Él no sabe de qué estoy hablando. Estoy de broma, claro. Entre los dos, apenas nos bebimos tres latas de cerveza.

—No, no tengo resaca. ¿Quieres algo de desayunar? —me pregunta.

Yo dejo la mano donde está. No quiero hacer nada que le inquiete en ese momento.

—No. Vamos a quedarnos aquí tumbados un poco más, ¿de acuerdo?

—¿Has hablado últimamente con los chicos?

John a veces pregunta por los chicos cuando está lúcido, como si hubiera estado lejos, y supongo que así es.

—Sí —respondo—. Están bien. A Kevin acaban de

ascenderle. —Eso no es del todo cierto. Le han dado más trabajo y otro cargo diferente, pero no más dinero.

—Bien por él.

—Cindy está yendo a una clase de educación para adultos. Cestería. Se le da muy bien.

—Eso es fantástico —me dice acariciándome la mano, que sigue apoyada en su mejilla.

—John. ¿Tú me quieres?

Él me mira con los ojos entornados.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Claro que te quiero. —Se acerca más a mí y me besa. Le huelo. No huele muy bien, pero sigue oliendo a mi marido.

—Lo sé —le digo—. Solo quería oírtelo decir. Ya no me lo dices muy a menudo.

—Se me olvida, Ella.

Eso es lo que más miedo me da.

—Ya lo sé, John. —Le pongo la otra mano en la cara. Beso a mi marido. Lo estrecho contra mi cuerpo y no digo nada más. Pasan los minutos y la noche regresa a sus ojos.

Es hora de levantarse.

Pasamos un rato en la interestatal y está llena de tráileres que nos adelantan rugiendo a toda velocidad. Se nota su cabreo. No circulamos lo suficientemente deprisa para ellos. Cuando uno de ellos nos adelanta, el conductor, un gordo con gorra de camuflaje, frunce el ceño y nos saca el dedo. Yo hago una pistola con los dedos índice y pulgar y le disparo como Charles Bronson.

Se queda mirándome como si estuviera loca. Entonces pisa el acelerador como alma que lleva el diablo.

Volvemos a la 66. En Arcadia, pasamos frente a un granero redondo muy conocido, pero el pueblo en sí es tan triste y deprimente que no nos molestamos en parar. Seguimos avanzando, despacio, pero seguros, hasta llegar a Edmond, un pequeño pueblo universitario. Desde ahí volvemos a tomar la I-44, que nos permite rodear Oklahoma City.

En la autopista, las camionetas se muestran más traicioneras que nunca. Una de ellas está a punto de cortarnos el paso. John tiene que pisar el freno y yo siento que se me va

a salir el corazón por la boca cuando todo el peso de la caravana se me viene encima.

No ocurre nada. Seguimos conduciendo. Frente a una sucursal de la organización católica Caballeros de Colón vemos un cartel en el que pone:

FELIZ ANIVERSARIO,
DAVIE & CALABACITA. 23 AÑOS

Bien por ellos, me digo. En Bethany, tras incorporarnos de nuevo a la 66, cruzamos el lago Overholser sobre un viejo puente de acero. Después John detiene el vehículo a un lado.

—¿Qué sucede? —le pregunto.

John me mira como si fuera yo la que ha perdido la cabeza.

—Tengo que hacer pis.

—Ah.

Apaga el motor y desaparece entre los arbustos. Regresa al asiento un par de minutos más tarde.

Yo agarro un pequeño espray de desinfectante de manos.

—Enséñame las manos.

John pone en marcha la caravana.

—John, tienes que limpiártelas después de hacer pis.

—Deja de darme el coñazo, Ella.

Le rocío el dorso de las manos solo para fastidiarle. Se las seca en el pantalón, mete la marcha y nos vamos. Me doy cuenta de que está otra vez de mal humor. Avanzamos un poco más y me empieza a entrar hambre.

—Vamos a parar a comer, John.

—No tengo hambre.

—Pero yo sí. —Últimamente no tengo mucho apetito, así que me gustaría aprovechar. Por primera vez en más de cuarenta años, estoy perdiendo peso. Claro, todavía tengo que ir a la sección de tallas grandes a comprarme la ropa, pero aun así he bajado una o dos tallas. Una pena que haya tenido que enfermar para perder peso. Menuda dieta. Seguro que se pone de moda. Me imagino el artículo en *Enquirer*: «¡A las estrellas de cine les encanta la nueva dieta del cáncer!».

Pasado El Reno, hay un viejo tramo de la 66 del año 1932 que podríamos tomar, pero le digo a John que se mantenga en la I-44. Más tarde me arrepiento de mi decisión. Oteo el

paisaje en busca de carteles de restaurantes, pero, por primera vez, no veo ninguno. Estoy molesta y nerviosa, además de hambrienta. Quizá es que tengo muchas ganas de llegar a Disneylandia. Supongo que, cuando sé que algo va a ocurrir, bueno o malo, nunca he tenido mucha paciencia para esperar. Pero hay veces en las que no pueden adelantarse los acontecimientos.

—Eh, mira, ¡un Coney Island! Vamos a parar —dice John al ver un cartel junto a la carretera.

Aunque yo esperaba encontrar alguna típica barbacoa de Oklahoma, me alegra tener un sitio decente en el que comer. En Detroit tenemos restaurantes de Coney Island por toda la ciudad. (Siempre han sido uno de los lugares favoritos de John para comer. Cuando tenía que trabajar en el centro, a veces se escapaba al Coney Island de Lafayette para comer algo antes de ir a casa. Yo me daba cuenta por el aliento a cebolla que traía). Pero, cuando sales de la zona de Detroit, no los encuentras en ninguna otra parte. Así que me sorprende verlos aquí. Aun así, supongo que lo más raro de todo es que tanto en Míchigan como en Oklahoma tengan perritos calientes con el nombre de un lugar de Nueva York.

Nos tomamos un antiácido y entramos en ese pequeño tugurio, situado en el pueblo de Hydro. No hay gran cosa que ver desde fuera y dentro no es mucho mejor: paredes de cal mugrientas, asientos de falso cuero rasgado y mesas de formica astilladas. Cuando entramos, los parroquianos se vuelven para mirarnos. Fruncen el ceño como diciendo: «¿Qué hacen estos dos viejos en nuestro antro?». Me preocuparía si no fueran todos tan ancianos como nosotros.

He de decir que la comida parece deliciosa. Cuando nos sentamos, pasa por delante una bandeja con perritos calientes. El chili se parece al de Detroit, pero aquí le añaden ensalada de col amarillenta encima. Pedimos dos cada uno, con patatas fritas y Dr. Peppers (porque parece que es lo que se bebe aquí) a un camarero taciturno con cara de pocos amigos y un delantal lleno de manchas. A los tres minutos nos deja la comida sobre la mesa sin decir una palabra.

Me alegra confirmar que los perritos del Coney de

Oklahoma están tan buenos como parece. Mientras comemos, un viejo parroquiano negro, de al menos ochenta años, con una camisa deportiva de rayas rojas abrochada hasta arriba, se acerca y nos observa comer durante unos segundos. John y yo nos miramos. No sé qué hacer, así que le sonrío y sigo comiendo.

—Buenos, ¿verdad? —dice al fin entre dientes. A mí me cuesta entenderle, porque habla arrastrando las palabras, como si le hubiera dado un ictus, pero sé lo que quiere decir. John y yo asentimos con la boca llena—. ¿De dónde son?

Yo me trago la comida y me limpio la boca mientras John sigue comiendo.

—De Detroit, Míchigan —respondo con cierta reticencia. No tiene sentido decir «Madison Heights, Míchigan». Nadie ha oído hablar de eso.

—¿Llevan mucho allí?

—Toda la vida.

Se acaricia pensativo una mejilla paliducha. No puedo evitar fijarme en que su ojo izquierdo es del color de la leche condensada.

—Yo tenía unos primos por ahí. Incluso viví allí un año. Hace mucho.

Yo dejo mi Coney.

—¿De verdad?

—Trabajaba en una planta de Packard. Es un pueblo precioso.

Aunque el Detroit al que se refiere debe de tener sesenta años, le sonrío de nuevo, conmovida de verdad.

—¿En serio? Vaya, gracias. Me alegra oírlo. Normalmente decimos que somos de Detroit y todo el mundo nos mira como si estuviéramos locos. Todavía la llaman «Ciudad de los crímenes».

Él niega con la cabeza.

—Ay, la gente puede ser muy mala. Pero da igual lo que digan, porque se quedan de todos modos. ¿Sabe de lo que hablo?

Yo asiento con la cabeza.

—Sí. Te quedas porque es tu casa.

Me sonríe abiertamente y muestra las monturas rosas de su dentadura postiza, complacido al comprobar que el tiempo

nos ha enseñado a ambos la misma lección.

—Eso es. No importa de dónde seas, mientras esto esté ahí. —Se lleva una mano al pecho—. Tu casa está donde está tu corazón. A veces no sabes por qué te quedas, simplemente te quedas. Esa es tu casa.

—No podría estar más de acuerdo.

—Ajá. —Cierra los ojos un instante e inclina la cabeza—. Tengo que irme. Que tengan un gran día.

—Gracias —respondo—. Cuídese.

Nos da la mano y sale lentamente por la puerta. John me mira, se encoge de hombros y empieza a comerse el perrito caliente que queda en mi plato.

No sé a qué ha venido todo eso, pero me ha puesto de buen humor. Volvemos a la caravana y no siento malestar, no siento náuseas, no me duelen las rodillas, tengo la cabeza en su sitio, todo. John incluso pone música; Harry James, buena música de los cuarenta. Ahora mismo soy tan feliz que podría llorar. Cierto que nunca he sido difícil de contentar, pero últimamente es un poco más complicado.

Pienso en lo que dijo el hombre de Coney Island. Tenía razón. Somos gente que se queda. Nos quedamos en nuestras casas y terminamos de pagarlas. Nos quedamos en nuestros trabajos. Nos jubilamos después de treinta años y nos quedamos en casa todavía más. Nos quedamos hasta que ya no podemos cortar el césped del jardín y los canalones se llenan de hojas, hasta que nuestras casas parecen embrujadas a ojos de los niños del vecindario. Nos gusta estar ahí. Supongo que la otra pregunta es: ¿por qué viajamos?

Solo puede haber una respuesta: viajamos para apreciar más lo que tenemos en casa.

Da igual que trabajes o que cuides de los hijos y de la casa, porque tus días al final adquieren cierta monotonía. A medida que te haces mayor, quieres esa monotonía, la ansías. Tus hijos no lo entienden. Ellos siempre intentan cambiarlo todo, reemplazar las cosas que a ti te resultan familiares y cómodas, como tu coche destartalado o el hervidor que vibra cuando hierve el agua. Pero la monotonía también es una trampa. Forma parte del empequeñecimiento de tu mundo, la estrechez de miras de la edad. Cuando te sucede algo diferente, cuesta verlo como algo bueno. Lo que significa que

no siempre puedes reconocer un momento perfecto o hacer que tenga lugar. O a veces los momentos perfectos suceden y no te das cuenta.

Por eso necesitas viajar.

Hace unos catorce años, John y yo fuimos de *camping* al lago Higgins. Los Jillette tenían planeado ir con nosotros, pero tuvieron que cancelarlo en el último momento, así que fuimos solos. Fue un fin de semana sin nada de especial. El domingo por la mañana me desperté temprano y no pude volver a dormirme. O quizá estuviera preocupada por algo. (Podría hablar mucho sobre la cantidad de tiempo que me he pasado preocupada por algo a lo largo de mi vida, pero esa es otra historia, gracias). Estaba sentada en una silla plegable, tomándome una taza de café, viendo los rayos dorados que salían por el horizonte e iban iluminando progresivamente las ramas de los árboles. Oía los últimos cantos de un grillo, el murmullo lejano de un coche en la autopista y a alguien que sacaba agua con el surtidor al otro lado del *camping*.

Probablemente estéis esperando que diga que vi algo milagroso, un lobo blanco o cualquier otra cosa extraordinaria que no habría visto de no haberme levantado tan temprano, pero no vi nada fuera de lo corriente. Me quedé allí sentada, frente a la Leisure Seeker, sabiendo que aquello, justo aquello, era mi vida. Yo era Ella Robina, esposa de John, madre de Cindy y Kevin, abuela de Lydia y Joseph, residente en Madison Heights, Míchigan. Pensé que durante mi vida no me había ocurrido nada tremendamente malo ni bueno. Todas habían sido cosas normales. Había llevado una vida corriente. Solo quería estar en casa, cerca de mis seres queridos, y que todos estuvieran bien. Nada más. Sabía que no estaba en la tierra por ninguna razón en especial, pero allí estaba, contenta de estar, asombrada por la belleza de las cosas. Fue un momento perfecto.

En ese momento supe lo que era mi vida. Pronto sabré lo que es mi muerte. ¿Quién sabe? Eso también podría ser perfecto. Pero lo dudo.

—Creo que me gustaría echarme un rato —dice John tras recorrer algunos kilómetros.

—Te daré una Pepsi, John —le digo—. Vamos a ver si podemos hacer unos kilómetros más antes de parar por hoy.
—Genial. Ahora hablo como él. Es cierto que no hemos avanzado mucho. Quizá doscientos kilómetros desde que empezamos. Me gustaría haber llegado a Texas al finalizar el día.

—De acuerdo.

Abro la vieja nevera metálica que llevamos detrás de la cabina para darle una Pepsi a John. El olor agrio me recuerda que metí allí un pequeño trozo de queso pinconning antes de salir de casa. Ahora está flotando en agua. Seco la botella con un trapo viejo que hay debajo del asiento. La Pepsi está caliente, pero no importa. A ninguno de los dos nos gustan las cosas muy frías o muy calientes. Se la paso. La coloca entre sus piernas e intenta abrirla. La caravana da un bandazo hacia un lado de la carretera, después hacia el otro.

Yo agarro el volante.

—Por el amor de Dios, John. Espera un segundo. Yo te la abro.

Suelto el volante y meto la mano entre sus piernas.

—Eh, cuidado con lo que agarras ahí, jovencita.

Tengo que reírme. Le doy una palmada en el brazo, abro la botella y se la entrego.

—Guarro —le digo mientras da un largo trago.

A modo de respuesta, John suelta un eructo y sonríe.

—Qué bonito. Espero que estés orgulloso —le digo mientras le quito la botella para beber también un poco. El refresco está caliente y dulzón y tiene demasiadas burbujas, pero me refresca la boca y me asienta el estómago, que empieza a rugir pidiendo comida. Le devuelvo la botella a John y da otro trago.

Es entonces cuando me fijo en las luces parpadeantes que se ven por el espejo retrovisor de John.

—John.

—¿Qué?

—Creo que nos sigue la policía.

Mira por el espejo y frunce el ceño. No sé si está enfadado o confuso.

—Creo que deberías parar.

John vuelve a mirar por el espejo y devuelve después la

mirada a la carretera.

—No nos persigue a nosotros.

—Yo creo que sí, John. Para.

—Ella…

—¡Maldita sea, John! Para la caravana.

—Hijo de perra —murmura mientras conduce el vehículo hacia el arcén. El coche de policía no nos adelanta. Yo siento un nudo en la garganta. Rezo para que los chicos no hayan llamado a la policía para que nos busque. Miro a través del espejo de John desde mi lado y veo que el agente camina hacia nosotros.

—John, tú haz lo que te diga. —No quiero que le entre una de sus rabietas con un policía. Quiero llegar hasta California.

—Carné y papeles, por favor —dice el agente, que parece tener trece años. En la barbilla tiene un corte que se habrá hecho afeitándose, cosa que seguramente haga dos veces al mes.

—Oh, lo llevo en el bolso. Un segundo —le digo. Él se gira y me mira.

Desafortunadamente, mi bolso es el sitio donde escondí la pistola de John. Sonrío alegremente al policía mientras hurgo en el bolso en busca de la cartera y a la vez que intento ocultar el arma. El agente vuelve a mirar a John. (La ventaja de ser una anciana: nadie se imagina que vas armada). Al fin encuentro la cartera, saco el carné y los papeles y se los entrego. John permanece callado todo el tiempo. Eso es bueno.

—Señor Robina, la razón por la que le he parado es que hace unos kilómetros he observado que su vehículo daba bandazos de un carril a otro.

Yo levanto la Pepsi.

—Agente, ha sido culpa mía. Le había dado a John esta botella y no podía abrirla. Debería haberla abierto antes de pasársela.

El policía se queda mirándome.

—Señora, si no le importa, me gustaría que el señor Robina respondiera a la pregunta.

¡Ay, no! Si John dice alguna locura, vamos a acabar los dos en el calabozo. O peor, en Detroit.

—Solo digo que…

—Señora, por favor. Señor Robina, ¿es eso lo que ha sucedido? —Mira a John con los ojos entornados.

John mira al policía y asiente.

—Sí, señor. Estaba intentando abrir esa cosa.

—¿Esa cosa? —El policía lo mira.

John se aclara la garganta.

—Esa cosa, la… la botella.

Se hace un silencio interminable mientras el agente nos mira. John deja escapar un eructo en un tono moderado y suspira. Yo le miro con el ceño fruncido. El agente se marcha con los papeles y el carné de John. Queda un ligero aroma a Aqua Velva en el aire. Por el espejo de mi lado, le veo meterse en su coche patrulla.

—¿Es que estás loco? No puedes eructarle a un agente de policía.

John me mira con suficiencia y vuelve a eructar.

Me preocupa lo que está pasando en el coche patrulla. Me pregunto si Kevin y Cindy habrán denunciado nuestra desaparición. Hace meses decidieron (sin duda en una de sus reuniones para «ver qué hacemos con mamá y papá») que John no debería tener carné de conducir en vigor. Kevin ya había intentado desmantelar nuestro viejo Impala, pero nos subestimó. John abrió el capó, yo vi el cable del distribuidor que Kevin había arrancado y volvimos a poner el coche en marcha sin problemas. Incluso pasada la adolescencia, los padres tienen que seguir demostrándoles a sus hijos que no son tan estúpidos como se piensan. Después de aquello, Kevin y Cindy dejaron el tema durante un tiempo, hasta hace unas semanas. Fue entonces cuando empezaron a decir otra vez que «papá no debería conducir». Pero esta vez nos dimos el piro.

Justo ahora John vuelve a arrancar la Leisure Seeker. Está a punto de meter la marcha cuando yo estiro el brazo, giro la llave y la saco del contacto.

—¿Es que te has vuelto loco?

—Dame las putas llaves —me dice.

—¿Qué crees? ¿Que vas a poder darle esquinazo con este monstruo? ¿Que vamos a vivir una persecución a toda velocidad como en las noticias de Detroit?

John me mira con tanto odio que se me rompe el corazón.

Pienso: «Al final me va a pegar después de todos estos años». Entonces voy a tener que matarlo. El viejo John sabe que yo lo haría, pero quizá el nuevo John lo desconozca. Aprieto las llaves en el puño, dispuesta a cualquier cosa. Entonces vuelvo a mirar por el espejo.

—Calla, ya vuelve —le digo mientras el policía se hace más grande en el espejo. Se dirige hacia el lateral de la caravana.

—Por un momento he pensado que iban a darse a la fuga —dice con una sonrisa. Le devuelve a John el carné y los papeles—. Todo en orden. Por favor, tenga más cuidado. Manténgase en su carril y respete los límites de velocidad, ¿de acuerdo?

Yo le sonrío otra vez, interpretando el papel de anciana encantadora.

—Desde luego, agente. Muchas gracias. ¡Que tenga un buen día!

Veo que vuelve a meterse en su coche patrulla y se aleja. Tengo frío y siento el cuerpo flojo. Es un alivio que no tengamos una orden de busca y captura.

—¿Dónde están las llaves? —pregunta John mientras busca en todos los huecos del salpicadero. Podría pasarse un buen rato buscando. Tiene la caravana tan llena de aparatos magnéticos, brújulas y maquinitas que me sorprende que podamos movernos.

Yo dejo caer las llaves sobre su regazo.

—¡Au! —exclama llevándose la mano a la entrepierna.

—Vamos, Barney Oldfield.

Poco tiempo después de arrancar, decidimos parar de nuevo. Veo un cartel que anuncia el Museo de la Ruta 66 en Clinton. Estoy dividida entre mi deseo de llegar a Texas y ver ese museo. Según nos aproximamos, decido que necesitamos un descanso después de nuestro pequeño encontronazo con la poli.

—Vamos a echar un vistazo a ese museo —le digo a John, preguntándome si va a decirme alguna impertinencia.

—Ah, vale. Tiene buena pinta.

Sí que tiene buena pinta. Es moderno y elegante, con muchos bloques de cristal, justo en mitad de esta planicie. En

el ventanal de la entrada hay un bonito descapotable rojo.

Aparcamos la caravana y John me ayuda a bajar. Llevo el bastón. No me encuentro muy bien, pero decido ignorarlo. Esta tarde no me he tomado la medicación. Supongo que estaba demasiado ocupada comiendo perritos calientes y huyendo de las autoridades.

Al entrar pasamos junto a un monumento al payaso de Will Rogers. Ya estoy harta de ese cabeza de chorlito y ni siquiera llevamos la mitad del camino.

Una cosa es cierta. Hay muchas cosas en este museo. Demasiadas. Está a rebosar. Coches y motos antiguas, un viejo cacharro con bolsas de agua colgadas del parachoques, fotografías gigantes, matrículas oxidadas, carteles antiguos, por no hablar de surtidores de gasolina, semáforos parpadeantes, neones de hoteles; además de una furgoneta Volkswagen jipi con pintadas de todos los colores que me hacen daño a los ojos.

Al poco rato caminamos los dos desorientados, sobreestimulados por tantos ruidos, colores y luces.

—No me encuentro muy bien —dice John.

—Yo tampoco. Vámonos de aquí.

Es el primer museo que nos da dolor de cabeza.

Cuando nos ponemos en camino, empiezo a encontrarme mejor. Sin embargo, veo la que debe de ser la sexta botella de plástico medio llena de pis junto a la carretera. Juro que están por todas partes en Oklahoma. ¿Qué le pasa a esta gente? Me asusta imaginármelos orinando mientras conducen. ¡Mantened las manos en el volante!

Antes de llegar a Erick, vemos un cartel:

AUTOPISTA EN RECUERDO DE ROGER MILLER

—No puede ser el tío que cantaba *King of the Road*, ¿verdad? —pregunto.

John empieza a canturrear.

—«*Trailers for sale*…». —Golpea el volante con los dedos

mientras canta.

No se acuerda de mi puñetero nombre, pero sí de una estúpida canción de hace cuarenta años. Cuando veo el cartel del museo de Roger Miller, por supuesto hay una enorme pancarta donde pone *King of the Road*. Debía de ser de por aquí. Dios mío. Bueno, al menos no es Will Rogers.

Bajo el parasol y me miro en el espejo. Tengo largos mechones de pelo (me avergüenza admitir que es pelo sucio) revueltos en torno a la cabeza. Con todo lo que me quejo de la higiene de John, uno pensaría que tendría más cuidado con la mía propia. Me quito la cinta elástica del pelo e intento recogerme los mechones en una coleta. Estiro el cuello, trato de ver a la mujer que fui en otra época, pero no está por ninguna parte. Me quito las gafas con la esperanza de que la visión borrosa me ayude, pero acabo examinándome las ojeras, que en los últimos días se han vuelto más oscuras y pronunciadas. ¿Cómo puede alguien estar demacrado teniendo papada?

—Tengo un aspecto horrible.

John se gira y dice:

—Yo creo que estás guapa.

Miro a mi marido. Hace siglos que no me dice algo así. Recuerdo que antes ansiaba sus cumplidos, solía creérmelos, evitaban que me estremeciera al mirarme al espejo.

—Qué mentiroso eres —le digo, jugando a un juego que nos traemos desde hace mucho tiempo.

—Eso es cierto, pero aun así creo que estás guapa.

Maldito sea. Maldito sea por quererme todavía, incluso ahora.

Nos aproximamos al pueblo de Texola. Junto a la carretera vemos coches antiguos aparcados en las parcelas, trastos oxidados con carteles de *SE VENDE* desgastados por el sol, como si estuvieran esperando a que venga algún coleccionista de coches clásicos para librarlos del desguace. La hierba está quemada por el sol. Los edificios son ruinosos. No hay nadie a la vista.

SIETE

TEXAS

El sol de media tarde pega con fuerza. Quizá sea solo mi imaginación, pero aquí hace más calor. Supongo que, aunque sea otoño, no deja de ser Texas. Nos ponemos nuestras enormes gafas de sol, subimos las ventanillas y encendemos el aire acondicionado por primera vez. Por desgracia, no tardamos en darnos cuenta de que el aire acondicionado no funciona muy bien. Es probable que John no lo haya recargado en años. Lo pongo al máximo, pero el aire que sale huele a rancio y apenas está frío.

También me doy cuenta de otra cosa que ya sabía. Nunca se resolvió el problema del tubo de escape que mencionó Kevin. Por lo tanto, subir las ventanillas no es una buena idea. Por las rejillas no solo sale aire tibio; también se cuela el humo del tubo de escape. En cuestión de minutos, ambos estamos bostezando como locos. Apago el aire acondicionado, bajo las ventanillas y me siento mejor al instante. John se despierta también.

Aun así, temo haberle presionado demasiado hoy. Habla para sus adentros en voz baja, como si se hubiera olvidado de que estoy aquí. Albergo la esperanza de que encontremos algún lugar donde dormir en Shamrock, que es el próximo pueblo grande. Busco *campings* en mis guías y me alivia encontrar uno justo en la I-40 oeste, paralela a la 66.

Tras pasar una bonita gasolinera *art déco* de los años treinta llamada La Parada, llegamos al *camping*. Le digo a John que aparque junto a la zona de recepción. Apaga el motor.

—¿Estamos en casa?

Está cansado y desorientado.

—No, John. Voy a registrarme. No hace falta que vengas. —Agarro el bastón y el bolso y me bajo lentamente de la caravana. Me noto temblorosa, así que trato de tener especial cuidado. Cuando me dirijo hacia la oficina, se me ocurre una

cosa, así que me doy la vuelta y regreso a la caravana.

—John, ¿podrías darme las llaves? —le pregunto con dulzura, y me las entrega sin rechistar.

Cuando entro en la oficina con el bastón, el anciano que hay detrás del mostrador se queda mirándome mientras avanzo. Frunce el ceño y resopla, como diciendo: «A esta le queda poco para estirar la pata».

Debo decir que no soporto que se queden mirándome, sobre todo personas de mi edad, que se comportan como si el mundo fuese su televisión. Me repatea, sobre todo porque la mayoría nos pasamos nuestros mejores años diciéndoles a nuestros hijos que es de mala educación quedarse mirando. No sé de qué va este hombre. Él no es ningún partidazo, creedme: lleva un gorro de pesca manchado de grasa, tiene un lunar en la frente del que se podría colgar un sombrero y una cara que parece que se ha tirado los últimos doce años esnifando queso limburger.

Yo también me quedo mirándolo.

—Hola —dice al fin, parpadeando. Supongo que he ganado yo.

—Buenas tardes —le respondo tras una larga pausa—. Necesitamos una parcela para pasar la noche.

—De acuerdo —me dice con acento texano—. Hoy tenemos bastante sitio. ¿Algún lugar en particular?

Por lo que he podido ver, todas las parcelas parecen iguales, con algunos árboles aquí y allá, pero en general es todo llano y seco.

—Cerca de unas duchas, a poder ser —le digo. Le doy un billete de veinte. Rellena una tarjeta, arranca una parte y me la entrega junto con el cambio. Luego se queda mirándome otra vez.

—Disculpe, ¿sucede algo? —le pregunto, ya de mal humor.

—¿Está preparada? —me pregunta él, con voz más amable.

—¿Preparada para qué? —Agarro con más fuerza mi bastón.

—¿Preparada para aceptar a Jesús como su salvador personal?

—Oh, por el amor de Dios —respondo, demasiado cansada para esta historia—. Quizá en otra ocasión.

—Nunca es demasiado tarde.

—Lo sé —le digo mientras me dirijo hacia la puerta todo lo deprisa que puedo.

Cuando encontramos el lugar y saco a John de la caravana, ya se encuentra mejor. Es capaz de conectar el vehículo a la corriente. Lo observo con atención porque no sé cuándo tendré que hacerlo yo. Si empeora a medida que continuamos el viaje, me tocará a mí. A no ser que acepte a Jesús como mi salvador, porque entonces quizá pueda hacerlo Él.

Estamos tan cansados cuando terminamos de instalarnos que ambos nos quedamos dormidos; John en la cama y yo en la mesa después de tomarme la medicación. (Últimamente estoy más cómoda durmiendo sentada. Tumbarme me parece más un compromiso cargado de responsabilidades y presagios). Solo son las cuatro y cuarto, pero me parece como si fueran las diez. Apenas puedo mantener los ojos abiertos, pero me acuerdo de dejar una luz encendida para que no nos despertemos en la oscuridad como la última vez.

Cuando me despierto, el aire de la caravana está caliente y quieto. No estoy a oscuras, pero estoy sola. John se ha ido. Agarro el bastón, me levanto y salgo, pero no está sentado a la mesa de pícnic. No lo veo por ningún lado y me empieza a entrar el pánico.

Hay algunas caravanas aparcadas cerca, pero no parece haber nadie por allí. Estamos a poca distancia de los baños, así que me dirijo hacia allí.

—¿Hay alguien ahí? —grito en dirección a la entrada de los baños de hombres. Nada. Entro y veo que no hay nadie. Solo hormigón, rollos de papel higiénico y olor a orina.

Me dirijo hacia la oficina de recepción, pero está lejos. Por el camino pienso en todo lo malo que podría ocurrir; que John se metiera en la autopista y le atropellara un coche, que se perdiera en el bosque y nunca volvieran a encontrarlo, que se desorientara y lo recogieran unos desconocidos.

Arrastro los pies hasta llegar a la oficina. Ya estoy agotada y con ganas de llorar. Por suerte, el tipo de Jesús sigue tras el mostrador y, aunque se queda mirándome de nuevo, al menos se muestra civilizado.

—Hola —dice. Su voz grave ahora me da escalofríos, pero

tengo que ser simpática porque es mi única opción.

—Me preguntaba si no habría visto pasar a mi marido. Mide como un metro ochenta, va un poco encorvado, lleva una camisa verde y una gorra de golf de color tostado.

El viejo Jesús se queda mirándome durante un segundo. Creo que va a volver a soltarme su discursito, pero no lo hace.

—Hace poco pasó un hombre que encaja con esa descripción.

—¿De verdad? ¿Hace cuánto?

—Quizá unos quince minutos —responde. Su voz ha ganado velocidad y ahora parece más humana, lo cual me devuelve la esperanza.

—Es él. ¿Podría ayudarme? A veces no sabe dónde está. Me da miedo que pueda perderse o hacerse daño.

—¿Debería llamar a la policía?

—No hagamos eso todavía. —Ya he tenido bastante policía por hoy—. ¿Tiene coche? Quizá podamos dar una vuelta. No creo que haya ido lejos.

Al viejo Jesús parece asustarle un poco esta idea.

—No creo que tardemos mucho —le aseguro.

—No puedo dejar mi puesto. ¿Usted no puede conducir su caravana?

Estoy empezando a asustarme de verdad.

—No sé manejar ese trasto. Por favor, no se lo pediría si no fuera importante.

Se lo piensa por un momento y parece que le cuesta. Me dan ganas de atizarle, pero tengo que lograr que me ayude. No hay nadie más por aquí. Se queda callado durante unos treinta segundos.

—Por favor —le suplico.

Al fin responde.

—Quizá Terry pueda llevarla. Es nuestro vigilante. Tiene una camioneta.

—Eso sería fantástico. Por favor, dese prisa.

Se lo piensa de nuevo. Por fin agarra un teléfono y marca los números metódicamente. Entre tanto, yo me imagino a John caminando entre el tráfico, con los cláxones a su alrededor. No creo que esté tan loco como para hacer algo así, pero ya no lo conozco. Contemplo la cara del viejo Jesús mientras escucha el tono del teléfono. Es como mirar el

interior de una casa vacía a través de una puerta de malla metálica. Oigo que alguien responde al otro lado.

—¿Terry? Soy Chet, de la oficina. Aquí hay una señora que necesita ayuda. Nos preguntábamos si…

Se calla un momento y escucha. Me doy cuenta de que Terry no coopera.

—Lo sé. Dice que necesita ayuda. Yo no puedo dejar el mostrador.

Terry sigue hablando. Al fin intervengo yo.

—¿Puedo hablar con él, por favor?

A Chet parece espantarle la idea. De pronto el teléfono es como el mostrador. No puede abandonarlo. Finalmente se lo quito y me lo llevo a la oreja.

—¿Hola, Terry?

Se hace el silencio y temo haberme topado con una secta de cristianos atontados, pero, cuando Terry responde, parece normal.

—¿Quién es? —pregunta.

—Terry, soy la mujer que necesita ayuda. Se trata de una emergencia. Mi marido se ha perdido y me da miedo que pueda hacerse daño. A veces se desorienta. ¿Podría venir aquí? Necesito que me dé una vuelta por la zona. Le pagaré por la gasolina y por su tiempo.

—Tardaré más o menos un minuto en llegar, señora.

En efecto, al cabo de un minuto una pequeña camioneta color granate con tapacubos dorados se detiene junto a la puerta y toca el claxon. Percibo la vibración grave de la música que sale de la radio.

—Muchas gracias —le digo a Chet, que ahora se ha quedado mirando al vacío. De hecho espero que diga algo alentador y espiritual en este momento porque me vendría bien, pero no parece que vaya a salirle. Se gira y me mira.

La música se interrumpe. Salgo a la calle suponiendo que tendré que subirme yo sola al asiento del copiloto de la camioneta, pero en realidad es bastante baja. Mientras me retuerzo para entrar, me doy cuenta de que me estoy subiendo en una camioneta con un completo desconocido. Miro la cara del conductor y decido que es probable que todas las declaraciones de testigos de un secuestro empiecen así: «No debería haberse subido a la camioneta con aquel

hombre».

Debería decir que Terry me da mucho miedo. Tiene unos veinte años, en su cara aún se aprecian los restos del acné, tiene el pelo largo y castaño, que le asoma por debajo de una gorra negra que no debe de haberse lavado en siglos. Su camiseta es negra, sus pantalones son negros (con cadenas colgando), el guante sin dedos que lleva en la mano derecha es negro; todo lo que lleva es negro. En la pechera de la camiseta aparece la imagen verduzca de un hombre de aspecto diabólico con el pelo largo color vómito, la cara blanca y una X ensangrentada grabada en la frente. Bajo el dibujo pone:

ZOMBI PALETO
100 % HARDCORE
DEVORADOR DE CARNE
BEBEDOR DE SANGRE

Pero, cuando veo más allá de todo eso, lo miro mejor y no puedo evitar acordarme de mi Kevin cuando tenía esa edad: intentaba por todos los medios parecer duro, pero le traicionaba la amabilidad de sus ojos. La camioneta huele a cigarrillos, a sudor y fresa artificial, debido al ambientador que cuelga del espejo retrovisor.

—Soy Terry —me dice ofreciéndome su mano enguantada. Me doy cuenta de que en la otra mano lleva un tatuaje justo debajo de los nudillos. Dice «TE!!».

—Ella —le digo mientras le estrecho la mano, intentando sonreír. No es momento para ponerme quisquillosa. Si al final va a ayudarme Satán, en oposición a lo que me esperaba en la oficina de recepción, que así sea. Aunque creo que ambos harían bien en replantearse sus modelos de conducta.

—Está sudando —me dice Terry. Es extraño que diga eso.

Me toco la frente y me doy cuenta de que tiene toda la razón.

—Estoy preocupada por mi marido.

—Parece que Chester no ha sido de mucha ayuda —dice mientras se tira de los pelos desgreñados de la barba.

Observo a este chaval.

—No, la verdad es que no —le digo—. ¿Y tú vas a serme de

alguna ayuda?

Aprieta los labios de forma exagerada y asiente.

—Encontraremos al viejo —me dice mientras salimos a la I-40.

Como si no hubiera visto ya esta maldita carretera lo suficiente por hoy. Cuando llevamos menos de un kilómetro, vemos a alguien con chaqueta beis que camina por el arcén.

—¿Es él? —pregunta Terry señalando.

—No —respondo—. John lleva una camisa verde. —A través de los agujeros de los nudillos que tiene en el guante, veo que Terry lleva otra cosa tatuada en la mano derecha. Se me ocurre que, si alguna vez Terry quiere buscar otro trabajo, tener cosas tatuadas en las manos no creo que le ayude.

Suspiro y temo haberlo hecho con más fuerza de la que pretendía. Terry me mira y a mí me sorprende la preocupación de su voz.

—Lo encontraremos. Se lo aseguro. No pasa nada.

—Gracias.

Nos quedamos callados durante un minuto. Entonces Terry se gira hacia mí y dice:

—Mi abuela también lo tenía.

—¿El qué?

—No sé —dice medio encogiéndose de hombros—. Como lo llamen. El nombre de ese tío. La enfermedad. Solía dar vueltas por el barrio. Tuvo que irse a una residencia. Murió al cabo de un año. —Terry deja escapar el aire con suavidad—. Era la única de mi familia que valía algo. —Mira por el espejo retrovisor y después se vuelve hacia mí—. Lo siento.

Es evidente que este joven me ha confundido con una anciana que no dice tacos como un estibador. Lo miro e intento sonreír.

—No pasa nada —le digo—. Es una emergencia.

Miro hacia un lado de la carretera. Hay algunas tiendecitas diseminadas aquí y allá. Podría estar en cualquiera de ellas. Pasamos frente a una vieja gasolinera Standard, después un cartel de colores en forma de helado en el que pone *IGLÚ DEL LÁCTEO*. Junto a la carretera, un enorme pingüino nos saluda desde el lateral de una cabaña pintada de blanco. Hay gente reunida alrededor, o haciendo cola o comiendo helados. Un poco más allá hay varias mesas de pícnic. Es ahí donde veo a

John. Está sentado comiendo un helado de chocolate.

—¡Ahí está! —grito—. Para.

—¿Dónde?

Señaló frenéticamente hacia la derecha.

—Donde los helados. ¡Ahí!

Terry se mete en el aparcamiento y frenamos casi al lado de John. Me mira. Estoy segura de que no me reconoce, ya que voy en esta camioneta tan extraña. Abro la puerta y me bajo.

—John. —Camino todo lo deprisa que puedo hacia él y lo abrazo—. Dios santo, John. —Estoy a punto de echarme a llorar allí mismo, en el Iglú del Lácteo. Lo aprieto con todas mis fuerzas.

—¿Ella?

Me aferro a él como si mi vida dependiera de eso.

—Te necesito ahora mismo. Necesito que te quedes conmigo. No tenemos mucho tiempo, John.

—No sé qué quieres decir, Ella.

Me aparto de él y lo miro a los ojos.

—Cariño, me has dado un susto de muerte. —La gente del Iglú del Lácteo se ha quedado mirándonos, así que bajo la voz.

John da un lengüetazo a su helado y me mira como si no hubiera pasado nada.

—He decidido salir a dar un paseo.

—Ah, ¿has decidido salir a dar un paseo? —Estoy intentando no enfadarme. No quiero gritar delante de toda esa gente—. John, ¿tienes idea de cómo regresar desde aquí? ¿Sabes hacia dónde vas?

Señala hacia el lugar del que venimos.

—Por ahí.

—Dame eso —le digo mientras le quito el helado. Lo pruebo. Está dulce y frío, sabe de maravilla y eso me hace llorar. Me siento en el banco y no puedo parar de llorar.

John me rodea con el brazo, me acerca a él.

—¿Por qué lloras?

—Por nada —le digo.

En ese momento Terry se baja de su camioneta y se nos acerca.

—¿Quién es este? —pregunta John con desconfianza.

Tardo un momento en reponerme y le devuelvo el helado.

Me saco un pañuelo de la manga y me sueno la nariz.

—Este es Terry, el joven que me ha ayudado a encontrarte.

—Mmm —murmura John. Mira a Terry como si fuera un exconvicto, cosa que podría ser, aunque lo dudo.

Vuelvo a sonarme la nariz.

—Terry —le digo con la voz quebrada—, ¿quieres un helado?

Él asiente con timidez y me saco un billete de veinte del bolso.

—¿Me compras uno a mí también?

Terry me dirige una sonrisa triste, demasiado triste para alguien de su edad. Me quedo sentada junto a John, con el brazo en torno a su cintura.

Pasados unos minutos, Terry regresa con dos helados de vainilla y chocolate y mi cambio. Acepto mi helado y le cierro la mano con el dinero.

Se ha quitado el guante y por fin veo el tatuaje de su mano derecha. Dice «JODE». Ahora entiendo lo que pone en la otra.

Sé lo que quiere decir.

Por la noche nos vamos a la cama temprano; ni hora del cóctel, ni diapositivas, ni tele. Preparo unos sándwiches de queso y sopa de tomate, después nos tomamos un Valium cada uno. Odio esas cosas, pero esta noche necesito asegurarme de que John se va a dormir. Me obligo a mantenerme despierta hasta que le oigo roncar, entonces cierro la puerta con pestillo. Me tumbo junto a él para que le cueste más trabajo levantarse sin despertarme. Esta noche no quiero correr riesgos.

Cuando por fin logro relajarme, ya no estoy cansada. Empiezo a pensar en los chicos. Quería llamar hoy a Cindy, pero con la emoción se me olvidó. Pienso en el trabajo de Cindy en el Thrifty Acres de Meijer y en lo mucho que trabaja, en como esos grandes almacenes se aprovechan de sus empleados. Tantas horas extra, pero sin sueldo extra. Pienso en lo cansada que sé que está, levantándose a las cuatro de la mañana todos los días. Entonces empiezo a pensar en mi antiguo trabajo, el que tenía cuando nos casamos. Era un simple puesto como vendedora en

Winkleman's, pero me gustaba estar rodeada de gente todo el día, me encantaba la moda y necesitábamos el dinero. Cuando nació Cindy lo dejé, pensando que algún día regresaría, pero eso nunca sucedió. A John no le habría importado tener una esposa trabajadora, pero se dio por hecho que yo cuidaría de los niños y me pareció bien.

Según pasaron los años, pensaba de vez en cuando en volver a trabajar, pero siempre había mucho que hacer en casa. Recuerdo que lo pensé seriamente un día, cuando Kevin era pequeño y no paraba de armar jaleo en casa. (Se comía todo lo que veía: bichos, productos de limpieza, plantas, medicamentos… lo que fuera, se lo llevaba a la boca. El centro de control de venenos se sabía ya mi nombre). Ese niño me agotaba. Y, cuando lograba calmarlo a él, Cindy regresaba de clase y volvía a alterarse. Tener un trabajo habría sido agradable por aquel entonces.

Nunca quise desaprovechar mi talento. El hecho es que jamás supe realmente si tenía talento para algo, salvo para ser esposa y madre. Sí que sé que me encantaba organizar las vitrinas en la tienda. A veces incluso me dejaban hacer algún escaparate. Siempre se me dio bien esa clase de cosas; combinar colores, tejidos, texturas, esas cosas. En la tienda a todo el mundo le gustaba lo que yo hacía. El gerente, el señor Biliti, era un hombre delgado con bigote y un problema de caspa, y siempre me decía que hacía muy buen trabajo. Recuerdo lo mucho que se decepcionó cuando anuncié que estaba embarazada. Sonrió y me dio la enhorabuena, y acto seguido comenzó a ignorarme. Al poco tiempo fue como si yo no existiera. Él sabía lo que ocurriría. Al fin y al cabo trabajaba en una tienda de mujeres.

Para ser sincera, no pensé mucho en ellos después de marcharme. Estaba feliz donde estaba, feliz de ser madre, con una casa y un marido. Y John era un buen marido. Formamos un buen hogar para nuestros hijos. Ambos veníamos de hogares dominados por tiranos, adúlteros y mártires, con peleas y palizas constantes, así que decidimos que haríamos lo contrario de lo que hicieron nuestros padres. En general era un buen plan.

Siempre vimos nuestro matrimonio como un equipo. Ninguno de los dos era más importante. Nunca me dediqué a

atender a John ciegamente, como hacen algunas mujeres. Si quería un sándwich, podía levantarse y preparárselo. Siempre hemos sido muy modernos en ese sentido. Esto es un matrimonio, no un trabajo sin remunerar.

Por esa razón me ha dolido tanto cuando últimamente ha empezado a hablar de la casa como «su casa» y de todas las cosas que se compraron con «su dinero». Sé que la que habla es la enfermedad, que la gente en su situación comienza a adoptar esa actitud con el dinero. Aun así, antes jamás me decía cosas por el estilo.

Ni siquiera estoy segura de que recuerde que hemos tenido dos casas: una en Detroit antes de la de Madison Heights. Al igual que la mayoría de la gente como nosotros, nos fuimos de Detroit pocos años después de los disturbios de 1967. Me rompió el corazón dejar esa casa. Vivimos allí casi veinte años. Pero las cosas cambiaron, los vecindarios cambiaron. La gente blanca tenía miedo y se fue en manada. Hubo acoso inmobiliario, agentes que llamaban a tu puerta y te decían que «ellos» iban a mudarse a tu barrio, hacían circular historias sobre allanamientos y robos. Cosas así. Aquello hizo que me diera miedo pasear por mi propio barrio.

Cuando era pequeña, vivíamos en la calle Tillman, en la ciudad, una zona muy pobre. Los negros vivían en nuestra manzana con nosotros y entonces no importaba. En nuestra calle había de todo: búlgaros, irlandeses, checos, muchos polacos, un judío, algunos franceses (los Miller, que eran todos ladrones), y un negro, el señor Williams, que vivía con su hija, Zula Mae. Teníamos incluso una pareja multirracial: ella era blanca y él negro. No importaba porque todos éramos pobres. Ninguno tenía nada y todos vivíamos en paz.

Después de los disturbios todo pareció venirse abajo. Coleman Young salió elegido alcalde y dejó bien claro que no le gustaban los blancos. Nos dijo que nos fuéramos de allí. Casi sin darme cuenta, todos aquellos a quienes conocía se fueron de Detroit; mis hermanas, mi hermano y todos nuestros vecinos y amigos. Salvo nosotros. De nuevo, yo vivía en la misma calle que los negros y me dije a mí misma que daría igual, pero esa vez fue diferente. Nos hicieron sentir que ahora Detroit era su ciudad. Supongo que no estábamos muy acostumbrados a ser la minoría. Yo no quería abandonar mi

hogar. Me encantaba esa casa. Pero nos fuimos.

Todavía se me rompe el corazón al pensar en lo que ocurrió. Tantos barrios y edificios abandonados. La estación central de Míchigan, el Teatro Nacional, el J. L. Hudson's, el Statler, el Teatro de Míchigan, todo destruido o abandonado. Ahora he oído que los blancos empiezan a regresar a la ciudad. Están reformando los edificios. Hay nuevos apartamentos y urbanizaciones y complejos de oficinas. Las cosas vuelven a cambiar. No sé qué pensar. Lo blanco se vuelve negro, lo negro se vuelve blanco. Y últimamente John y yo vivimos entre medias, en un mundo gris donde nada parece real, y los lugares que antes eran tan importantes para nosotros ya han desaparecido para siempre.

Tengo que ir al baño, pero no quiero levantarme todavía. Solo quiero quedarme aquí tumbada un ratito más. Me pregunto qué fue de todos los que trabajaban en Winkleman's. Casi todos eran mayores que yo. Estoy segura de que todos han muerto ya, igual que casi todos nuestros amigos, los que se mudaron a las afueras con nosotros. Los Jillette, los Near, los Meeker, los Turnbloom, casi todos han muerto, salvo alguna viuda aquí y allá.

Nos preocupa la muerte de nuestros padres, de nuestros hermanos, de nuestra pareja, pero nadie nos prepara para la muerte de los amigos. Cada vez que ojeas tu agenda, te acuerdas; ella murió, él murió, ambos murieron. Nombres, números y direcciones que tachas. Página tras página, uno tras otro. La sensación de pérdida que tienes no es solo por la persona. Es la muerte de tu juventud, la muerte de la diversión, de las conversaciones cálidas, de las copas, de los largos fines de semana, de los dolores, las victorias y los celos compartidos, de los secretos que no podías contarle a nadie más, de los recuerdos que solo vosotros dos compartíais. Es la muerte de tu partida de pinacle de todos los meses.

Que sepáis una cosa: aunque seáis como nosotros y todavía estéis dando tumbos sobre la tierra, alguien de vuestro pasado seguramente piense que ya habéis muerto.

A las 4.23 de la madrugada me despierto de un sueño ligero, como siempre, y encuentro a John de pie junto a mí, mordiéndose los labios y con la frente llena de venas por la rabia. Creo haber mencionado que a veces no es capaz de distinguir los sueños de la realidad. En ocasiones se despierta y no sabe dónde está ni quién es. Y se enfada mucho.

—John, ¿qué sucede? —le pregunto mientras me incorporo.

Me mira con odio, con la boca abierta, respirando entrecortadamente.

—John, ¿qué sucede? —repito, y advierto que tiene algo brillante en la mano. Pienso: «Ya está. Se le ha ido la cabeza del todo»—. ¿Qué tienes ahí? ¿En qué estás pensando? Solo estabas soñando.

—No, no es verdad —gruñe—. Estoy despierto. ¿Dónde estamos? No estamos en casa. ¿Dónde me has traído?

—John, estamos en nuestra caravana. Estamos de vacaciones, ¿recuerdas? Soy tu esposa. Soy Ella.

—Tú no eres Ella —me ladra entre dientes.

—Claro que soy Ella. Sé quién soy. Soy tu esposa, soy Ella.

Sus ojos se suavizan un poco, como si empezara a encontrarle sentido a lo que le estoy diciendo.

—¿Qué tienes ahí, John?

Estira el brazo para que pueda ver lo que tiene. Es un cuchillo.

Un cuchillo para la mantequilla.

—Dame eso, atontado. —Me entran ganas de atizarle.

Cuando le llamo «atontado», eso parece demostrarle que de verdad soy Ella. Me entrega el cuchillo y noto algo en el mango, algo pegajoso.

—¿Te estabas haciendo un sándwich, John? —Lo miro con más atención.

—No.

—Entonces, ¿cómo es que tienes mantequilla de cacahuete en la cara? —Saco un pañuelo del bolsillo, lo humedezco con la boca y le limpio los labios.

—No lo sé.

—Santo Dios. Ven a la cama, John.

No es la primera vez que ocurre esto. La última vez, en casa, me despertó zarandeándome y agarrándome del cuello del camisón. La vez anterior sí que me asusté. Tenía en la

mano un martillo de carpintero y no paraba de golpear con él su mesilla de noche, exigiendo saber dónde estaba.

Justo después de aquello empecé a tener problemas para dormir. No es solo por el miedo a mi marido. No me preocupa la idea de morir. Lo que me preocupa es pensar que John se quede solo cuando se le pase el ataque. La idea de que uno de los dos se quede sin el otro.

El cielo de la mañana es demasiado azul. John se despierta callado, pero animado. Sin embargo, yo estoy de mal humor. Desayunamos tostadas, té, avena y medicamentos, después lo guardamos todo y nos vamos. Volver a la carretera supone un gran alivio. Decido olvidarme del día de ayer y concentrarme en lo que tenemos por delante. Un largo trecho por las llanuras de Texas, por lo menos doscientos cincuenta kilómetros.

El paisaje es plano y deprimente; rocas quemadas, tierra agrietada, con trozos de matojos llenos de pinchos. Para ir sobre seguro, le digo a John que pare a repostar. Tras meter la tarjeta de crédito, dejo a John echando gasolina y me voy al lavabo, después compro algo de picar y dos botellas de agua grandes. (No soporto gastar dinero en agua, pero me siento mejor teniéndolas).

John sigue echando gasolina cuando regreso. Creo que no ha presionado mucho el gatillo de la manguera. Me sonríe mientras me acerco. Lleva una enorme gorra de golf con la bandera americana que debe de haber encontrado en alguna parte.

—¿Estamos listos, El? —me pregunta a través de la ventanilla abierta cuando me monto en la caravana.

—Todo lo listos que podemos estar —respondo, sorprendida de volver a oír ese nombre. Hace años que John no me llama «El». Son cosas que la enfermedad te arrebata, una tras otra, las cosas que te son familiares, los detalles que hacen que esa persona sea tu hogar. Además son cosas que están volviendo a salir a la superficie con este viaje. Eso me gusta.

La manguera se suelta sola. John vuelve a dejarla en el surtidor y abre la puerta de la caravana. Sale el recibo por la

ranura del surtidor, se agita con el viento y sale volando. No nos preocupan esas cosas. John se sienta al volante, me mira pletórico y me aprieta la rodilla.

—Hola, guapa —me dice, satisfecho, aunque casi todo lo que toca en mi rodilla es grasa y titanio. No me importa admitirlo, en ese momento se me alegra el corazón.

Le devuelvo la sonrisa, ya estoy de mejor humor y me alegra ver a mi marido otra vez.

—Alguien está hoy lleno de energía —le digo.

Me da una palmadita en la rodilla y pone en marcha la caravana. Nos viene bien esto después del día de ayer.

Decidimos pasar del museo que hay en McLean dedicado al alambre de espino porque nos parece que podría ser el museo más absurdo del mundo. Poco después pasamos una pequeña gasolinera Phillips 66 con surtidores naranjas y una chimenea en forma de botella de leche. Como muchas otras cosas que la gente ha restaurado en esta carretera, no funciona, pero queda bien.

Los kilómetros vuelan. Hace calor y el cielo está despejado, pero se soporta bien con las ventanillas bajadas. Ventajas de viajar en otoño. La Ruta 66 es la vía de servicio de la autopista y no lleva mucho tráfico a medida que atravesamos pueblos con nombres como Lela o Alanreed. Podría decirse que estos pueblos están dormidos, aunque yo diría más bien que están en coma. Vemos un cartel junto a la autopista:

SALIDA SERPIENTES DE CASCABEL

Sin embargo, en el Rancho de los Reptiles no queda nada, salvo escombros. Casi me dan ganas de decirle a John que pare para echar un vistazo, pero en vez de eso le indico que tome la I-40 para evitar el tramo de tierra de la 66 que viene después, lo que queda del Jericho Gap. El caso es que es agradable estar en marcha y no quiero estropearlo perdiendo el tiempo. Tampoco quiero hacer nada que provoque que John se comporte de otro modo. Está bastante dicharachero.

—Ella, ¿te acuerdas de la vez que fuimos a Colorado? ¿Dónde estábamos cuando nos despertamos y nos encontramos rodeados de ovejas? Dios, fue increíble.

Me giro hacia él, perpleja. Hacía mucho tiempo que no

recordaba algo así, pero no me quejo.

—Fue en Vail —le digo—. Cuando viajamos hacia el oeste en el 69.

—¡Eso es! —exclama, asintiendo con todo su cuerpo.

—Fue muy extraño —añado—. Nos despertamos temprano y se me ocurrió mirar fuera. El sol acababa de salir y aparecieron sin más todas esas ovejas.

John se sube las gafas con el dedo índice y vuelve a asentir.

—Aquel hombre las estaba pastoreando por el *camping*. Estábamos junto a una ladera y se pararon a pastar junto a nosotros. No sé cómo lograba manejarlas a todas.

—¿Llevaba un perro? —No puedo creer que le esté preguntando a John por algo que sucedió hace décadas.

—Creo que no. —Mientras habla, mira la carretera como si la escena estuviese reproduciéndose ante sus ojos—. Recuerdo lo que sentí. Fue como si el tiempo se hubiera detenido con todas esas ovejas a nuestro alrededor. Todo parecía muy quieto mientras pastaban. No hacían ruido. Sentí que estábamos atrapados en la caravana. Pero daba igual. Simplemente estábamos rodeados de ovejas.

—Eso es lo que me gusta de las vacaciones —le digo mientras contemplo los arbustos secos a través de la ventanilla.

—¿Las ovejas?

—Que todo va más despacio. Tienes muchas experiencias en un corto espacio de tiempo. Ni siquiera recuerdas qué día es. El tiempo va más despacio, como en un sueño.

John parece confuso con lo que acabo de decir. O quizá ni siquiera me haya oído. Da igual, porque probablemente acabo de describir su estado habitual.

—¿Recuerdas lo mucho que se asustó Kevin? —pregunta—. El pobre nunca había visto tantas ovejas. Ni siquiera en la feria del estado. Tuve que decirle que todo iba bien. Que las ovejas son buenas y que no hay que tenerles miedo.

—Madre mía, John. —Está contándome detalles que incluso a mí se me habían olvidado, y eso que tengo tanta memoria como cintura. Le pongo la mano en el antebrazo y paso las uñas por los pelillos blancos.

—¿Qué?

—Nada. Nada en absoluto.

No hay momentos perfectos. Ya no. Me doy cuenta de eso ahora porque hoy, en este breve instante en el que vuelvo a tener a John, siento de pronto la presión en mi cuerpo, un profundo e intenso malestar que no se parece a ningún otro de los que haya experimentado. Aparto la mano del brazo de John, contenta de no haberle clavado las uñas al sentir el dolor. Busco en mi bolso las pastillas azules. Busco y busco, llevo el bolso lleno de botes de pastillas, pero justo esas no están. Encuentro pintalabios, paquetes de clínex, caramelos de menta y la pistola de John (pesa mucho, pero me da miedo dejarla en otra parte), pero las pastillas azules no están. Al fin localizo el bote. Con las manos temblorosas como si fuera una adicta, me tomo dos con el agua de emergencia. Sé que tardaré un rato en sentir alivio. Necesito una distracción.

—Háblame, John —le digo con el ceño fruncido, aunque intento que mi voz suene lo más normal posible.

—¿De qué?

—De lo que sea. Me da igual. Háblame de lo que recuerdas.

—¿De qué?

—De nosotros. De nuestro matrimonio. Cuéntame algo.

John me mira, confuso al principio, como si estuviera a punto de olvidarse de la pregunta. Entonces suelta:

—El aspecto que tenías cuando nos casamos. Recuerdo lo rojas que tenías las mejillas. No llevabas colorete, pero tenías las mejillas encendidas. No paraba de pensar que tenías fiebre. Recuerdo que te besé en los escalones de Santa Cecilia, te acaricié la cara, noté lo caliente que estaba y deseé sentir ese calor contra mi cara.

Frunzo el ceño de dolor.

—Recuerdo que lo hiciste. Tenías la cara fría. Yo estaba muy nerviosa aquel día. Solo quería que nos casáramos.

John se ríe y me sonríe. Yo espero que mi mueca de dolor pase por una sonrisa.

—Cuéntame otra cosa que recuerdes, John. Deprisa.

—Recuerdo cuando nació Kevin. Me fui a casa cuando tú te dormiste y el bebé se quedó contigo. Cindy estaba con tu hermana y yo estaba solo en casa y no podía dejar de llorar.

—¿Por qué llorabas, John?

—No lo recuerdo. Creo que estaba feliz. Recuerdo que me avergoncé de llorar tanto.

—No hay por qué avergonzarse de eso, cariño.

—Supongo que no.

Clavo los dedos en los reposabrazos y aguanto el dolor.

—Te enfadabas mucho con Kevin porque lloraba todo el tiempo.

—No quería que se metieran con él en el colegio por ser un llorón.

—Aun así lo era. —Ahora mismo no puedo sonreír ni reírme, pero quiero hacerlo.

John no dice nada. Un coche nos adelanta por la izquierda echando humo por el tubo de escape. El olor del humo me provoca náuseas. Creo que voy a vomitar, pero bajo del todo la ventanilla y eso me alivia.

—¿Qué recuerdas de las vacaciones, John?

Se lo piensa durante un momento. Yo siento una sacudida de malestar por todo el cuerpo.

—John.

—El fuego. Las hogueras. El olor de la fogata en la ropa a la mañana siguiente, cuando me levantaba y me ponía la misma sudadera. Me gustaba ese olor. Después de un día entero conduciendo, había desaparecido y lo echaba de menos.

—Quizá podamos encender una hoguera esta noche.

—De acuerdo.

Pasamos el pueblo de Groom y veo la «Torre inclinada de Texas», como la llaman en las guías. Es una torre de agua inclinada hacia un lado.

—¿Estás bien? —me pregunta John.

—Sí —le miento. Nos adelanta otro coche a toda velocidad.

—¿A qué viene tanta prisa? —pregunta John, molesto. Esto ha ocurrido mucho en este viaje, la gente que adelanta a los viejos que conducen despacio, pero es la primera vez que John se da cuenta. Me preocupa que nosotros pudiéramos hacer lo mismo cuando éramos jóvenes, en nuestros viajes impacientes, con prisa por llegar a algún lado, y después con prisa por volver a casa. Pienso en el mapa que tenemos en el sótano con la cinta adhesiva pegada por todo el país, todas esas vacaciones, lo rápido que ha pasado todo. Pienso en la familia Joad, protagonista de *Las uvas de la ira*, cuando atravesaban el Jericho Gap y la tierra se tragaba su camioneta. Entonces noto un agradable calor que se extiende

por mis huesos. Se me aflojan los músculos y puedo respirar de nuevo. Por la ventanilla veo un elevador de grano en el campo, con sus silos como dedos estirados hacia el cielo.

Se me ha pasado el malestar.

—¡¿Qué tal, compañeros?! —dice Jeanette, nuestra guapa y pizpireta camarera, vestida de vaquera, demasiado joven todavía como para haberse cansado del agotador trabajo de camarera—. ¡Bienvenidos al Gran Rancho Texano de la Carne!

—¿Qué tal, señorita? —responde John tocándose la gorra. Sigue bien y ahora le ha dado por flirtear.

Jeanette se ríe durante demasiado tiempo y con demasiada fuerza.

—Vaya, son ustedes lo más mono del mundo.

Yo asiento y sonrío. Jeanette no tiene ni idea de que la viejecita adorable a la que está atendiendo va totalmente drogada. Quizá me haya pasado con la dosis. La cabeza me da vueltas. Siento como si mi cuerpo fuera líquido y eléctrico. El malestar se ha ido, pero yo también. Tengo suerte de haber llegado hasta la mesa.

El Gran Rancho Texano de la Carne es un lugar ordinario que parecía divertido desde fuera; un vaquero gigante y su vaca gigante junto al rancho gigante. John se ha emocionado tanto al verlo que no he querido decepcionarlo. (Por si no os habéis dado cuenta, me encantan las atracciones turísticas gigantes. Todavía me emociono al pasar por delante del neumático gigante de Uniroyal que hay en Detroit en la I-94. Y me encantaba el Paul Bunyan enorme que teníamos en Míchigan. En alguna parte tengo una foto en la que salgo con Cindy cuando ella tenía cinco o seis años. Estamos de pie junto a Babe, el buey azul. Miramos hacia arriba y saludamos a John, que está haciendo la foto desde la cabeza de Paul Bunyan). El caso es que, ahora que estamos dentro del Gran Rancho, parece más un burdel del Viejo Oeste que un rancho. Y además en estos momentos un enorme trozo de carne no es lo que más apetecible me resulta.

—Muy bien, encantos. ¿Qué va a ser? —pregunta Jeanette.

—Yo quiero una hamburguesa —dice John. Nada nuevo.

—¿La hamburguesa de doscientos veinticinco gramos le parece bien?

Yo asiento.

—Le parece bien. Muy hecha, por favor.

—También lleva ensalada y dos acompañamientos, señor.

John parece un poco abrumado, así que intervengo yo, aunque estoy colocada.

—Ensalada con salsa rosa —digo a trompicones mientras echo un vistazo a la gigantesca carta llena de viñetas—. Macarrones con queso y quimbombó frito.

—De acuerdo. ¿Y usted, señora? —pregunta Jeanette con la cabeza ladeada.

—Yo solo tomaré un vaso de té helado, por favor.

Jeanette frunce los labios al oír mi respuesta.

—¿Está segura? No olvide que tenemos el filete especial Gran Texano de dos kilos. ¡Le sale gratis si puede comérselo todo en una hora!

Yo me quedo mirándola con la boca abierta.

—Eh… no. Creo que hoy no tomaré eso.

—Una vez una abuela de sesenta y nueve años se comió uno —declara Jeanette con orgullo.

—¿De verdad? —pregunto yo—. Bueno, pues esta abuela solo quiere un té helado.

—¡De acuerdo! ¡Volveré enseguida con el pan y la mantequilla! —Jeanette se marcha y yo me siento aliviada. Tanto entusiasmo resulta agotador.

John me mira preocupado.

—¿Estás bien, cariño?

—Estoy bien. Solo un poco mareada.

—¿Estás enferma?

Quizá este sea un buen momento para mencionar que John en realidad no sabe que estoy enferma. Es decir, sí que sabe que los chicos me llevan al médico. (Dejamos notas por toda la casa –*MAMÁ ESTÁ EN EL MÉDICO. VUELVE EN DOS HORAS*– para que no le entre el pánico cuando se dé cuenta de que no estoy). Pero no sabe por qué. De todos modos no sería capaz de retener la información. Cuando Cindy le contó lo de su divorcio, a él se le olvidaba continuamente. Cada vez que la veía le preguntaba:

—¿Dónde está Hank?

Ella decía algo como:

—No lo sé, papá. Estamos divorciados. Solo viene a buscar a los niños.

—¡Divorciados! —decía John—. ¿Qué? No estáis divorciados.

—Sí lo estamos, papá.

—¡Tonterías! ¿Divorciados? ¿Es que ya nadie me cuenta nada en esta casa?

—Te lo conté, papá, pero se te ha olvidado.

—Qué se me va a olvidar.

Y así siempre. Cada vez que se lo decía, era como si estuviera oyéndolo por primera vez. Después de cinco o seis veces, decidimos que no lo iba a recordar y que era mejor actuar como si nada hubiese ocurrido. No queríamos disgustarlo siempre.

Para cuando le sirven la hamburguesa, ya no parece preocupado por mi estado de salud. Come como si fuese directo a la silla eléctrica.

John todavía parece estar bien, así que no creo que nos haga ningún daño recorrer Amarillo, sobre todo porque, según mis guías, ahí es donde se nota la atmósfera de la vieja carretera. Tomamos la salida hasta llegar a Amarillo Boulevard. Hay mucho tráfico y, aunque en otras circunstancias me pondría nerviosa, sigo bastante relajada gracias a las pastillas azules. Sí que veo varios moteles antiguos, pero la ciudad me parece bastante abandonada y llena de polvo. Cuando llegamos a la Sexta, hay una pequeña zona con tiendas y restaurantes. John aminora la velocidad.

—Hay tiendas de regalos. ¿Quieres parar a echar un vistazo?

Yo sonrío a mi marido. Hoy está siendo un verdadero encanto.

—No, no hace falta, John. Pero gracias.

Tiene razón. Hay algunas tiendecitas muy monas por la zona. Hace diez o quince años, habría querido parar a echar un vistazo. Incluso colocada por la medicación, hoy se me pasa por la cabeza hacerlo. Pero entonces me doy cuenta de que sería absurdo.

En otra época esa era mi parte favorita de las vacaciones; traer regalos. Tenía debilidad por la cerámica. Viajáramos donde viajáramos, siempre volvía con algo; vasijas indias de Wyoming y Montana, hermosos jarrones de Pigeon Forge, cuencos mexicanos del suroeste. Todo era precioso y casi todo sigue guardado en cajas en nuestro sótano. Al fin y al cabo, el espacio en una casa no es infinito. Así que tuve que dejar de comprar cosas. En viajes sucesivos, a lo mejor comprábamos algún detallito para los nietos, pero ahora ya tampoco hacemos eso. Pienso en todas esas cajas del sótano. Los chicos tienen mucho trabajo por delante.

A las afueras de Amarillo, volvemos a tomar la I-40 y ya siento la cabeza un poco más despejada. Al poco llegamos a la salida 62 y le digo a John que salga de la autopista. Rebusco en uno de los compartimentos que tenemos detrás hasta que encuentro nuestros viejos prismáticos.

—¿Qué estás buscando? —me pregunta John cuando ve lo que tengo en las manos.

—Quiero ver el Rancho Cadillac —le digo mientras desenrollo la correa de cuero que está enrollada en los prismáticos, pero está tan agrietada que se hace pedazos sobre mi regazo. Fastidiada, tiro los trozos de correa a la bolsa de basura.

—¿Qué es eso?

Agarro mi guía y leo.

—Dice aquí que es una especie de proyecto de arte realizado por un excéntrico magnate del helio. Son un puñado de coches antiguos enterrados.

John frunce el ceño.

—¿Por qué diablos hizo eso?

Rastreo el lateral de la carretera con los prismáticos.

—Ya te lo he dicho, es un proyecto de arte.

—A mí me parece un desperdicio de coches. —Se quita la gorra, ajusta la cinta y vuelve a ponérsela.

—Son coches antiguos de los cuarenta y cincuenta.

—Ah. —Murmura para sus adentros y me doy cuenta de que no le parece bien.

Veo algo a lo lejos, en mitad del campo, como dice en mi

guía. Demasiado lejos para que vayamos andando.

—Ve más despacio, John. ¿Quieres? Quiero echar un vistazo.

—No entiendo por qué…

—¡Dios, John! ¿Quieres parar? Solo quiero echar un vistazo.

—De acuerdo, no te pongas de mala leche.

Juro que a veces me gusta más cuando está confuso. Nos detenemos junto a un contenedor lleno de grafitis.

—¿Es eso?

Por los prismáticos veo una fila de coches enterrados de cabeza en el suelo. No hay gente alrededor, solo un par de vacas pastando.

—Eso creo.

—No me parece que estén en muy buen estado —dice John.

Le entrego los prismáticos para que pueda verlo.

—No, no lo están. Están pintarrajeados y destartalados. Ni siquiera tienen neumáticos.

—Es una pena. ¿Por qué dices que están enterrados?

—Es un proyecto de arte, John —le digo cuando me devuelve los prismáticos—. No tengo ni idea —agrego pasados unos segundos.

Sin embargo, ver aquellos coches enterrados en el suelo me provoca algo. Con los alerones apuntando hacia el cielo, hay algo triste e inquietante en ellos. En otra época nuestros amigos y familiares deseaban coches así. Se consideraban vehículos con mucho estilo. En nuestra antigua manzana teníamos un vecino que nos miraba por encima del hombro porque tenía un Cadillac, se creía superior solo por tener un mastodonte brillante aparcado delante de casa.

—John, ¿te acuerdas de Ed Werner y su Cadillac?

—Ah, sí.

—Viejo borracho. Llegaba a casa del trabajo todas las noches y se bajaba de su Cadillac con su botella de Cutty Sark.

—El príncipe de la corona, el vendedor de coches.

John lo recuerda bien. Hace tiempo que murió y ahora esos coches no son más que basura, como lo que hay en el Rancho Cadillac.

Hubo un momento en su vida en el que sé que a John le habría gustado tener un Cadillac. Tampoco es que pudiéramos permitirnos tener uno y además yo no le habría permitido comprarlo de haber podido. Esos coches grandes son demasiado ostentosos.

Mientras miro a través de los prismáticos, empiezo a ver borroso, noto el sudor que se acumula bajo las cejas en torno a las lentes. Me siento lánguida y molesta, quizá por la medicación, quizá no. Este supuesto arte me parece una bofetada a mi generación, a todo aquello por lo que luchamos, a todo aquello que pensábamos que necesitábamos después de la guerra, a nuestras ilusiones de prosperidad. Al haber sido una niña pobre, formar parte de la clase media me parecía lo más maravilloso que cualquiera podría desear.

El Rancho Cadillac me repatea. Digamos que me produce malestar.

En Adrian, Texas, nos paramos en un sitio llamado Midpoint Café, situado exactamente en el punto central «geomatemático» de la Ruta 66, lo que sea que signifique eso. Por fin he recuperado el apetito, aunque no sé qué tomar. Tienen pasteles caseros de «masa fea», lo cual me intriga bastante.

Me alegra decir que nuestra camarera no es nada habladora. Parece tan mayor como nosotros, cosa rara en una camarera. Aun así no destila esa mierda de «Hola, queridos, qué viejos somos, ¿verdad?». En el uniforme lleva docenas de chapitas con las caras de sus nietos (y probablemente bisnietos) e insignias de banderas. Todos esos adornos tintinean cuando avanza con una ligera cojera y sus enormes deportivas, que chirrían contra el linóleo del suelo.

Yo pido pastel de crema de plátano para mí y de manzana para John. Y leche para ambos. Cuando llega la leche, doy un gran trago y el frío me provoca náuseas al principio, pero después se me asienta el estómago y sé que me encontraré mejor. No tenemos mucho que decir sentados a la mesa. John está cansado y habla menos. Yo creo que pronto deberíamos parar por hoy.

El pastel está delicioso. Dulce, pero no demasiado, con una

masa mantecosa que se desprende del tenedor como copitos de cielo. Tras terminarnos cada uno nuestra porción, pedimos una de crema de coco y la devoramos en tiempo récord. Me siento mucho mejor con algo dulce en el estómago.

La camarera deja la cuenta sobre la mesa sin decir palabra. Me vuelvo hacia John y levanto mi vaso con la poca leche que me queda.

—Hemos llegado hasta la mitad, viejo.

John levanta también su vaso y brindamos.

¿Cómo se encuentra un pueblo fantasma? Sin buscar nada en concreto.

En realidad hay que tomar la salida 0 (no es broma) y cruzar al lado sur de la autopista, donde la carretera está muy mal conservada, llena de agujeros y gravilla. Le digo a John que gire a la derecha hacia los viejos edificios que hay delante. Hemos entrado en Glenrio, un verdadero pueblo fantasma junto a la vieja carretera.

—Aminora —le digo. Pasamos frente a un hotel abandonado con un cartel delante:

ÚLTIM DE TEXAS

La mitad del cartel está borrada, pero por mis guías sé que antes ponía *ÚLTIMO HOTEL DE TEXAS* por un lado y *PRIMER HOTEL DE TEXAS* por el otro, dependiendo de por qué lado llegaras. Glenrio está situado en Texas y en Nuevo México. El lado de Texas estaba localizado en el condado de Deaf Smith, la parte *seca* del pueblo. Todos los bares estaban en el lado de Nuevo México. Las gasolineras estaban en el lado de Texas, donde los impuestos eran más bajos.

Pasamos frente a la estructura de una antigua gasolinera. Delante de un surtidor hay un Pontiac blanco de los años setenta lleno de polvo, con las ventanillas reventadas; un hogar para los pájaros.

—Aquí grabaron la película *Las uvas de la ira*, John. ¿Recuerdas? Con Henry Fonda. Cuesta imaginárselo husmeando en este desastre.

—No me gusta esto —dice John.

Tiene razón. Este lugar tiene algo inquietante, está vacío, pero lleno de recuerdos. Aun así, al menos aquí quedan ruinas que recuerdan el pasado. Pero no estarán aquí para siempre. Poco a poco la historia va desmoronándose, poco a poco, hasta que incluso los pueblos fantasmas desaparecen.

Me llevo un pañuelo a la frente. Tengo la boca tan seca como si hubiera estado comiendo mucilago.

—Vas a tener que dar la vuelta. La carretera no está asfaltada más adelante. Échate a un lado y da la vuelta.

John da la vuelta y pisa el acelerador. En ese momento oigo un ruido parecido a un disparo y me da un susto de muerte. La caravana se va hacia la derecha y ambos nos inclinamos con violencia hacia ese lado. Se me clava el reposabrazos en las costillas y siento que voy a desmayarme. El ruido es cada vez más fuerte.

—¿Qué ocurre? —le grito a John.

Él está demasiado ocupado sujetando el volante, intentando recuperar el control de la caravana. Veo que le sale una vena de la frente. Espero que no se le reviente. La caravana sigue girando bruscamente mientras John pisa el freno. Vamos directos a la cuneta.

—Mierda —dice, con las manos blancas y amoratadas en torno al volante—. Lo tengo, lo tengo.

Yo noto la gravilla bajo las ruedas, oigo el ruido de las piedras machacadas. Estoy segura de que John va a perder el control. Intento respirar, pero solo puedo meter aire en los pulmones, no sacarlo.

—Ella, deja de hacer ese ruido —me dice John—. No es más que un pinchazo.

Oigo los platos y las cajas de la parte de atrás de la caravana que se mueven y caen al suelo. La caravana se detiene en seco en la cuneta, cerca del último hotel de Texas. John apaga el motor y nos quedamos allí sentados, inclinados hacia un lado, escuchando nuestra propia respiración.

Pasan dos largos minutos. John se queda mirando la carretera. Tiene cara de satisfacción, como si no le preocupara nada. Yo ya no estoy asustada, pero empiezo a enfadarme un poco.

—John —digo al fin—. ¿Estás bien?

Él asiente.

—Bueno, ¿y a qué esperas? —le pregunto—. Has dicho que habíamos pinchado. ¿No vas a salir a echar un vistazo?

Se gira hacia mí y me mira como diciendo: «¿Quién, yo?».

Al fin abre la puerta y se baja. Yo decido ir con él, así que busco mi bastón detrás del asiento, pero ha caído hacia atrás y no lo alcanzo.

—¡John! —grito.

Nada. Vuelvo a llamarle. Nada. A saber qué estará haciendo. Decido intentar alcanzar el bastón yo sola. Me fastidia ser tan impotente. Palpo detrás del asiento y encuentro un palo largo con unas tenazas en el extremo que sirve para agarrar cosas. A veces John lo utiliza para abrir el pestillo de mi lado de la caravana.

Mi bastón se ha deslizado bastante y está en medio de la cocina. Oigo a John haciendo ruido, sacando algo de un compartimento, y eso me hace ir más deprisa. Estiro el palo, agarro una de las patas de mi bastón y la arrastro hacia mí, por delante de una fuente de Corelle que hay tirada en el suelo.

Fuera me encuentro a John con todo el equipo, preparado para reparar el neumático roto. El problema es que no creo que se acuerde de cómo hacerlo. Ojalá hubiera mantenido mi bocaza cerrada.

—Vamos a llamar al seguro —le digo.

—Puedo hacerlo yo.

Intento ser amable con él.

—Ya sé que puedes, pero no quiero que te hagas daño, cielo. —Y tampoco quiero estar aquí durante horas.

John intenta colocar el gato. Es triste de ver. Yo vuelvo a la caravana para llamar por teléfono. Los del seguro me dicen que llegará una grúa en unos cuarenta minutos. Me bajo del asiento del copiloto con cuidado y noto que el malestar vuelve a asomar la cabeza. Veo que John ha conseguido colocar el gato debajo de la caravana y le está dando a la palanca, pero no sucede nada. El gato hace ruido como si estuviera levantando la caravana, pero hay algo que no está bien encajado.

—John, los del seguro lo arreglarán. Venga, vamos a protegernos del sol. No deberías estar aquí fuera. Te va a dar cáncer de piel en la cabeza.

—Paparruchas.

—Vamos.

Sorprendentemente, John suelta la palanca y volvemos para sentarnos en la caravana. Pasa un coche a toda velocidad, el primero que vemos desde que salimos de la autopista. Veo sus luces de freno. Es un viejo Plymouth con imprimaciones grises en los laterales y en el maletero. Veo que se detiene en la cuneta a unos metros de distancia. Pasado un minuto se baja el conductor y después el copiloto, que lleva una llave de cruceta.

He de admitir que no parecen los típicos buenos samaritanos. De hecho parecen unos pillos. Ambos tienen treinta y muchos años. El conductor lleva bigote, vaqueros ajustados y una camisa deportiva color bermellón. Tiene una buena mata de pelo. El que lleva la llave de cruceta viste vaqueros, una camiseta con cuello en V y chanclas de goma. Lleva la barba desaliñada y el pelo revuelto.

—¡Hola! —grita el conductor mientras se aproximan—. ¿Necesitan que les echemos una mano?

John los mira con desconfianza.

—No, gracias —respondo con una sonrisa—. Hemos llamado al seguro.

—Ah, de acuerdo. ¿Y cuándo vendrán? —pregunta el copiloto.

—En una media hora. —Justo entonces algo me dice que he hablado más de la cuenta.

—Bien —dice el conductor mientras se saca un cuchillo de detrás del cinturón.

—Cielos —digo. Miro a John, que todavía no se ha dado cuenta de lo que pasa.

—No necesitamos ayuda —dice John quitándose la gorra, se seca el sudor de la cabeza con la muñeca y después vuelve a ponérsela.

—No hemos venido a ayudar —dice el copiloto con la llave de cruceta. Quizá sea por el acento, pero no parece muy listo.

John empieza a entender.

—Qué demonios —murmura mientras da un paso hacia delante.

—John, ten cuidado.

El conductor le señala con el cuchillo.

—Señor, quédese donde está. Vamos a necesitar todo su dinero y luego nos iremos. No queremos hacerles daño, pero no creo que fuese muy difícil. Señora, veo que lleva un anillo. ¿Por qué no se lo quita?

El copiloto se acerca a John empuñando la llave de cruceta.

—La cartera.

—Que te jodan —responde John.

El copiloto le da un golpe en las costillas con la llave de cruceta.

—Entonces la buscaré yo —dice mientras le mete la mano a John en el bolsillo.

—John, haz lo que te dicen —le digo mientras le entrego mi anillo de boda al conductor—. Estate quieto.

—Voy a necesitar su bolso, señora. ¿Dónde está?

—En el suelo de la caravana —respondo.

—Maldita sea —dice el copiloto mientras intenta sacar la cartera del bolsillo trasero del pantalón de John—. No puedo sacarle la cartera del bolsillo. Es enorme. Dame el cuchillo.

—Es una cartera grande —digo yo—. Voy a por el bolso.

Me mira y entorna los ojos.

—Hágalo muy despacio, señora.

—Es la única manera en que puedo hacerlo, joven. —Clavo el bastón en la gravilla de la carretera para caminar hacia la puerta abierta de la caravana.

Oigo que se quejan de los pantalones de John antes de rasgar la tela. No sé si es la fatiga, los narcóticos que circulan por mis venas o el hecho de que me ha cabreado mucho tener que darles mi anillo de boda a estos cretinos, pero sé lo que tengo que hacer. No lo dudo ni por un momento.

Cuando salgo de detrás de la caravana, veo que han cortado un trozo de la parte de atrás de los pantalones de John. Ambos están riéndose de su obra, hasta que me miran y ven que estoy apuntándoles con la pistola de John.

—Mierda —dice el copiloto dejando caer al suelo la llave de cruceta. El conductor se dispone a levantar el cuchillo.

—Por favor, no haga eso —le digo—. Es una mala idea.

El conductor parece sorprendido de ver a una anciana apuntándole al corazón con una pistola. Baja el cuchillo hasta el muslo y lo aprieta con fuerza.

—Está justo aquí, señora. Podría hacerle daño. Será mejor

que baje eso.

—Sí, podría, pero entonces yo le mataría. Y si cree que me da miedo, joven, se equivoca. Debería saber que no tengo absolutamente nada que perder. Supongo que usted piensa lo mismo, de lo contrario no haría cosas tan horribles, pero en mi caso es cierto. Si le hace daño a John, le mataré a usted y haré lo posible por matar a su amigo. A estas alturas ya no me importa.

El conductor mira al copiloto, intentando averiguar si pueden librarse.

—No va a funcionar —le digo mientras le apunto, preparada para disparar si se mueve hacia John—. Baje el cuchillo.

—No te olvides de quitarle el seguro antes de dispararle —dice John.

—Gracias, querido —respondo—. Ya lo he quitado.

—Vámonos, Steve —dice el copiloto con la voz temblorosa —. Devuélveles sus cosas.

—Tiene razón, Steve —digo yo—. Pon el anillo en la cartera y déjala en el suelo. Después os podréis largar. Ni siquiera voy a llamar a la policía. Solo quiero que os vayáis.

Por fin Steve deja caer el cuchillo y hace lo que le digo. Se incorpora y espera a ver qué hago después.

—Ahora, largo de aquí —le digo haciendo un gesto con la mano—. Buscaos algo que hacer en la vida y dejad de molestar a la gente mayor. Debería daros vergüenza. En vuestra próxima vida os convertiréis en mosca.

Salen corriendo hacia su coche. El copiloto corre tan deprisa que se deja una chancla por el camino. Se largan echando leches.

En cuanto tiro el cuchillo a los arbustos y vuelvo a ponerme el anillo, aparecen los del seguro. Antes de tiempo. ¿Quién lo hubiera dicho?

El conductor de la grúa es un joven mexicano serio y con la cabeza afeitada. Lleva las mangas del mono arrancadas. No lleva una insignia con el nombre, pero sí un enorme tatuaje de Nuestra Señora de Guadalupe que va desde el hombro hasta el codo. A lo largo del camino la he visto en muchos

calendarios y cosas así. El joven no dice gran cosa, solo asiente con la cabeza, nos pide los papeles del coche, rellena un formulario y le pide a John que lo firme.

—Lo firmaré yo —digo.

John me mira con el ceño fruncido y firma el papel.

—Hace un día precioso, ¿verdad, joven? —le dice al mecánico. Según parece, se pone de buen humor cuando intentan atracarle.

—Sí, señor —responde el mecánico sin apenas mirarlo a los ojos.

—Me gusta tu corte de pelo. —John se levanta la gorra de golf y le muestra su cuero cabelludo—. Yo llevo el mismo.

El mecánico inclina la cabeza e intenta mantener la seriedad y no reírse del comentario de John. Luego niega con la cabeza y empieza a reírse.

Antes John solía tener ese efecto en la gente. Quizá su actitud resulte paternal, no sé, pero es sorprendente lo bien que cae a la gente.

El joven sonríe y me mira. Estoy segura de que tengo muy mal aspecto.

—¿Se encuentra bien, señora? ¿Quiere sentarse en mi camioneta mientras yo cambio el neumático? Puedo poner el aire acondicionado.

A veces es mucho más fácil entender el mundo cuando la gente actúa de mala manera. Entonces sabes qué hacer. Un pequeño gesto de amabilidad es algo muy distinto.

—Eh… Estaría bien —respondo con vacilación.

Se pone la carpeta debajo del brazo y abre la puerta de la camioneta.

—Sí, adelante. El sol pega con fuerza aquí.

Una vez dentro de la grúa, con el aire acondicionado a toda potencia, empiezo a llorar. Las lágrimas salen y salen y yo no puedo parar. Quiero decir que es por el susto que nos han dado esos dos locos, pero en realidad no estaba asustada. Pensaba que todo iba a salir bien y que no pasaría nada. Os diré una cosa, no pensaba dejar que se largaran con mi anillo. Y que conste que les habría disparado a los dos. (Aunque hace veinte años que no disparo un arma y entonces fueron solo algunas tardes sueltas en el campo de tiro con John. Pero se me daba bien). Supongo que podría ser un cúmulo de cosas:

el atraco, el neumático pinchado, el malestar aparentemente interminable que estoy experimentando o quizá el hecho de que este viaje acabará pronto y no sé qué será de nosotros. O quizá sí lo sé y me da miedo pensar en ello. Supongo que es un poco todo.

John se vuelve hacia mí y pregunta muy seriamente:

—¿Se encuentra bien, señorita?

Todas estas emociones también le han afectado a él. Me alegra que se haya olvidado de su pistola.

—Estoy bien, John. —Me saco un pañuelo de la manga y me sueno la nariz. No sé qué otra cosa hacer con él, así que vuelvo a guardármelo en la manga.

A los pocos minutos, el joven ha cambiado el neumático y ya estamos listos para irnos. Nos ayuda a bajar de la grúa y nos entrega una tarjeta con una enorme huella grasienta.

—Deberían ponerle un parche antes de ir más lejos. Estamos en esta misma carretera, en Tucumcari. Les haremos un veinte por ciento de descuento.

Le damos las gracias al joven por su ayuda. Una vez dentro de la Leisure Seeker, volvemos a la I-40. Mientras conduce, observo que John sujeta la tarjeta del mecánico entre el pulgar y el volante, como si no quisiera olvidarse. Cuando llegamos a la salida de Tucumcari, se vuelve hacia mí y dice:

—Creo que deberíamos reparar el neumático cuanto antes.

—Si es lo que piensas… —le digo, contenta de que para variar se comporte como un hombre.

Al entrar en el pueblo de Tucumcari, empiezo a sudar. Es como si tuviera otra vez la menopausia. Creedme, con una vez ya fue suficiente. Por suerte, la gasolinera que estamos buscando está justo en la Ruta 66, cerca de un bonito motel llamado Blue Swallow.

Aparcamos y el joven mexicano se acerca a la ventanilla. Pese al insistente malestar, le sonrío, pero él no saluda, no dice nada. Se queda allí parado. Yo espero a que John hable. Al fin y al cabo, sigue con la tarjeta en la mano, pero él también se queda callado.

—Vamos a aceptar su oferta —digo yo inclinándome hacia John—. ¿Cuánto nos costará reparar el neumático?

El joven parece perplejo unos instantes, después dice:

—¿Ustedes han tenido el pinchazo en Glenrio?

—Sí —respondo—, y usted…

—Ese era mi hermano —responde interrumpiéndome—. Él les ha cambiado el neumático.

—Ah —digo yo, un poco avergonzada—. Perdone. —Le miro el antebrazo. No lleva tatuajes, aunque sí el mismo corte de pelo.

—Catorce dólares. Será una media hora. —Sin ni siquiera esperar a que dé mi consentimiento, se dirige hacia la parte trasera de la caravana, agarra el neumático pinchado y se va al taller.

John aparca a la sombra, yo le entrego un paquete de galletitas saladas y quito las llaves del contacto con discreción. Voy a echarme una siesta y no quiero despertarme en Tombuctú. Me tomo una pastillita azul. Lo último que recuerdo antes de quedarme dormida es que John está cómodamente con sus galletas leyendo una novela de Louis L'Amour que le he visto leer al menos una docena de veces. A él debe de resultarle nueva cada vez que la empieza. Supongo que así ahorramos mucho dinero en libros.

OCHO

NUEVO MÉXICO

Seguimos ganando tiempo. Aun así, incluso con la hora extra que hemos perdido con el neumático, los pocos kilómetros que hay hasta el *camping* de KOA a las afueras de Tucumcari se me hacen interminables. Me encuentro mejor, ya no tiemblo, pero John no ha dicho una palabra inteligible desde que llegamos aquí. Bosteza y habla para sus adentros, su ventana de lucidez está plagada de tonterías.

Cuando nos instalamos, se sienta a la mesa que hay dentro de la caravana. Le pongo delante una lata de Pepsi y un cuenco de patatas fritas y enseguida se queda dormido.

Contenta de tener tiempo para mí, me preparo una copa de *whisky* con *ginger ale* en un vaso de aluminio verde y me voy a la mesa de pícnic de fuera. Llevo el bastón y me siento con cuidado, con la espalda hacia la mesa para poder levantarme con facilidad. Doy ese primer trago y sonrío. A lo lejos oigo varias cosas: el grito de un niño que primero me asusta, pero después le sigue la voz de otro niño y me doy cuenta de que solo están jugando; el ruido nasal de un pequeño avión que sobrevuela el campamento; el golpe lejano de un coche al pasar sobre una juntura de la I-40.

Aun mezclado con el whisky, el *ginger ale* está tan especiado y carbonatado que me hace toser un poco. (De joven bebía Boston Coolers en la fábrica de *ginger ale* Vernors que había en Woodward Avenue, cerca del río. Con una cucharada de helado de vainilla flotando en el refresco; el primer sorbo podía hacerte estornudar). Me alegra haber traído un *pack* de doce Vernors desde Detroit. No siempre se encuentra en otras partes del país. Es una especialidad local.

Puede que sea mi imaginación, pero ya siento los efectos del *whisky*. Noto calor en el pecho, un cosquilleo, y recuerdo la segunda dosis de medicina antimalestar que me he tomado

hoy. Supongo que me estoy convirtiendo en… ¿cuál es la palabra que suele utilizar Oprah?… una drogodependiente.

Doy otro trago a la copa.

En el *camping*, aunque no está desierto, no hay mucha gente. Se acerca una pareja joven con un carrito. Los saludo, pero me ignoran. Ninguno de los dos parece tener más de dieciocho años. No tengo ni idea de qué hacen en un *camping* con un bebé.

—¡Hola! —les grito—. ¿Cuánto tiempo tiene el pequeño?

Al principio creo que van a seguir andando, pero entonces la chica me mira y después mira al chico. Él agacha la cabeza como una tortuga. Al fin ella se vuelve hacia mí y grita:

—La niña tiene siete meses, señora.

—Qué mona —respondo, aunque en realidad no puedo saberlo. Hay algo en su timidez que me hace ser más descarada. Además, quiero ver al bebé. Después del día que hemos tenido, necesito ver un bebé—. Acercaos —les digo—. Dejadme verla. Venga, que no muerdo.

Ambos se acercan con la cabeza agachada. Nunca he visto a unos padres tan flacuchos. Si parece que acaben de terminar de mamar.

—Así está mejor —les digo cuando los tengo delante. De cerca, veo lo jóvenes que son; dieciséis o diecisiete a lo sumo. Ella está pálida y demacrada, tiene el pelo parduzco y los ojos color avellana. Parece un insecto palo. Lleva una camiseta beis que deja al descubierto su diminuta cintura. Pese a tener un bebé, parece desgarbada, como si no estuviese acostumbrada a su cuerpo de mujer. El chico tiene la cara enjuta y rectangular, con la frente despejada y un pelo castaño fino al que no le veo mucho futuro. En su camiseta pone *DEPARTAMENTO ATLÉTICO DE LA MARINA,* aunque eso es lo único que tiene de atlético.

Veo lo gastada que tienen la ropa y lo cansados que parecen. Incluso el bebé está muy tranquilo, con sus párpados violáceos medio cerrados y agitando los deditos como si fueran algas marinas.

—Ay, es preciosa —miento—. ¿Cómo se llama?

—Britney —responde la chica, pero hace que suene como una pregunta. Esa entonación de la voz hacia arriba me recuerda a Lydia, nuestra nieta.

—Qué nombre tan bonito. ¿Cómo te llamas tú?

—Yo soy Tiffany. Este es Jesse.

El chico me mira con los mismos ojos oscuros que la niña.

—Yo soy Ella. Me alegro de conoceros. Tenéis un bebé precioso.

—¿De verdad? —Cuando Tiffany sonríe, parece que tiene catorce años.

—Claro que sí —le digo, y me pregunto qué le habrá dicho la gente—. ¿Hacia dónde vais?

—¿A Ohio? Sus tíos viven allí.

—Ah. ¿Vais de visita? —Soy una descarada, pero necesito saberlo.

—Vamos a vivir allí —responde ella mirando hacia abajo. Él le aprieta el codo y la chica se acerca más a su cuerpo.

—Bueno, suena bien. Os gustará aquello. Nosotros somos de Míchigan. De aquí. —Levanto la mano derecha con la palma hacia delante y señalo justo debajo del nudillo inferior del pulgar para mostrarles dónde está Detroit. De pronto ambos empiezan a reírse.

Tardo un momento en entenderlo.

—Ah. Eso es lo que hacemos en Míchigan cuando queremos mostrar dónde se encuentra una ciudad.

—¿De verdad? —pregunta Tiffany sin parar de reírse.

Yo asiento con la cabeza.

—Porque tiene forma de mano.

—¿Ah, sí? —pregunta ella con una media sonrisa.

—Ajá. ¿Vosotros tenéis autocaravana?

—No. Tenemos una tienda —responde. Es evidente que no le satisface la situación.

—Debe de ser difícil con un bebé —le digo.

Tiffany asiente con energía.

—Deberíamos irnos —dice el chico, que por fin ha abierto la boca.

—Pero si acabáis de llegar —le digo—. ¿Queréis algo de comer? —Jesse abre ligeramente los ojos y me doy cuenta de que he hecho la pregunta mágica—. ¿Os apetece un sándwich? Seguro que también tengo algo para el bebé.

Vuelven a mirarse, esperando a que responda el otro.

—Pues decidido —les digo—. Sentaos aquí a la mesa y yo prepararé la cena en un periquete.

No tengo que insistir mucho para que se sienten. Después entro en la caravana y despierto a John.

—John, tenemos visita —le digo mientras quito el cuenco de patatas de la mesa.

—¿Quién ha venido? —pregunta malhumorado.

No sé qué decir, así que improviso.

—Son los chicos. ¡Y han traído al bebé!

John se levanta y sale de la caravana todo sonriente.

—¡Hola a los dos! —les dice a Tiffany y a Jesse, que parecen sorprendidos, pero sonríen de todos modos, cautivados por la afabilidad de John.

Cuando ve al bebé, ya no hay vuelta atrás.

—¿Y quién es esta niñita? Mírala. Qué monada. Sí, sí, sí. Es una monada. —Le hace el cucú-tras, le roba la nariz y se la devuelve repetidas veces. Tiffany y Jesse se sonrojan un poco mientras observan la escena.

A veces necesitamos un poco de presión social para comportarnos bien.

Yo preparo sándwiches de jamón y queso a la plancha y caliento un par de latas de sopa de pollo con fideos. Sacamos de la nevera un bote de ensalada de patata. Encuentro un tarro de compota de manzana y corto un plátano maduro para el bebé. Una hora más tarde, los chicos están llenos y la pequeña Britney sonríe cada vez que se fija en John.

Tiffany y Jesse nunca han oído las historias de John y esta noche están encantados. Yo estoy encantada de cuidarlos. Esta noche todos fingimos ser otras personas. No hablamos de sus problemas ni de los nuestros. Los chicos apenas hablan. Aunque Tiffany menciona que en su casa, en Tempe, Britney siempre se despertaba y empezaba a llorar en mitad de la noche.

—¿La lleváis de paseo en el coche alguna vez por la noche? —le pregunto.

Ella me mira asombrada, como si se me hubiera ido la cabeza.

—Noooo.

—Pues eso ayuda.

—¿De verdad?

Hago un esfuerzo por no fruncir el ceño.

—¿Nunca lo habías oído? Es el movimiento lo que les

calma. Probadlo y ya veréis si ayuda. Con mis hijos siempre funcionaba, y sé que mi Cynthia lo usaba con su niño cuando no paraba de llorar. Eso o pasar la aspiradora.

Tiffany arquea las cejas. De nuevo esa mirada alucinada.

—¿¿¿Qué???

Pese a todas estas impertinencias que estoy recibiendo, me agrada poder darle a esta pobre chica consejos de abuela. No creo que le hayan dado muchos.

Entonces me pregunto: ¿la sensación de movimiento calma a un bebé del mismo modo en que calma a una anciana? No me parece que deba ser así, pero la verdad es que tiene sentido. Un bebé que acaba de llegar a la tierra y una anciana que está a punto de volver a ella no me parecen tan diferentes últimamente.

Antes de que se marchen, les doy unas mantas. En la caravana, preparo una bolsa con latas de comida y cosas para la nevera. Del armario saco un viejo Tupperware, le quito la tapa y meto dentro un fajo de billetes de diez y de veinte de mi escondite secreto. Pongo la tapa y lo meto en el fondo de la bolsa.

A la mañana siguiente a los dos nos cuesta salir de la cama. Después de tomarnos cada uno dos tazas de café instantáneo bien cargado, recogemos y tomamos la I-40. (No tenemos paciencia para ir alternando la autopista con la vieja carretera). Durante un buen rato ni John ni yo decimos nada. Es raro porque, como sabéis, siempre estoy parloteando, dando indicaciones, preguntándole si se acuerda de las cosas, intentando llenar el aire con palabras como si no pudiera soportar el silencio, lo cual no dista mucho de la verdad. Pero ahora mismo el único sonido es el motor de la Leisure Seeker y el zumbido de los mapas sin guardar que hay entre nuestros asientos y que se agitan con el viento.

Yo no hablo porque no puedo dejar de mirar al cielo, su infinitud. Es el cielo más brillante y azul que he visto jamás. Me hace daño mirarlo, pero no puedo parar. Observo la inmensidad azul sin nubes, mis ojos se mueven a toda velocidad, mirando de un lado a otro, como en esas imágenes que he visto en televisión, que muestran cómo se mueven

nuestros ojos cuando soñamos. Tengo el corazón acelerado, contemplo el horizonte y espero a que se abra y muestre lo que realmente hay ahí: un enorme vacío que absorbe todo aquello que no esté clavado al suelo.

Creo que alguien ha tomado demasiado café esta mañana.

Cuando me doy cuenta de eso, por fin poso la mirada en un único lugar. Y en ese momento no puedo evitar asombrarme, me quedo con la boca abierta al contemplar la belleza de este cielo. En cuanto al tamaño, bueno, la inmensidad hace que me sienta tan insignificante que me doy cuenta de que todos mis problemas acabarán pasando sin que nadie se percate. Es entonces cuando encuentro la calma.

Miro a John y veo que el café le ha alterado a él también. Lleva la gorra calada hasta los ojos y hace que las orejas le asomen como si fuera Dumbo. Está decidido a avanzar algunos kilómetros. Cuesta mucho librarse de algunos hábitos. Menos mal que vamos por la autopista. En cualquier caso, la I-40 no tardará en juntarse con un largo tramo de la 66, después de Clines Corners.

Me llevo el dedo al labio superior y lo noto húmedo. El malestar ha vuelto, pero es un malestar nuevo y más agudo, como una cuchilla ardiente que me atraviesa las entrañas. Es la clase de malestar que me da ganas de hablar con mis hijos. Dejo caer la guía que llevo en la mano, abro la guantera y empiezo a buscar el teléfono móvil.

—John, ¿qué has hecho con el teléfono?

John se vuelve hacia mí con la mirada perdida.

—Yo no lo he tocado.

Esto pasa siempre en casa. John esconde las cosas. Ya casi nunca las guarda en su lugar.

—No es verdad. Lo dejé aquí, en la guantera, después de llamar al seguro. ¿Dónde lo has puesto?

Me mira con el ceño fruncido.

—No he tocado el maldito teléfono.

Se está enfadando, pero no me importa. Estoy harta de sus historias. Lo saco todo de la guantera. El teléfono no está. Estoy a punto de echarme a llorar.

—¡Maldita sea, John! —grito—. Sé que has hecho algo con el teléfono. ¿Qué has hecho con él?

—¡Que te den por culo! —me grita.

—¡Que te den a ti, viejo loco! ¿Dónde lo has puesto?

Entonces recuerdo que, en la repisa que hay junto al tablero de mandos, al lado de los posavasos, hay una ranura rectangular, un compartimento multiusos. No puedo ver lo que hay dentro, pero sí puedo meter la mano. Noto algo que podría ser una antena.

Bingo. Es el teléfono móvil.

—¿Por qué demonios lo has escondido aquí, John?

—Ya te he dicho que yo no he sido.

Entonces recuerdo que fui yo la que lo puso ahí después de usarlo por última vez. De hecho lo puse ahí concretamente para que John no lo escondiera en otra parte.

—Idiota —murmuro.

—Muérete —dice John.

—Cállate. Estoy hablando de mí.

Subo la ventanilla y enciendo el teléfono. Emite una serie de tonos musicales que sirven para distraerte del hecho de que estás a punto de meterte microondas en el cerebro. Pienso en tomarme una pastillita azul, pero descarto la idea y en lugar de eso marco el número de Cindy, sin saber si lo tiene encendido en el trabajo. Pero responde de inmediato.

—Hola, cariño —le digo, tan contenta de oír la voz de mi hija que casi noto que el dolor remite.

—¿Mamá?

—Claro, soy tu madre. ¿Quién te creías que era?

—Mamá, ¿dónde estáis? —Ignoro la exasperación de su voz. Espero no causarle problemas.

—¿Puedes hablar?

—Estoy en el descanso, mamá. ¿Dónde estáis?

—En algún lugar de Nuevo México. Esto es precioso. Cariño, deberías ver el cielo…

Cindy me interrumpe.

—Hemos estado muy preocupados por vosotros. Gracias a Dios que estáis bien. Tenéis que volver a casa, mamá.

Lo último que me apetece es discutir hoy con mi hija. Me alegro mucho de oír su voz.

—Cynthia, no hay por qué preocuparse. Ambos estamos de maravilla. De verdad, está siendo muy divertido.

Ella resopla como si no me creyera. Supongo que lo estoy adornando un poco, pero solo intento tranquilizarla, y quizá

tranquilizarme a mí también.

—Tenéis que volver a casa. —Su voz suena áspera, cargada de emociones y de cigarrillos. Me encantaría que dejara de fumar.

—Cindy, cariño.

—Pero estás muy enferma. Me da miedo que…

No le dejo terminar. No me hace falta oírselo decir, igual que a ella no le hace falta decirlo.

—Cariño, ocurrirá lo que tenga que ocurrir. No pasa nada. Todos tenemos que aceptarlo, ¿de acuerdo?

—Maldita sea, mamá. —Está blasfemando, pero ahora su voz es un susurro, suena desinflada—. Kevin sigue queriendo llamar a la policía.

—Pues dile a Kevin que es una mala idea. No hará más que empeorar las cosas. Nos convertirá en Bonnie y Clyde.

—¿Cómo está papá?

—Tu padre está bien. Lleno de energía. Tiene episodios, pero está bien. Está conduciendo muy bien. ¿Quieres hablar con él?

—De acuerdo —responde tras un soplido.

Me preocupa un poco que conduzca y hable por teléfono al mismo tiempo, pero necesito un momento para recomponerme. Le paso el teléfono a John.

—Sube la ventanilla un momento para poder hablar.

—¿Quién es? —pregunta mientras sube la ventana.

—Es tu hija, tonto —le digo—. Es Cynthia. —Le digo el nombre para que se acuerde de decírselo.

—Hola, Chuckles —dice John. ¿De dónde se habrá sacado eso? No la ha llamado Chuckles desde que estaba en tercero. Eran sus caramelos favoritos.

John sonríe como un bobo, encantado de hablar con su hija. No sé si piensa que está hablando con una niña pequeña o qué, pero ¿qué importa si le hace feliz y Cindy se encuentra mejor?

—Tendremos cuidado, hija —dice—. Te quiero. Te veremos pronto. —Me devuelve el teléfono.

—¿Cindy?

—¿Sí, mamá? —Ahora parece más contenta y yo me siento mejor.

—Yo también te quiero. —El dolor ha vuelto, pero en este

momento no me importa.

—Y yo. —Cindy deja escapar un pequeño resoplido—. Por favor, tened cuidado. Volved pronto.

Yo asiento y me contengo.

—Saluda a Lydia y a Joey. Dile a tu hermano que hemos llamado.

—Lo haré. —Respira con fuerza y noto que se le quiebra la voz—. Adiós, mami.

Cuelgo el teléfono. Me pican los ojos y no sé si es por el humo que se cuela en la caravana o porque mi hija de cincuenta y siete años, la que siempre ha sido la dura, que me regaña desde que tenía ocho años, acaba de llamarme «mami».

Estamos atravesando las laderas de las Montañas Rocosas. De pronto necesito hablar, necesito saber que sigo aquí, que todavía puedo hacer ruido. Señalo las montañas que hay hacia el norte.

—¿Ves esas montañas, John?

—¿Qué?

—Las montañas ahí a lo lejos. —John no dice nada. Solo bosteza. Al parecer sigo aquí, pero soy aburrida.

—Son las montañas Sangre de Cristo —le digo.

—¿Crisco? —me pregunta mirándome—. ¿Como la margarina?

—Cristo —aclaro.

—Ah. —John resopla—. Cristo, mis narices.

Y así acaba nuestra conversación. Por si no lo habéis notado, John no es un hombre religioso. Supongo que podría decirse que es ateo. Sus padres nunca le inculcaron el sentido de la religión ni de Dios, y probablemente empezó ahí, pero lo que le convirtió en un auténtico pagano fue irse a la guerra siendo adolescente. Solía contar que, cuando ves como le vuelan la cabeza a alguien que está a tu lado, no te da por creer en Dios precisamente.

Cuando volvió de la guerra, John había cambiado. Ya no era el chico del barrio que me molestaba a todas horas y me pedía salir sin parar. Debí de rechazarlo unas doce veces. Siempre decía que iba a casarse conmigo. Yo me reía en su

cara, no con maldad, pero me reía de todos modos. Era más joven que los chicos con los que yo salía y no me atraía.

Al final me prometí con otro chico, pero le ocurrió algo durante la guerra. Probablemente pensaréis que voy a decir que lo mataron, pero os equivocáis. El muy hijo de perra me dejó. Sí, me dejó durante la guerra. Fui la única chica de entre mis conocidas a la que le pasó eso. Las chicas se casaban, se prometían, se quedaban embarazadas, lo que fuera. Había otras cuyos novios, prometidos o maridos morían o desaparecían en combate, pero yo fui la única a la que su novio soldado le dio la patada. Charlie conoció a otra cuando estaba destinado en Texas, una casquivana armenia. Acabó casándose con ella después de dejarla preñada.

Pero John regresó. Supongo que lo más atractivo que tenía por entonces, además del hecho de haber crecido y haberse vuelto más tranquilo, era que ya no parecía interesado en mí. Me había escrito mucho durante el primer año que estuvo fuera, contándome que estaba deseando volver a verme y que echaba mucho de menos su hogar. (Décadas más tarde, me mostró fotografías que había sacado durante la guerra y recuerdo que me impactó ver lo jóvenes que eran todos. Parecían estudiantes de instituto, posando sin camisa, con sus pistolas, mostrando banderas japonesas que les habían quitado a los soldados a quienes habían matado. Eran muchachos que actuaban con valentía y arrogancia. Recuerdo que, mientras veíamos las fotografías, John iba diciéndome quién había muerto y quién había logrado regresar).

En cuanto a sus cartas, solo le respondí una o dos veces. No era algo personal, es que no me gustaba escribir cartas. Siempre me sentí insegura de mis capacidades literarias. Y además seguía prometida con Charlie. Como suele ocurrir, John dejó de escribirme en la misma época en la que Charlie me plantó.

Cuando terminó la guerra y me enteré de que John había vuelto, esperé saber algo de él. Me habría venido bien una inyección de autoestima, un poco de ánimo, pero no vino a verme. Había sido una mala época para mi familia. Perdimos a mi hermano Tim en la batalla de las Ardenas. No supimos cómo sucedió, solo nos dijeron que había muerto. Así hacían las cosas por entonces. Un maldito telegrama.

Luego, un mes después del Día V-J, John apareció en casa de mi familia. Había visto la estrella dorada en nuestra puerta y supo que era por Timmy. Quería pasarse a dar las condolencias a mi madre. Empezamos a hablar y me di cuenta de que todavía estaba interesado en mí, aunque se esforzaba por disimularlo.

Después me dijo que se había prometido a sí mismo que no iba a venir a verme, pero, cuando vio la estrella, supo que tenía que hacerlo. Nos sentamos en la sala de estar de mi casa y hablamos de Timmy, a quien él apenas había conocido.

Cuando le pregunté a John qué le había ocurrido a él, me contó que le habían herido en la isla de Leyte, en el Pacífico; la bala le había alcanzado en el tobillo, no era grave, pero lo suficiente para enviarle a casa porque tardaría mucho en recuperarse. Me contó que, mientras él estaba en el hospital, todos los chicos de su pelotón se estrellaron en un avión en el Pacífico. Cuando le dije que había tenido mucha suerte, respondió que había sido el «balazo del millón de dólares».

Nos quedamos callados un rato y entonces preguntó:

—¿Por qué no me escribiste?

—Estaba prometida con Charlie —respondí, temiendo que pudiera preguntar eso—. No me parecía bien.

—¿Cómo está Charlie?

Recuerdo que bajé la mirada hacia la alfombra de flores de la sala y al cabo de unos segundos lo miré por fin.

—Vive en Texas con su esposa.

John me miró y sonrió.

—Sí, lo sé.

El muy canalla sabía desde el principio que Charlie me había plantado. El caso es que empezamos a vernos y en esa ocasión la cosa cuajó.

Me inclino hacia delante y le pongo la mano en la rodilla. Él se gira y me mira. Sonríe, pero sus ojos me dicen que no está aquí en este momento.

Clines Corners es otra trampa para turistas. Nos detenemos en la inmensa tienda y decido echar un vistazo. Nos vendría bien comprar provisiones y este es un lugar tan bueno como cualquier otro.

Dentro hay un restaurante además de la tienda, es el enésimo Diner de la Ruta 66 que hemos visto hasta ahora, todos con las mismas cosas antiguas; carteles de gasolinera, surtidores, fotos de James Dean, Elvis y Marilyn Monroe, mucho rosa, mucho neón y mucho cromo, y por supuesto carteles de la Ruta 66. He de decir que esta decoración empieza a cansarme un poco. Es como visitar el mismo lugar una y otra vez.

Compro unas Pepsis frías y una bolsa de aperitivos salados para John mientras él echa gasolina. El hombre de la caja registradora me devuelve el cambio. A través de la ventana que tiene detrás, veo que John termina y se monta en la caravana. Recuerdo que esta vez no me he llevado las llaves. Me meto el dinero en el bolso, agarro la bolsa y salgo de allí todo lo rápido que me permite el bastón antes de que John se largue.

—¡John! —le grito. No me oye, pero, cuando al fin llego hasta la caravana, está esperándome tan tranquilo. Yo, por mi parte, estoy agotada y sin aliento.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Lo miro con rabia por encima de mis gafas.

—Sí —respondo secamente.

Cuando volvemos a la 66, lleva mucho menos tráfico. El paisaje es extraño, verde y marrón, una mezcla de desierto y bosque al mismo tiempo, como si no pudiera decidir qué quiere ser. Mientras bebo una Pepsi empiezo a sentirme mejor. Cuando me dispongo a guardarme el cambio en la cartera, veo que alguien ha escrito algo en uno de los billetes de dólar, justo encima de la cabeza de George Washington:

Dios, por favor, consígueme una mujer

Le doy la vuelta al billete y pone:

Alíviame

—Mira esto —le digo a John.

John agarra el billete, lo lee por ambos lados y frunce el ceño.

—Va muy mal encaminado.

—Listillo —le digo. Quizá hoy esté en plena forma y no me había dado cuenta.

Vamos por la vieja carretera hacia Albuquerque, que se ha convertido en la carretera 333 en vez de la Ruta 66. Es una carretera estrecha y sinuosa que nos baja hacia el cañón Tijeras, nos saca y nos vuelve a bajar. Las paredes del cañón se alzan a ambos lados de la carretera, escarpadas y almenadas, cubiertas por una capa de vegetación quemada. Todo parece arrasado, marchito, medio muerto. Eso me recuerda que estamos a solo trescientos kilómetros de Alamogordo, donde se probó la primera bomba atómica. Desde luego lo parece.

Conozco demasiado bien los efectos de la radiación, la infertilidad que provoca, todo el bien que se supone que hace mientras destruye. He visto a muchos amigos y parientes marchitarse y morir, no por la enfermedad, sino por la supuesta cura de dicha enfermedad. Por eso les dije al doctor Tom y al resto de los médicos que de ninguna manera iban a utilizar eso conmigo. Los chicos estaban entusiasmados con ese tratamiento agresivo, pero les dije: nada de radiación, nada de quimio, nada de nada. Los médicos parecieron aliviados. De todas formas no les gusta utilizar esas cosas con personas mayores. Claro, tampoco quieren que salgas y te lo pases bien. Solo quieren que te pudras en algún hospital mientras te realizan pruebas y hacen todo lo humanamente posible para mantenerte con vida y sufriendo durante más tiempo; entonces, cuando sienten que han hecho todo lo posible, te envían a casa a morir. Supongo que piensan que es el mejor lugar para morir. Y probablemente lo sea… para la mayoría de la gente.

Decido que necesitamos distraernos.

—John, vamos a dar una vuelta por Albuquerque, a ver qué hay aquí. ¿Qué te parece?

—Me parece bien.

Seguimos la circunvalación hasta la parte vieja de la ciudad, donde echamos un vistazo a la arquitectura y admiramos los viejos cines KiMo y El Rey, y algunos murales que parecen pintados por gente que iba hasta arriba de

medicación contra el malestar. Ah, y no os lo vais a creer, pero hay otro Diner de la Ruta 66. Dios, quizá hasta tengan pósteres de Marilyn Monroe y de James Dean.

Subimos por Nine Mile Hill y por el espejo retrovisor veo como Albuquerque va haciéndose más pequeño. Tomamos el puente viejo sobre el Rio Grande. El agua del río es oscura y sucia. Más adelante veo una casa blanca con el tejado azul. En un lateral de la casa, en mayúsculas, pone:

IGLESIA DE TRANSPORTISTAS
ALELUYA SE HA LEVANTADO
BINGO GRATIS
MARTES 6.30

Es bueno saberlo, pienso para mis adentros.

Encontramos un *camping* decente cerca de un pueblo llamado Grants. Me alegra poder parar ya y me alegra que nuestra parte del *camping* esté vacía. Ya he tenido bastante humanidad por un tiempo.

De pronto John parece animado, así que monta el toldo e incluso saca la mesa de pícnic para que yo cocine. Cuando lo tiene todo instalado, empiezo a relajarme. Hace una tarde preciosa y empieza a refrescar un poco.

Después John se sienta en una de nuestras viejas sillas de aluminio con las tiras deshilachadas verdes y blancas. (Las compramos a la vez que la Leisure Seeker, hace treinta años, así que no paro de preguntarme cuándo una de ellas se vendrá abajo). Está leyendo otra vez el libro de Louis L'Amour, aunque todavía no le he visto pasar la página. No me sorprendería que en algún momento lo tuviera agarrado del revés.

Coloco la plancha eléctrica sobre la mesa de pícnic y empiezo a preparar la mortadela de Bolonia. No me apetece nada y os garantizo que no debería comerla, pero estaba echando un vistazo a nuestro pequeño frigorífico y he visto que se iba a pasar de fecha. No quiero que se estropee, así que nos servirá de cena.

Hago un corte en los extremos de las rodajas para que no se

doblen demasiado, pero, en cuanto las pongo en la plancha, no les presto toda la atención que debería y se queman por un lado antes de darles la vuelta. Las pongo sobre un papel de cocina para que absorba la grasa. Después las pongo en el pan, les unto mostaza por encima y las sirvo con lo que queda de una bolsa de patatas y unos pepinillos. Lo único que puedo decir sobre esta cena es que está rancia. Bien hecho, Ella.

Sin embargo, cuando nos sentamos a la mesa, John parece entusiasmado. Se come el bocadillo en cuestión de minutos y después la otra mitad del mío. Me preparo un *manhattan,* me siento a su lado, le doy la mano y ambos contemplamos la puesta de sol sin decir una palabra.

Cuando oscurece, el *camping* queda en silencio y yo no sé qué hacer. John se ha quedado dormido sentado a la mesa junto a mí.

—John, despierta —le digo—. Esta noche no podrás dormir.

Levanta la cabeza y me mira cabreado.

—¿Qué?

—Venga. Vamos a ver diapositivas.

—Es demasiado tarde. —Empieza a dormirse de nuevo.

Le doy un manotazo en el hombro.

—Vamos. Solo son las ocho. Si nos vamos a la cama ahora, nos despertaremos a las tres de la mañana. Saca el proyector.

—No sé dónde está.

—Te lo enseñaré. Ponlo en la mesa de pícnic y tomaremos helado.

—De acuerdo. —Se levanta del banco con pesadez.

Comida. Siempre funciona.

Esta noche, en las diapositivas que proyectamos junto a la caravana aparecen nuestros hijos, a quienes echo mucho de menos, a quienes he echado de menos desde que se fueron de casa hace décadas. Aunque nunca tuvimos intención de hacerlo, tenemos una bandeja de diapositivas seleccionadas de otras bandejas, un batiburrillo, solo de los chicos. Eso nos permite verlos crecer en cuestión de diez minutos, aunque no

siempre en el orden correcto. Son como los Grandes Éxitos de los Robina.

Vemos a nuestros hijos nadando en la playa, con la cara manchada de tarta de cumpleaños, tumbados sobre las montañas de hojas secas, de pie frente al marco de la chimenea con sus acompañantes para el baile de graduación, sentados en un muelle al atardecer, contemplando las caras de piedra del monte Rushmore, sentados en el regazo de Papá Noel, abrazando a Mickey Mouse, volviendo a casa quemados y pelados tras sus primeras vacaciones sin nosotros.

—¡Qué mona está Cindy en esa! —dice John mientras se mete en la boca la última cucharada de helado derretido—. Es una muñequita. —Es una diapositiva en la que aparece disfrazada de hawaiana cuando tenía unos doce años. En la foto, enrojecida por el paso del tiempo, parece mayor de lo que era en realidad.

Hay otra foto de Kevin, con apenas cuatro años, ese mismo Halloween. Va disfrazado de indio, con la cara pintada y un tocado de plumas. Es extraño ver esto aquí, en Nuevo México, cerca de la reserva india.

—Kevin y yo encontramos ese disfraz en Checker's —dice John.

Yo lo miro asombrada. No deja de sorprenderme que se acuerde de determinadas cosas. Checker's era una tienda de nuestro antiguo barrio donde comprábamos pan, leche y algún refresco de vainilla. Es que no entiendo por qué retiene informaciones así y, sin embargo, otros recuerdos más importantes se evaporan. Aunque, claro, supongo que gran parte de las cosas que recordamos son con frecuencia insignificantes. Los recuerdos que almacenamos hasta el final de nuestras vidas no tienen ninguna lógica o razón, sobre todo si piensas en la cantidad de cosas que haces a lo largo de un día, de una semana, de un mes, de un año, de una vida. Todas las tazas de café, las veces que te lavas las manos, los cambios de ropa, las comidas, las veces que vas al baño, los dolores de cabeza, las siestas, los viajes al colegio, a los ultramarinos, las conversaciones sobre el tiempo; son todas cosas tan poco importantes que deberían olvidarse de inmediato.

Y sin embargo no es así. Con frecuencia pienso en el

albornoz rojo que tenía a mis veintisiete años; el ruido que hacía con las uñas Charlie, nuestro primer gato, en el linóleo de nuestra antigua casa; el aire caliente enrarecido en torno a un bote de aluminio justo antes de que se abran los granos de maíz al hacer palomitas. Pienso en todas esas cosas con la misma frecuencia con la que pienso en el día de mi boda o en dar a luz o en el final de la Segunda Guerra Mundial. Lo verdaderamente asombroso es que, casi sin que te des cuenta, pasan sesenta años y recuerdas quizá ocho o nueve acontecimientos importantes, además de miles de cosas sin importancia. ¿Cómo puede ser eso?

Queremos pensar que hay alguna especie de patrón porque así nos sentimos mejor, pensamos que existe una razón para que estemos aquí, pero en realidad no existe. La gente recurre a Dios para explicar estos patrones, estas razones, pero solo porque no sabe qué otra cosa hacer para entenderlo. Las cosas nos suceden: algunas son importantes, la mayoría no, y una mínima parte nos acompaña hasta el final. ¿Qué queda después de eso? Y yo qué sé.

En la siguiente diapositiva aparece Kevin en la feria de coches Autorama, con un pequeño trofeo y la maqueta de un coche que había presentado a un concurso. Quedó en tercer lugar. Estoy segura de que aún recuerda aquel día. Lo único que recuerdo yo es que me sentí aliviada cuando nos fuimos.

Toco el botón del proyector y en la próxima diapositiva no hay nada. No hay diapositiva, solo la luz brillante que aparece cuando se termina la bandeja. Miro a John y veo que ha vuelto a su silla de jardín y se ha quedado dormido. Digo su nombre, pero resopla y vuelve a dormirse. Mañana no podrá moverse. Se quejará de que le duele todo y luego volverá a quejarse cinco minutos más tarde.

Oigo un ruido cerca del camino. Probablemente sea algún bicho, pero empiezo a asustarme. Quizá sea un coyote o un lobo. Recuerdo que estamos en un *camping* sin apenas gente y que no he visto a un encargado ni a nadie desde hace horas. Decido ir a sacar el bolso de la caravana. No me importaría tener a mano la pistola. Empiezo a levantarme y vuelvo a oír el ruido; hay algo rebuscando en lo que probablemente sea un cubo de basura.

—¡John, despierta! —grito, decidida a entrar en la

caravana. Agarro el bastón e intento levantarme del banco de la mesa de pícnic, pero llevo demasiado tiempo sentada. Tengo las piernas rígidas y apenas las siento. Tengo que dejarlas colgando unos segundos para que me circule la sangre. Entre tanto, el ventilador del proyector sigue girando. Se supone que no hay que dejar la luz encendida tanto tiempo sin poner una diapositiva, pero no pienso apagarla y quedarme a oscuras—. ¡John!

—¿Quién es? —pregunta él, desorientado.

—Soy Ella —respondo—. He oído un ruido. —Intento mover las piernas y ya las siento un poco. Vuelvo a levantarme apoyando ambas manos en el banco. Dejo el bastón allí de pie. Consigo levantarme, pero, cuando trato de alcanzar el bastón, se me doblan las piernas. Caigo despacio, mis rodillas golpean el suelo, después mis manos, hasta que caigo de costado en el duro suelo. Me he rasguñado las manos y las rodillas, y tengo una pierna ligeramente torcida. Rezo para que no se haya roto.

—¡John! —le grito—. ¡Me he caído!

—¿Qué?

Intento que no me entre el pánico.

—¡Estoy en el suelo! ¡Me he caído, John! ¡Ayúdame a levantarme!

—Oh, Dios mío —dice John, como si le molestara. Pero, casi sin darme cuenta, veo su sombra sobre mí—. Dame la mano. Dame la mano.

—John, no puedes levantarme. Peso demasiado. Te caerás tú también.

—Sí que puedo. Tú dame la mano.

Así que le doy la mano mientras él se aferra a la mesa de pícnic e intenta levantarme. Me levanta unos treinta centímetros del suelo, de modo que puedo estirar la pierna antes de que él se suelte de la mesa y se precipite hacia delante. «Dios mío», pienso mientras cae hacia mí. No puedo creer que esté pasando esto.

—¡Ahhhh! —grita John—. No…

Vuelvo a caerme, pero ahora con John encima. Esta vez no es una caída lenta y suave. Duele mucho más con el peso de John encima. Noto las piedras que se me clavan en el trasero, me golpeo la cabeza contra el suelo, me duele todo. Siento

todo su cuerpo sobre mí. No puedo respirar. Noto más malestar del que puedo describir. Las lágrimas se abren camino por el rabillo de mis ojos. Las primeras palabras que pronuncio hacen que me ardan los pulmones.

—Maldita sea.

John se queda tirado ahí sin hacer nada. No puedo moverme con él encima.

—¡John, quita de encima! —logro decir, casi sin aliento.

—Creo que me he hecho daño en el brazo —me dice.

—Me da igual. No puedes seguir tirado encima de mí. Aparta. —Al principio se queda como un peso muerto, después noto que empieza a agitar las piernas—. John, me estás aplastando. Quita de encima.

Al fin John resopla, toma aliento con dificultad, logra incorporarse y rodar junto a mí. Parece que tiene el brazo bien.

Ahora al menos puedo respirar de nuevo. Lo miro. Parece confuso y asustado. Dios, me temo que ahora sí que estamos en un buen lío.

Noto que tengo la pierna bien. Me duele, pero no creo que esté rota.

—John, ¿estás bien?

Me mira como si estuviera intentando reconocerme y entonces pregunta:

—¿Qué estás haciendo aquí tirada?

—John, me he caído, ¿recuerdas? Has intentado levantarme y te has caído. Estamos de *camping*. En Nuevo México.

—¿México?

—Nuevo México. Te quedaste dormido mientras veíamos diapositivas. Ahora estamos tirados en el suelo.

—Mierda —dice.

Hasta él se da cuenta de que estamos en apuros. Empiezo a arrastrarme hacia la caravana, todavía pensando en mi bolso. Las piedras se me clavan en las manos cuando me elevo del suelo lo justo para moverme centímetro a centímetro. Me estoy poniendo perdida. Se me van a quedar los pantalones hechos polvo. Aunque supongo que eso dará igual si no puedo levantarme del suelo nunca.

Tras avanzar más o menos medio metro, ya no sé si el bolso

me ayudará en algo. Podría disparar la pistola hasta que apareciera alguien, pero no hay garantía de que eso ocurra. Además, me da miedo disparar al aire. En Detroit, la gente siempre dispara al aire en Nochevieja y al final siempre hay alguien que acaba herido. Una bala que atraviesa el tejado y alcanza a un pobre niño que duerme en su cama, o a alguien que está sentado en su salón viendo el especial de Dick Clark.

Claro, tengo el móvil cargándose en la caravana. Soy muy eficiente. Miro hacia la mesa de pícnic y me pregunto si podré incorporarme. Cuando levanto los brazos, me duelen tanto que ni siquiera me molesto en intentarlo. John está sentado en el suelo, hablando consigo mismo.

Le silbo.

—John, ahora mismo necesito que me escuches. Venga. Vamos a intentar llegar hasta la caravana. ¿Puedes moverte?

Él toma aliento muy despacio, como si le costara.

—No lo sé.

—¿Puedes levantarte? Intenta utilizar la mesa.

John se desliza hacia la mesa. Veo que pone cara de dolor cuando se aferra al asiento. En general suele ser más ágil que yo, pero la caída le ha dejado mal.

—No puedo levantarme —me dice.

—Apoya la espalda contra el banco, quizá así puedas levantarte.

Hace lo que le digo.

—Ahora presiona contra la mesa e intenta levantarte con las manos. Mira si puedes hacer tracción con los pies.

—Maldita sea —dice John, a punto de apoyar el codo sobre el banco. Entonces vuelve a desplomarse en el suelo.

En mi cabeza me imagino cómo podría hacerlo, pero ambos estamos alterados, asustados, sucios y cansados. Quiero llorar, pero no me servirá de nada. Seguiremos tirados en el suelo cuando haya terminado de gimotear.

John se hace daño en la espalda cuando intenta volver a hacerlo. Decido que ahora es mi turno. Sé que no podré levantarme con la mesa de pícnic, pero miro hacia los escalones que se despliegan de la Leisure Seeker cuando abres la puerta lateral. Están a unos cinco metros de donde me encuentro, así que me preparo para el largo camino arrastrándome hasta allí.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta John.

—Voy a llegar hasta la puerta de la caravana, a ver si así puedo entrar.

John gruñe, pero no sé si eso quiere decir que le parece una buena idea o que me he vuelto loca.

Tardo quince minutos en recorrer la mitad del camino. Me elevo, me arrastro. Me elevo, me arrastro. Literalmente avanzo un centímetro cada vez. El suelo está duro, muy duro, hay muchas piedrecitas que se me clavan en las manos y en el pandero. Estoy sudando mucho y se me empieza a meter en los ojos. Ese es el problema de no tener casi pelo; el sudor se te mete directamente en los ojos. Cuando me paro para secarme el sudor por debajo de las gafas con las manos sucias, recuerdo algo que leí en una guía; que estamos en lo que los mexicanos llamaban el «mal campo». Son formaciones rocosas hechas de lava negra, con tonos rojizos que se supone que eran la sangre de un horrible monstruo al que asesinaron los dioses de la guerra. No sé por qué recuerdo esas cosas, pero no puedo evitarlo.

Sí que es un mal campo. Me temo que la tierra negra ya se ha mezclado con la sangre de esta vieja gorda. Desde luego no parece que la tierra se vuelva más blanda a medida que me arrastro hacia la caravana. Estoy entumecida por todos los arañazos, pero por una vez me alegro de tener este culo tan enorme para protegerme del suelo. Me dolería mucho más si fuera una de esas viejas raquíticas que llevan toda la vida fumando como carreteros. Aunque, claro, si fuera una de ellas, seguramente podría levantarme.

John se ha rendido y tiene la cabeza apoyada contra el banco de la mesa de pícnic.

—John, ¿por qué no intentas venir hacia aquí? Si puedo incorporarme un poco, quizá puedas ayudarme.

Levanta la cabeza del banco, asiente, vuelve a bajarla y se queda adormecido con el ronroneo del proyector. Estoy sola.

Sucede una cosa cuando estás tirada en el suelo, casi a oscuras, muerta de miedo, sin saber si podrás volver a levantarte, preguntándote en qué estado estarás cuando te encuentren por la mañana. Lo que sucede es lo siguiente: el tiempo se estira, se alarga y se dobla sobre sí mismo, entonces se vuelve a estirar como un chicle que has llevado todo el día

en el bolsillo. Ahora mismo no sé si llevo en el suelo dos horas o veinte minutos.

Sigo arrastrándome, no tengo otra cosa que hacer. John está dormido junto al banco. Se despertará preguntándose qué está haciendo en el suelo. Me echará a mí la culpa, seguro. Me echa la culpa solo porque soy la única a quien echársela. Eso es lo que pasará. Se despertará de mal humor, pensando que yo le he tirado al suelo. Me gritará.

Ay. Ay. Ay. Sigo arrastrándome. Vuelvo a oír a ese maldito coyote. Si se acerca aquí pensando que va a encontrar comida fácil, se equivoca. Encontrará lo que cree que es un bufé libre de grasa, pero pronto descubrirá que no es así. Tendrá que luchar. Ayer me enfrente a dos hombres, así que no le tengo miedo a un coyote. Lo mataré con mis propias manos.

No es aquí donde hemos de morir.

Después de tres descansos, tras cortarme la mano con un trozo de cristal, tras aplastar a un bicho enorme que al principio pienso que es un escorpión, pero resulta ser una cigarra o algo así, por fin llego a los escalones de la caravana. Son unos pequeños escalones desplegables de aluminio, muy estrechos, demasiado estrechos para mi envergadura, pero sé que son robustos porque son lo que usamos para entrar en la caravana. Pero lo mejor de todo es que están solo a cinco centímetros del suelo.

Me incorporo de espaldas hacia el escalón más bajo, lo palpo con las muñecas, que ya casi tengo entumecidas. Tomo aliento y me alzo. Estoy temblando, pero logro colocarme sobre el escalón. Los estrechos laterales se me clavan en el culo, pero al menos puedo mantenerme derecha. Noto el coxis asegurado en el escalón. Es un alivio estar por encima del suelo y tengo ganas de descansar durante media hora, pero no lo hago. Agarro los laterales de los escalones e intento elevarme de nuevo. Esta vez también puedo hacer un poco de fuerza con los talones. Logro alcanzar el segundo escalón, pero no siento el culo tan seguro como en el primer escalón. Levanto las manos más aún, por encima del segundo escalón, y doy una fuerte patada con los talones contra el suelo. Estoy ya tan cansada que se me saltan las lágrimas, pero, si no lo hago, estaremos en el suelo toda la noche. No sé si podríamos sobrevivir a eso.

Empujo con fuerza y llego al tercer escalón. Ahora estoy sentada sobre las manos y me duelen. Saco una mano, después la otra, con cuidado de no perder el equilibrio. Estoy temblando tanto que no sé qué hacer.

—¡John! —le grito con todas mis fuerzas. Me doy cuenta de que antes no gritaba lo suficientemente fuerte por miedo a despertar a los demás. Pero no hay nadie alrededor. Si lo hubiera, podrían ayudarnos—. ¡John, maldita sea! —grito de nuevo y consigo que se agite un poco. Veo que levanta la cabeza del banco y después vuelve a dejarla caer.

Inspecciono el suelo a mi alrededor. Hay piedras en la tierra, esas piedrecitas que han hecho que mi viaje de caracol fuera un infierno para mis manos. Levanto tres del tamaño de una canica junto con un puñado de tierra. Tengo las manos tan asquerosas que ya no me importa. Le lanzo una piedra a John y fallo. Le lanzo otra y vuelvo a fallar. Le lanzo otra, con mucha más fuerza, y esta da en el blanco. Le alcanza en un lado de la cabeza. Me avergüenza decir que me alegro. Oigo un clic cuando impacta, al menos en parte, con la patilla de las gafas.

—¡Ay! —exclama—. ¡Qué demonios!

—¡John! Ven aquí y ayúdame a subir estos escalones. —¿Por qué estoy haciendo esto? Tardará al menos media hora en llegar hasta aquí. Es que no entiendo por qué tengo que hacerlo sola. Le lanzo otra piedra y le alcanza en la pierna.

—¡Ah! ¡Estate quieta! ¡Deja de golpearme! —Se eleva ligeramente, agarrado al banco de la mesa de pícnic. Yo me apresuro a agarrar más piedras y sigo tirándoselas—. ¿Quieres parar? Me estás haciendo daño.

Yo no digo nada. Sigo tirándole piedras a mi marido. Si se enfada lo suficiente, se olvidará de lo débil que está. Se arrastra de rodillas. Consigo alcanzarle en las costillas con una piedra del tamaño de una nuez. Suelta un grito, se agarra a la parte superior de la mesa y se levanta del todo con un gemido. No pensé que fuéramos a lograrlo así, pero puede valer.

—Mueve tu culo hasta aquí y ayúdame —le digo.

—Vete a la mierda.

—John, por favor. Me he arrastrado hasta aquí solo para poder levantarte.

—Me voy a la cama —me dice frotándose el ojo con un dedo sucio.

—No puedes entrar en la caravana hasta que no me ayudes a levantarme.

Veo que viene hacia mí. Se tambalea un poco, probablemente por llevar tanto tiempo en el suelo. Pero, según se acerca, su paso mejora y vuelve a caminar como siempre. Esta ha sido una mala noche para él. Tenía que despertarle y molestarle lo suficiente para que la adrenalina hiciese su efecto.

Desenchufa el alargador de la toma de corriente de la caravana y el proyector se apaga. Retrocede hacia la puerta. Algo en su mirada cambia cuando se me acerca.

—Estás toda sucia —me dice, pero ya no me mira con rabia, sino con ternura.

—John, ayúdame a levantarme, por favor.

Agarra una de las enormes asas metálicas que instaló hace años a ambos lados de la puerta, se inclina hacia delante y yo estiro el brazo hacia él para que me levante, pero en lugar de eso se inclina más hacia abajo. Se arrodilla a mis pies y empieza a atarme el zapato. Suele costarme atarme los zapatos y con frecuencia lo tiene que hacer él por mí. No es lo que más me preocupa en este momento, pero no voy a detenerle si siente la necesidad.

Me hace un nudo chapucero, pero seguro, en la playera ortopédica.

—Gracias, John —le digo a mi marido.

Me sonríe.

—Joder, cariño, tú haces todo tipo de cosas por mí.

Se inclina hacia delante y me besa en los labios. Siento las grietas, la piel seca, pero es la misma sensación de siempre. Le pongo la mano en la cara. Entonces me agarra del brazo por el codo y me levanta de los escalones.

Estoy de pie. No estamos muertos aún. Me palpitan las piernas, pero están lo suficientemente firmes para mantenerme mientras me giro y agarro el asa del otro lado de la puerta con ambas manos. Pongo un pie en el primer escaloncito, después el otro. Pasados unos segundos, llego al siguiente escalón.

—Espera un segundo —dice John. Empieza a sacudirme la

tierra del trasero.

—Vamos a estar aquí toda la noche si quieres limpiarme todo el culo —le digo, demasiado cansada incluso para reírme.

—Calla —me dice sin dejar de darme palmaditas.

Así que me callo y dejo que me limpie la tierra. Al poco empiezo a sentirme más relajada. Dejan de temblarme las piernas. Mi respiración vuelve a la normalidad. No esperaba que unas palmaditas en el trasero fuesen a calmarme, pero así es. Las caricias de John no han cambiado a lo largo de los años, siguen siendo amables, aunque sus manos se han endurecido, se han vuelto más rígidas y ahora les han salido manchas por la edad, como al resto de nuestro cuerpo. Experimento cierto deseo hacia él, a pesar del malestar, a pesar del miedo, a pesar del cansancio. Me quedo ahí de pie, en los escalones, agarrada al asa con ambas manos. Cierro los ojos.

No nos levantamos hasta la 13.35 de la tarde del día siguiente. Es entonces, al abrir los ojos, cuando me siento como si hubiera peleado diez asaltos contra Rocky Graziano. Tengo lágrimas en los ojos incluso antes de abrirlos. Es el malestar, claro, pero también algo más: la certeza. Y el malestar no hace más que acrecentar eso.

Antes de irnos a dormir, me tomé todos mis medicamentos, incluyendo dos pastillas azules, después le di a John tres analgésicos y un Valium. Cerré la puerta desde dentro. No tuvimos visitas nocturnas al baño, ni molestias, ni episodios con John. El agotamiento supera a cualquier enfermedad. Por el momento, el cuerpo solo piensa en su necesidad más inmediata. Las demás tendrán que esperar, poco acostumbradas a la falta de atención.

No sé si deberíamos seguir viajando hoy o quedarnos aquí. Me imagino a Kevin, siempre cauto, diciéndome: «Mamá, si te sientes cansada o débil, tómatelo con calma. Es entonces cuando ocurren los accidentes. Siempre ocurre todo a la vez». Y tiene razón. Incluso acostumbrada a tus desgracias habituales, logras mantener cierta estabilidad. Operas desde un lugar conocido. Pero, cuando estás más asustada, fatigada

o fastidiada de lo habitual, está destinado a ocurrir algo malo. Los dos últimos días confirman esta teoría: un neumático pinchado, un atraco y una mala caída. La chica de la sal Morton tiene razón. Cuando llueve, bien puede diluviar.

Aun así una parte de mí necesita seguir, avanzar y enfrentarse a nuestro asqueroso destino. Aunque sé que ese destino no es de fiar, con su traje de poliéster a cuadros, su halitosis, su anillo con un circonio cúbico en el meñique. Pronto entraremos en su reino y allí nos dará una palmadita en la espalda con una pezuña carnosa, nos sonreirá con sus dientes de nicotina y nos prometerá que ese es el mejor destino de todos.

La inercia toma la decisión por mí. Vuelvo a quedarme medio inconsciente. En torno a las tres y media John tiene un accidente en la cama. Es la primera vez que ocurre. Noto el calor y abro los ojos. Al menos eso logra sacarnos de la cama. Mi primer impulso es gritarle, pero sé que ha sido un accidente. Además, estoy demasiado cansada para enfadarme. Pero sí que tengo que quitar las sábanas de la cama. Después de ir yo primero al baño.

Cuando salgo, John se ha desnudado y está intentando ponerse unos pantalones limpios encima de los calzoncillos meados. Los calzoncillos están también manchados de otra cosa, pero os ahorraré los detalles.

—John, tienes que cambiarte la ropa interior.

—Cállate —me dice.

No puede subirse los pantalones porque está magullado de la noche anterior.

—Ve al baño a lavarte. Apestas.

—No es verdad. Estoy bien. —Sigue tirando hacia arriba.

Lo de no lavarse lleva tiempo siendo un problema. Ya estoy harta.

—Muy bien. Entonces deja que te ayude —le digo—. Venga, quítatelos.

Deja de pelearse con los pantalones y me mira.

—¿Por qué?

—Porque será más fácil. Lo haremos entre los dos.

John dejar caer al suelo los pantalones y saca los pies. Alcanzo el cajón de los trastos y saco las tijeras que utiliza para recortar la bolsa del pan. Como estoy detrás de él, no me

ve cuando agujereo la cinturilla de sus calzoncillos. Para cuando se da cuenta de lo que estoy haciendo, ya he llegado al dobladillo. Los dejo caer al suelo.

—¡Maldita sea! ¿Qué demonios estás haciendo?

—Enseguida te doy otros. —Me acerco al cajón de la ropa interior todo lo rápido que me permiten las piernas y saco unos calzoncillos limpios. Después agarro una pastilla de jabón y mojo dos paños en agua caliente. Entre tanto, John está intentando ponerse los pantalones sobre su culo desnudo —. Solo un segundo —le digo—. Siéntate. Luego te pondremos los pantalones. —Apoya el culo sobre nuestra mesa con su cosa mirando hacia mí. Froto con el jabón uno de los paños y se lo entrego—. Toma. Lávate.

Gruñe, pero lo hace. No es un gran trabajo, pero algo ayuda. Mientras él se encarga de eso, yo quito las sábanas de la cama. El colchón está cubierto de vinilo, así que solo tengo que pasarle un trapo. Luego agarro el paño, los calzoncillos y los pantalones sucios y las sábanas y lo meto todo en la bolsa de basura para tirarlo. Es hora de empezar a deshacerse de cosas.

John apenas es capaz de subirse los calzoncillos limpios por encima de las rodillas. Yo agarro el otro paño y le limpio la cara y el cuello. Enseguida empieza a disfrutar de su baño francés y me dice lo bien que le sienta. No soporta la idea de bañarse, pero, cuando le limpias, se siente mucho mejor. Le rocío de los pies a la cabeza con desodorante, le pongo unos pantalones limpios y una estridente camisa hawaiana que él mismo elige. Para entonces ya está de mejor humor.

—Me siento de maravilla.

—Me alegro mucho —le digo mientras me siento en uno de los bancos que hay junto a la mesa—. Porque yo estoy agotada.

—Vámonos —me dice.

Miro como recorta la bolsa del pan con las tijeras que acabo de utilizar para cortarle los calzoncillos. Estoy demasiado cansada para impedírselo.

—Deja que me asee un poco y después lo hablamos.

Una hora y media más tarde, tras contar mis cardenales, lavarme las heridas, asearme, hacer mis abluciones y perder el equilibrio varias veces (la ventaja de tener un cuarto de

baño diminuto es que no podrías caerte ni aunque quisieras porque no hay suficiente espacio), también yo estoy lista. El problema es que no sé para qué estoy lista. Para cuando nos tomamos la medicación (más una pastillita azul para mí) con un pequeño cuenco de avena, frutos secos, pan tostado y té, son ya las cinco y siete de la tarde.

—Venga, vamos —me dice John mientras busca sus llaves.

Miro a través de la puerta de atrás y veo las marcas en la tierra donde estuvimos revolcándonos la noche anterior.

—Sí —le digo—. Larguémonos de aquí.

Adiós al mal campo.

—¿Qué día es? —me pregunta John tras varios kilómetros de silencio y carretera desierta.

—Por el amor de Dios —le digo, molesta. En casa no para de preguntarme qué día es y me pone de los nervios. Los chicos le compran calendarios por su cumpleaños, para que deje de preguntarles cuándo van a venir, pero los calendarios no le ayudan. ¿Cómo vas a saber qué día es si no sabes en qué mes estás? O en qué año.

—Es… es… —Mientras tartamudeo, me doy cuenta de que yo tampoco tengo ni idea de en qué día estamos—. Es domingo —respondo, porque siento como si fuera domingo.

—Ah —dice John satisfecho.

—John, de momento, ¿por qué no vemos si podemos llegar hasta la divisoria continental?

—Sí, claro.

Le da igual. Creo que disfruta conduciendo. De hecho yo también. Todavía quedan unas horas de luz. Veremos dónde acabamos.

—Vamos a dar un paseo de domingo, John. ¿Qué te parece?

Él asiente.

Llegamos a la divisoria continental en nada de tiempo. Toda mi vida he oído hablar de ella, pero en realidad no sabía lo que era. En pocas palabras, es el punto más alto de la Ruta 66 y el punto de la división hidrológica del país. Al este de

esta línea, los ríos desembocan en el Atlántico y al oeste desembocan en el Pacífico. Se lo leo a John, que murmura como si ya lo supiera y se le hubiera olvidado cinco o seis veces.

El sol brilla y nos da en los ojos. Saco mis enormes gafas de sol, aunque no creo que quede mucho hasta la puesta de sol. Supongo que lo más sensato sería parar ya, pero no creo que ninguno de los dos quiera hacerlo, sobre todo después de haber avanzado tan poco.

Guardo la guía en el bolsillo de tela de la puerta.

—Bueno, John, ahora veamos si podemos llegar hasta Gallup.

—De acuerdo.

Deberíamos parar a pasar la noche, pero no quiero. Después de los sucesos de ayer, supongo que podemos hacer lo que nos dé la gana. Cualquier cosa es posible. Ahora mismo solo quiero ver cómo los acantilados de arenisca cambian de color y se intensifican con la puesta de sol. La inmensidad de las mesetas y la quietud de todas esas piedras me calman, me hacen sentir parte de la tierra. La luz cambiante revela el carácter de las rocas, muestra que cada centímetro está marcado por el paso del tiempo. Me miro el brazo, paso los dedos por los miles de pliegues que cubren mi piel como líneas infinitas de caligrafía borrosa. Hay algo escrito en ambos lados, pero yo no puedo leerlo.

Por el camino vemos varias tiendas, algunas todavía abiertas, incluso a esa hora del día, pero casi todas hace tiempo que han cerrado. Veo una vieja gasolinera de los Hermanos Whiting con el cartel tirado en el suelo. Las ventanas están reventadas y hay un inmenso arbusto que crece donde antes estuvieron los surtidores. Los hermanos Whiting tenían docenas de gasolineras por el oeste hace décadas, pero ahora ya no están o tienen este aspecto.

Bajo la ventanilla, disfruto de la caricia del aire a medida que se enfría y alivia el calor sofocante del día. Siempre me ha encantado sentir el viento en la cara, pero me gusta más aún el sonido que hace al pasar por mis oídos, bloqueando todo lo demás.

A mi lado, John parece satisfecho y le desorienta el movimiento del sol. Está concentrado en la carretera, a veces

mira el espejo retrovisor, y no dice nada hasta después de dar un trago a una Pepsi sin gas que encuentra en su posavasos.

—Hoy sí que me duele todo —dice, olvidada ya nuestra noche en el suelo.

—Sí, a mí también —respondo—. Debe de ser el tiempo.

Casi ha oscurecido cuando llegamos a Gallup, pero apenas se nota con todos esos neones. Durante dos o tres kilómetros, con todos los moteles y carteles luminosos, parece que estuviésemos en Las Vegas, cuando fuimos en los sesenta, antes de que los casinos estuvieran apiñados, cuando todavía quedaba espacio entre ellos y daba cierta sensación de desierto. Ahora las luces de neón brillan con intensidad en la noche azul cobalto:

POSADA BLUE SPRUCE
Posada Lariat
POSADA ARROWHEAD
cocina ranchera
MOTEL El Rancho

El último es un precioso hotel antiguo donde se alojaron grandes estrellas de cine, desde Humphrey Bogart hasta la Hepburn y Tracy. Errol Flynn entró con su caballo en el bar. He oído que es un sitio bastante elegante, pero esta noche no pararemos ahí.

Al poco rato Gallup se convierte en una ciudad. Según avanzamos por la carretera, pasamos un bonito cine antiguo llamado El Morro. La marquesina no está iluminada esta noche.

—¿Cómo llevas los ojos, John?

—Bien.

Justo en ese momento aparece junto a nosotros un pequeño coche japonés. Es amarillo chillón, con tubos de escape que hacen mucho ruido y un enorme alerón en la parte de atrás. Miro al conductor para ver quién está armando tanto jaleo. Me sorprende ver a una adolescente al volante. Pasados unos segundos, acelera y nos adelanta. En la ventana de atrás lleva una pegatina:

«Buena chica», pienso yo.

NUEVE

ARIZONA

Esta es una noche de malas decisiones.

Hacía muchos, muchos años que no conducíamos de noche. Y que elijamos hacerlo en un tramo desértico desde luego es una idea absurda. Los chicos se asustarían muchísimo si supieran que estamos haciendo esto. Es justo la clase de cosa sobre la que tendrían pesadillas. Pero el hecho es que a mí me da igual y John no tiene ni idea. Para él no es más que otra larga autopista que tiene por delante.

Cuando éramos más jóvenes, era frecuente que, en nuestras ansias por regresar a casa después de las vacaciones, condujéramos durante veinte, veinticuatro o incluso treinta horas seguidas. Era una especie de castigo, un trance al que debías entregarte. Ajeno al cansancio, no pensabas en otra cosa más allá de la carretera, más allá del alcance de los faros.

En las noches en que sucumbíamos a esa locura, los kilómetros iban pasando con un ritmo frenético. Parecía que nos deteníamos a echar gasolina cada media hora y dábamos la bienvenida a un nuevo estado cada hora. Teníamos los sentidos agudizados hasta el punto de oír cada unión en el asfalto, cada clic en el cuentakilómetros.

John bebía tanto café que el estómago le hacía ruidos. Fumaba sin parar cigarrillos Galaxy y les gritaba a los chicos. Aun así seguía conduciendo, bebiendo café de gasolinera, tomando antiácidos con cada taza. Por aburrimiento yo repartía lo que quedara en nuestra nevera; fiambre, refrescos calientes, fruta de los puestos pegados a la carretera, comida que empezaba a ponerse marrón y verde. Cada veinte horas o más, nuestro coche adquiría el olor de una cocina, de un dormitorio y de un cuarto de baño al mismo tiempo. Los ojos de toda la familia se acostumbraban a la oscuridad. A través

del cristal emborronado con aliento rancio, las gasolineras brillaban en la noche vacía, los carteles de neón de los moteles destellaban con sus colores rojos y naranjas, el reflejo de nuestros faros en los carteles de la autopista nos deslumbraba al pasar por delante.

Lo único que podía impulsarnos a realizar tamaño sacrificio era el deseo de volver a casa. Llegaba un momento después de doce o trece días de viaje en que lo único que deseabas era llegar a tu casa. Viajar era maravilloso, era glorioso. «¡Ver Estados Unidos desde el Chevrolet!», como dice la canción. Pero lo que más deseabas entonces era dormir en tu cama, comer en tu cocina y sentarte en tu taza del váter. Querías dejar de ver el mundo. Querías ver tu mundo. Así que conducíamos.

Los viajes nocturnos nunca se planeaban. Nunca pretendíamos recorrer una distancia tan larga. Teníamos uno de nuestros días buenos, en los que avanzábamos casi mil kilómetros, y entonces nos poníamos quisquillosos, no encontrábamos ningún *camping* decente en las guías ni en los carteles de la carretera. No queríamos alojarnos en un motel. Ya habíamos gastado suficiente dinero durante dos semanas de vacaciones. (Estábamos acercándonos a casa y nos dábamos cuenta de que pronto tendríamos que pagar todos esos cargos de la tarjeta de crédito). Decíamos: «Vamos a avanzar solo un poquito más. A ver cuánto más podemos hacer antes de tener que parar».

Así que conducíamos. Un poquito más. Un poquito más. Llegaba el crepúsculo, el sol se disolvía a nuestro paso y convertía la ventana de atrás en una televisión en color. Caía la noche, nos envolvía como una manta de estrellas. Era un alivio para nuestros ojos después de la belleza cambiante y cruel de la puesta de sol. Pasado un rato, los chicos incluso dejaban de quejarse y se calmaban. Estaban tan ansiosos como nosotros por volver a casa. Entonces, sin ni siquiera intentarlo, nos daban las once de la noche, demasiado tarde para parar en algún sitio. Para entonces ya sabíamos lo que estábamos haciendo. Demasiado tarde para dar marcha atrás. Conducir, conducir. Nos dirigíamos hacia algo, hacia un lugar en el que deseábamos y necesitábamos estar.

Esta noche John y yo estamos justo en medio de la nación Navajo. Una brisa arenosa golpea la ventanilla medio bajada. A lo largo de la autopista veo las siluetas de los cactus, el brillo de las rocas erosionadas y las piedras dinamitadas, tiendas de carretera vacías con carteles que anuncian *¡JOYAS INDIAS A PRECIOS INCREÍBLES!* Me da miedo estar aquí en la oscuridad, pero ya no es un miedo que pueda tomarme en serio. Todo empieza a parecerse a una de las atracciones de Disneylandia. Claro, quizá esto tenga algo que ver con la cantidad de pastillas para el malestar que me estoy tomando. Es la única manera en que puedo seguir avanzando. Supongo que ha sucedido: soy oficialmente una drogadicta. La verdad, pensé que sería más divertido. Sigo sin entender por qué a los jóvenes les gusta tanto drogarse.

Vigilo a John con atención mientras conduce. Me recuerda al John de hace cuarenta años (sin un cigarrillo entre los dedos), con los ojos clavados en la carretera, muy alerta, sin ni siquiera bostezar. No veo rastros de la «hipnosis de autopista» sobre la que nos advertían a los viajeros. («¡Comed chicle! ¡Abrid las ventanillas! ¡Cantad canciones de la radio!»). Ambos estamos demasiado despiertos, y al menos yo estoy demasiado consciente.

Esta noche John y yo nos quedamos en la interestatal. Nada de excursiones por carreteras secundarias en busca del hormigón rosa de la 66 original. Por la noche es más probable que nos perdamos. De este modo lo único que tenemos que hacer es mantenernos en la I-40 y seguir avanzando todo lo posible. Sí, es una pena que estemos atravesando el Desierto Pintado en la oscuridad, pero esta noche es especial. Tenemos que llegar pronto a nuestro destino. Lo noto.

—Voy a poner algo de música, John —le digo mientras rebusco en nuestra vieja caja de cintas de ocho pistas. Antes teníamos muchas más, pero nuestro estéreo ha ido devorándolas a lo largo de los años. Encuentro una llamada *Provocative Percussion*, de Enoch Light & The Light Brigade, y la pongo en el reproductor. Suena *Blues in the Night* a todo volumen y nos da un susto a los dos. John debió de subir el volumen por accidente cuando estaba apagado. Lo bajo y suena bien durante unos segundos, pero entonces la música

comienza a desafinar. Los instrumentos de viento suenan débiles y las notas de la guitarra están fuera de tono, pero no me importa. Necesito sonido. No quiero estar a solas con mis pensamientos. Ya no me gustan mis pensamientos. No son de fiar.

Tengo la boca muy seca. Doy un sorbo a una de las botellas de agua de emergencia. Miro a John y me devuelve una mirada vacía, pero también de cariño. Silba al ritmo de la música y golpea el volante con las manos.

—Hola, jovencita —me dice con una sonrisa.

Bajo el volumen de *Fascinating Rhythm*, que suena tan animada y alegre que casi es insoportable, incluso con la distorsión que hace que se reproduzca más despacio.

—¿Sabes quién soy, John?

—Claro —responde, sin dejar de sonreír, fingiendo.

—¿Quién soy?

—¿Es que tú no sabes quién eres?

Ya ha intentado hacer esto antes.

—Claro que lo sé —le digo—. Pero quiero saber si tú lo sabes.

—Lo sé.

—Entonces, ¿quién soy?

—Eres mi amante.

—Eso es. —Le pongo la mano en la rodilla—. ¿Y cómo me llamo?

Vuelve a sonreír. Mueve los labios, pero no dice nada. Empieza a oírse *'S Wonderful*, que suena como si estuviesen tocándola con una tuba.

—¿Cómo? —insisto.

—¿Lillian?

Aparto la mano. Hijo de perra. ¿Lillian?

—¿Quién diablos es Lillian?

No dice nada. Sé que está confuso, pero en realidad no me importa.

—Ya me has oído. ¿Quién es Lillian?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —Le doy un manotazo en el brazo—. Acabas de decir que Lillian era tu amante.

—No lo sé.

No sé qué significa esto, pero me dan ganas de

estrangularlo. Antes, cuando le preguntaba a John si alguna vez me abandonaría, siempre decía que no estaría aquí si no fuera fiel. Ahora ya tengo mis dudas.

—¿Quién es Lillian? —repito.

—Estoy casado con Lillian.

—No es verdad. Estás casado conmigo. Yo soy Ella.

—Pensaba que te llamabas Lillian.

—Llevamos casados casi sesenta años. ¿No te acuerdas de mi puñetero nombre?

—Pensaba que…

—Mira, cállate —le digo, apago la música y saco el casete. La cinta se sale de la carcasa al hacerlo.

John suspira, se recuesta en su asiento y se enfurruña. Yo hago lo mismo.

Los kilómetros pasan en silencio. La luna se eleva, está casi llena y me permite adivinar las siluetas del Desierto Pintado: colinas plateadas, llanuras escarpadas y matojos rodadores. Es un alivio salirse de la autopista en Holbrook para repostar. Recuerdo que aquí hay algo que ver, pero no me apetece buscarlo en las guías. Entonces, nada más atravesar los límites del pueblo, frente a una tienda de carretera, veo un grupo de criaturas prehistóricas gigantescas: brontosaurios, estegosaurios y demás, de todos los tamaños y colores, colocados a lo largo de la carretera, entre trozos dispersos de madera petrificada.

—Mira eso —le digo a John, aunque sigo enfadada con él.

—Ahí está Dino —dice alegremente.

Es cierto que el más alto de todos se parece al viejo dinosaurio de Sinclair. Imponente por encima de los demás, con el cuello estirado, el inmenso reptil de piedra nos mira con curiosidad desde un lado de la carretera. Reconoce a los de su especie cuando los ve.

Doblamos una esquina de este pueblo desierto y pasamos por Main Street. Es entonces cuando recuerdo lo que hay en Holbrook, y no son los dinosaurios. Al poco rato veo el neón verde sobre el horizonte del desierto.

MOTEL WIGWAM

¿No has dormido aún en un tipi?

Detrás del cartel y de la oficina de recepción hay un semicírculo de tipis blancos y brillantes, decorados con un dibujo carmesí en zigzag y con un foco encendido en lo alto.

—John, ¿recuerdas que nos alojamos aquí en nuestro primer viaje a Disneylandia?

—Nunca nos hemos alojado aquí —responde John.

—Sí. Dentro no había mucho espacio, pero era acogedor. A los chicos les encantó.

Se me pasa por la cabeza la idea de parar aquí, descansar y volver a dormir en uno de esos tipis de hormigón, como en los viejos tiempos, pero estamos avanzando tanto por Arizona, vamos tan bien de tiempo, que no quiero parar. Además, recuerdo las diapositivas de dentro del tipi, los diminutos muebles de madera, el apretadísimo cuarto de baño. Era todo pequeño. Lo mismo nos daría dormir en la caravana.

Al final de la calle paramos a echar gasolina, utilizamos la tarjeta de crédito, vamos al servicio. No hablamos con nadie.

Avanzamos veinte kilómetros más en la oscuridad. Durante un breve tramo de la 66, pasamos por un lugar que tiene una liebre gigante plantada como centinela en el aparcamiento. Me pone nerviosa. Los dinosaurios tenían pinta de ser más simpáticos.

De nuevo en la I-40 cerca de Winslow, un correcaminos se nos cruza por delante. Recuerdo a estos pajaritos de viajes anteriores. La verdad, recordaba que eran más rápidos que este. John ni siquiera lo ha visto cuando se ha cruzado por delante de los faros. Yo lo he visto solo un momento. Al atropellarlo, solo se ha oído un leve ruidito, un pequeño golpe, como si hubiéramos atropellado un cartón de leche.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta John.

—Creo que hemos atropellado a un pájaro —respondo con la voz quebrada—. Un correcaminos.

—¿Un qué?

—Un correcaminos. Ya sabes, lo que perseguía el coyote. —Me siento mal por la pobre criatura. Ha ocurrido todo tan

deprisa que no he podido decir ni pío. Me parece un mal presagio. De pronto me siento como uno de esos marineros que debían colgarse un albatros al cuello después de matarlo. Intento pensar en otra cosa.

La parte frenética de mi malestar ya ha desaparecido y me siento menos ansiosa por llegar a Disneylandia. Reviso las guías y descubro que nos quedan otros novecientos sesenta kilómetros hasta el final de la carretera y después otros ochenta hasta Anaheim. He sido idiota al pensar que podríamos llegar esta noche.

Son casi las diez y media. John no para de bostezar y de frotarse la cara.

—John, ¿quieres una Pepsi? —le pregunto—. Creo que tenemos una en alguna parte.

—No tengo sed —responde negando con la cabeza.

John podría pasarse el día bebiendo té, café y refrescos, pero aquí, en mitad del desierto, no tiene sed.

—John, ¿quieres parar a dormir?

No dice nada.

—¿Quieres conducir un poco más?

—Sí.

—¿Por qué no nos vamos hacia Flagstaff y buscamos algo de comer? —sugiero, sin saber si habrá algo abierto a estas horas, pero lo intentaremos.

Llegamos a Wendy's cuando está a punto de cerrar. La voz de la mujer de la ventanilla es la primera que hemos oído en toda la noche además de las nuestras. Nos quedamos sentados en el aparcamiento y contemplamos el cielo y las montañas, que se vuelven más brillantes cuando apagan los carteles y, segundos más tarde, las luces del comedor. La luna y una farola cercana nos proporcionan luz suficiente para vernos el uno al otro dentro de la caravana.

John come su hamburguesa con fruición. Yo succiono de la pajita de mi granizado, pero no sucede nada. A través del parabrisas, esta noche el mundo me parece un lugar extraño. Hacía muchos años que no viajábamos a estas horas de la noche, y mucho menos por una zona desconocida. Estas son las cosas que te asustan cuando te haces mayor. Comprendes

la noche demasiado bien, con todos sus significados implícitos. Tratas de esquivarla, de impedir que entre en tu casa. Tu cuerpo cansado y marchito te dice que te quedes despierta hasta tarde, que duermas menos, que dejes las luces encendidas, que no entres al dormitorio; si tienes que dormir, hazlo en tu silla, sentada a la mesa. Se trata siempre de esquivar la noche. Por eso, supongo que debería asustarme estar aquí en la oscuridad, pero creo que por fin lo he superado.

John se aclara la garganta cuando se termina su hamburguesa con queso. Se limpia el kétchup del dedo con la lengua y después mira mi hamburguesa, que está sobre la guantera y de la que apenas he comido dos bocados.

—Adelante —le digo.

Agarra la hamburguesa y empieza a comer. Yo le quito la tapa a mi granizado y lo ataco con una cuchara de plástico. El hielo alivia mi garganta reseca y me calma el estómago.

De vez en cuando pasa un coche a lo lejos.

John deja de masticar. Baja la hamburguesa, se limpia los labios con una servilleta y me pone la mano en el muslo.

—Hola, mi amor —me dice, olvidado ya lo sucedido antes.

Sabe quién soy. Sabe que soy la persona a la que ama, a la que siempre ha amado. Ninguna enfermedad, ninguna persona puede borrar eso.

El vestíbulo del Radisson de Flagstaff es precioso. Me pregunto si lo habrán reformado hace poco cuando me acerco al mostrador de recepción. Esta noche me he decantado por mi andador con ruedas. Tiene frenos de mano, una cesta para el bolso y un asiento por si me canso, y todo pintado de un «rojo manzana de caramelo» (como lo llama Kevin) muy chillón. Hemos llegado al punto en que necesito más apoyo para no perder el equilibrio. No podemos permitirnos más caídas.

—¿Qué tipo de habitaciones tienen? ¿Algo agradable? —le pregunto al recepcionista. No es típico de mí. Yo soy más de preguntar: «¿Cuál es la habitación más barata que tienen?».

El recepcionista, un mexicano con mucha frente y perilla, levanta la mirada de su libro y me observa con pesar. Según

la chapa de su camisa, se llama Jaime.

—Tengo una doble estándar para no fumadores y una *suite*, también para no fumadores —responde. El acento otorga a sus palabras una rotundidad que me resulta agradable.

—Nos quedaremos con la *suite* —digo yo, cansada ya de escatimar.

—Son ciento veinticinco la noche, más impuestos.

—Jesús, no quiero comprar el hotel, solo quiero dormir aquí.

Jaime se encoge de hombros.

—Lo siento. —Le paso nuestra Visa. Decido que en los próximos días vamos a utilizar mucho la tarjeta. Aunque voy a tener que acostumbrarme a ser una derrochadora. Jamás había pagado tanto por una habitación de hotel.

Mientras pasa la tarjeta por la máquina, se hace un silencio incómodo.

—Disculpe —le digo—. ¿Cómo se pronuncia su nombre?

Él me mira desconcertado durante unos segundos, entonces dice:

—Hai-meh.

—Ah, ¿como la pronunciación judía?

—No exactamente, señora.

—Bueno, me alegro de no haberle llamado Jamie.

—Yo también —responde él con cierta perplejidad.

Dejamos la caravana en el hueco para minusválidos. Jaime saca nuestras bolsas (preparadas especialmente para cuando nos alojamos en hoteles) y nos lleva a nuestra habitación. Me siento satisfecha. Está decorada en tonos dorados y beis, todo con aspecto nuevo. Hay un salón y un dormitorio, e intento no pensar en todo el espacio que no necesitamos. Intento no fustigarme a mí misma por mi derroche. Me digo que no importa, tengo que dejar de preocuparme y vivir un poco.

—Ahí está el minibar —dice Jaime mientras recorre la habitación señalando cosas—. También tienen un reproductor de DVD y un equipo de música. Aquí está la zona de la cocina. Tienen cafetera y una cesta con aperitivos. Los precios aparecen en esa hoja.

—Qué habitación tan bonita —dice John—. ¿Podemos permitírnosla?

Me vuelvo hacia él.

—Calla, John. Claro que podemos. —Sonrío a Jaime y después busco en el bolso una propina.

Él levanta la mano como diciendo que no es necesario.

—Disfruten de su estancia —dice antes de salir.

Me acerco con el andador hasta el equipo de música, lo enciendo y busco una emisora que no me dé dolor de cabeza. Todavía necesito ruido para alejar los pensamientos. Encuentro una de esas emisoras con música de saxofón y la dejo puesta. Entonces me dirijo hacia el mueble bar.

—Vamos a tomarnos un cóctel, John. Nos ayudará a dormir.

—De acuerdo.

En el mueble bar hay botellitas de *whisky*, pero no tienen vermú dulce, así que tenemos que improvisar. Tras servirnos las copas, me saco del bolso un paquetito de sacarina y espolvoreo la mitad en cada vaso, después lo remuevo con el dedo. Algún alma caritativa ha llenado la pequeña hielera, así que estamos servidos. No miro la lista de precios ni una sola vez. Quizá ser una manirrota resulte más fácil de lo que pensaba.

John y yo nos sentamos a la mesa del salón para disfrutar del cóctel. Él mira a su alrededor y suelta un silbido.

—Vaya, ¿qué sitio es este?

—Es nuestra bonita habitación de hotel. Es elegante, ¿verdad?

—Desde luego —responde antes de levantar el vaso para brindar—. Esto es vida.

—Lo que queda de ella —digo yo levantando también mi vaso.

Dos *manhattans* más tarde, John está en la cama en la otra habitación, vestido y roncando como un oso. Espero que no tenga otro accidente. Yo estoy aquí sentada, pensando en poner la tele, pero no tengo energías para hacerlo. La cabeza me da vueltas, quizá tenga una bajada de azúcar, pero lo más probable es que sean el alcohol y las pastillas. Al fin entiendo lo que es «no sentir dolor». No está mal. Es lo que hacemos los drogadictos.

Me despierto con mi marido por segunda mañana

consecutiva. En vez de dormir en la silla, como haría normalmente, en el último momento me fui al dormitorio para dormir con John. No veo, ni huelo, ni noto que haya tenido accidentes con la vejiga. Cuando abro los ojos tras unas pocas horas furtivas de lo que podría denominarse sueño, aunque en realidad haya sido como hacer *zapping* por mil canales de televisión diferentes y todos ellos dedicados a momentos de mi vida, me siento recompensada.

—Buenos días, Ella —me dice John con la mirada despejada.

—Hola, John.

—¿Has dormido bien? —Agarra sus gafas de la mesilla de noche y se las pone.

—En realidad no. ¿Y tú?

—Yo he dormido como un tronco. Me siento de maravilla.

—Me alegro.

Mira a su alrededor con los ojos muy abiertos.

—Vaya, este sitio está perfecto. ¿Has limpiado?

Me sorprende. Por una vez en la mente de John, nuestra casa no es un *camping* para caravanas ni un mugriento motel de carretera. Por fin nuestra casa es un hotel de cuatro estrellas. Eso es lo que quería oír.

—Sí, he limpiado —respondo tocándole la mejilla—. John, ¿recuerdas cuando fuimos al lago George en Nueva York?

—¿Vinieron los chicos?

—Esa vez no. Por entonces Cindy estaba casada y Kevin era lo suficientemente mayor para quedarse solo en casa. Nos fuimos tú y yo solos.

John sonríe.

—Recuerdo una cosa del lago George. Teníamos un *jacuzzi* en la habitación y nos bañamos desnudos.

Yo también sonrío.

—Ambos teníamos mejor cuerpo que ahora.

John me mira a los ojos. El viejo John me mira a los ojos, ladea la cabeza y me besa. Me besa como hacía tiempo que no me besaba. Nos besamos como se besan un hombre y una mujer, no como dos viejos que se llaman entre ellos mamá y papá. Pero, cuando me besa, su boca tiene una acidez que me revuelve el estómago y percibo el ardor del alcohol de anoche, junto con todas las medicinas, mezclado con los

trozos de hamburguesa. Noto la acidez que sube por la garganta. No es mucha, pero quema como el infierno. Me aparto de John justo a tiempo de vomitar en el suelo junto a la cama.

—Ella, ¿qué sucede? —pregunta John.

Tengo que esperar antes de volverme hacia él, solo para asegurarme de que no me salga otro géiser. Ahora estoy jadeando, pero intento no hacer mucho ruido para no asustarle. No se me da muy bien.

—¡Ella! —Se levanta para ir al baño—. Voy a traerte un vaso de agua. —Tras tomar aliento, giro la cabeza para ver dónde va. Encuentra el cuarto de baño sin problemas. Supongo que, si piensas que un lugar es tu casa, lo más probable es que sepas intuitivamente dónde está el baño. Regresa con un vaso de agua.

—Bébete esto. A ver si te encuentras mejor.

—¿Está fría?

—Tibia. Está bien. Bébetela.

Me bebo el agua tibia. Al principio creo que voy a vomitarla, pero no. Se me pasan las náuseas.

—¿Te encuentras mejor?

Yo asiento. Me gusta que se preocupe tanto por mí. Hacía mucho tiempo que no me cuidaba él a mí.

—¿Qué crees que te ha hecho vomitar?

—La cena de anoche —respondo—. Creo que me cayó mal al estómago.

No se acuerda de anoche ni de lo que cenamos ni de nada. Se tumba de nuevo junto a mí y nos quedamos callados unos minutos.

Todavía un poco revuelta, me levanto, lleno la hielera de agua caliente, saco el pequeño espray limpiador que llevo en la bolsa de viaje, agarro las toallas que nos quedan e intento limpiar el desastre que he armado.

Aunque bien podría haberme quedado un día más en ese precioso hotel, sabía que debíamos continuar. Llamé a recepción para que nos ayudaran con las bolsas. El *check-out* era a las once, pero utilicé mi encanto de anciana («Oh, lo siento mucho. Se nos había olvidado. Pasa eso cuando se llega

a nuestra edad») y salimos de allí sin tener que pagar una noche más. Estuve tentada de decirles que emplearan algún producto para la alfombra de al lado de la cama, pero decidí que sería mejor marcharnos cuanto antes.

Volvemos a incorporarnos a la 66 en el «Distrito histórico ferroviario» de Flagstaff. Al poco rato se convierte en la vía de servicio de la autopista. Anoche estaba desesperada por llegar a Disneylandia, pensando que debíamos quedarnos en la carretera rápida todo el viaje, pero hoy he decidido que todo saldrá bien. Me encuentro mejor después de haber dormido un poco. Pero me temo que no visitaremos el Gran Cañón.

De modo que, en vez girar a la derecha en la autopista 64, que nos llevaría al cañón, giramos a la izquierda para atravesar el pueblo de Williams, por los viejos tiempos. En la actualidad está un poco descuidado, pero me alegra comprobar que el restaurante Rod's Steak House sigue allí. Una vez, de camino al cañón, paramos ahí a comer un filete. Siguen teniendo en la entrada la estatua de un cabestro marrón y blanco. Es la marca de la casa. Hasta las cartas tienen forma de vaca. Mentalmente añado este a la lista de gigantes que hemos ido encontrando por la carretera.

A unos treinta kilómetros, pasamos por un pequeño pueblo llamado Ash Fork, y allí veo un restaurante llamado… ¡tachán!… Diner de la Ruta 66. También vemos un salón de belleza llamado Desoto's con un viejo coche morado y blanco en el tejado. No tengo ni idea de qué hace allí. Casi todo lo que vemos son parcelas quemadas por el sol llenas de bloques de piedra. Piedras de todas las texturas, grises, plateadas, blanqueadas, ásperas, cinceladas. Están apiladas en plataformas, en el suelo, y sus siluetas parecen el perfil de una docena de ciudades pegadas unas a otras. En una de mis guías pone que Ash Fork ostenta el dudoso título de «Capital mundial de las baldosas». En una de las parcelas solo hay losas gigantes. Dos bloques en particular reflejan el brillo del sol, es casi como si lo absorbieran. El resplandor es demasiado intenso para mis ojos, incluso con las gafas de sol. Tengo que apartar la mirada.

John no dice nada y yo se lo agradezco. Agarro el teléfono

móvil y marco el número de Kevin. A esta hora debería estar llegando a casa después del trabajo.

—¿Diga?

—Kevin, soy tu madre.

—Mamá. Gracias a Dios. ¿Estás bien?

Parece preocupado. Me siento un poco culpable por hacerle sufrir así, pero no hay otra opción.

—Estamos bien, cielo —le digo con voz extremadamente alegre—. Todo va genial.

Dios, soy una mentirosa empedernida.

Kevin va subiendo la voz mientras habla.

—Mamá, el doctor Tomaszewski cree que deberías volver a casa de inmediato.

—¿Ah, sí? —pregunto—. Bueno, pues dile al doctor Tom que se meta en sus asuntos.

—Mamá, por favor —dice Kevin con insistencia—. No puedes seguir haciendo esto.

—Kevin, estoy harta de hacer lo que todo el mundo cree que debería hacer.

Kevin toma aliento.

—El doctor Tom dice que, si no vuelves, no vas a durar…

—Maldita sea, Kevin, déjalo ya. —Estoy gritándole al teléfono. No he llamado para enfadarme. Tomo aliento yo también para intentar calmarme—. Cariño, estas vacaciones han sido una buena idea, de verdad. Lo estamos pasando muy bien.

—No. Vais a volver a casa. Hablo en serio.

Me sorprende esta actitud en Kevin. Normalmente no es así, y menos conmigo.

—No, Kevin. Y no me gusta tu tono.

—Me da igual. Hemos hablado con la policía del estado.

No estoy nada contenta con mi hijo ahora mismo.

—Kevin Charles Robina, ¿por qué haces una cosa así?

—No sabíamos qué otra cosa hacer, mamá. Por eso.

No puedo verle, pero sé que tiene esa mirada de enfado que se le pone cuando me desafía.

—Bueno, pues no pueden hacer nada —le digo alegremente —. No hemos infringido ninguna ley. Tu padre tiene el carné de conducir en regla.

Kevin no dice nada. Es probable que la policía le haya

dicho lo mismo. Ser viejo no va contra la ley. Al menos de momento.

—Mamá, hemos visto el extracto de vuestra tarjeta de crédito. Sé más o menos dónde estáis. Voy a ir a buscaros.

—No te atrevas, Kevin. Lo digo en serio. —Digo esto con toda la autoridad materna que puedo—. Ahora quiero que dejes de preocuparte. Los dos estamos bien.

—No te creo.

Noto que se le empieza a quebrar la voz. Está intentando ser fuerte. John siempre le decía que no llorase, que no fuese un bebé, pero no podía evitarlo. Yo le decía: «Deja de gritarle, John. No puede evitarlo. Es un niño sensible».

—Cariño, da igual que me creas o no.

—Si volvéis, mamá, quizá te pongas mejor. —Le noto la voz temblorosa, una voz que me resulta demasiado familiar.

—Cielo —insisto, un poco cansada ya—, estás diciendo tonterías.

Oigo interferencias y creo por un momento que se va a cortar, pero luego la voz regresa.

John se vuelve hacia mí.

—¿Con quién hablas?

—Con Kevin, nuestro hijo.

—¡Hola, Kevin! —grita John, alegre de pronto. Le acerco el teléfono a la oreja—. ¿Qué tal, grandullón? —Escucha durante unos segundos y luego sonríe—. Oh, estamos bien. Habla con mamá.

—Tenemos que colgar, Kevin —le digo cuando recupero el teléfono—. Dile a tu hermana que hemos llamado.

Se hace el silencio. Oigo que mi hijo se suena la nariz.

—¿Lo harás? —le pregunto.

Otra pausa.

—Sí, mamá.

Dice algo más, pero no lo entiendo. Su voz suena lejana.

—Os quiero a los dos —le digo—. Recuérdalo.

—¿Mamá? No te oigo.

—¿Kevin? ¿Kevin? ¿Estás ahí? —Me alejo el teléfono de la oreja e intento encontrar el botón del volumen. Cuando miro la pantalla, pone:

SIN SEÑAL

No me ha venido bien todo esto.

Pienso en algo que ocurrió cuando Kevin fue a casa hace unos años a instalarnos la contraventana en la puerta de la entrada. Se cortó accidentalmente con la bisagra de la puerta. No estaba oxidada, gracias a Dios, pero sí afilada. Entró en la cocina con la sangre goteando del dedo. En cuanto vi lo que había ocurrido, me levanté de un salto y fui a por una tirita. Le puse un poco de antiséptico y después la tirita. Luego le apreté el dedo y, sin pensarlo, le di un besito. «Así se te curará», le dije. Entonces levanté la mirada y vi a un hombre de cuarenta y cuatro años. Hacía décadas que no sucedía algo así entre nosotros y, sin embargo, resultó de lo más familiar.

Esas son las cosas que me dejan sin respiración cuando las recuerdo. Justo cuando empiezo a pensar que acepto lo que está ocurriendo, hay algo que lo revuelve todo y me deja destrozada.

Ambos nos quedamos callados durante un tiempo después de la llamada. Yo intento pensar en otra cosa.

—John, hay un sitio en Seligman donde preparan bien el pollo. ¿Qué te parece?

—No.

Yo suspiro.

—También tienen hamburguesas.

—Ahora sí que me has convencido.

Santo Dios. No sé ni por qué me molesto. He comido tantas hamburguesas en este viaje que estoy a punto de empezar a mugir.

Cuando llegamos a Seligman, parece otro pueblecito deprimente, pero entonces llegamos al restaurante Delgadillo's Snow Cap. Leo en la guía que es un lugar diferente, pero no estoy preparada para algo así.

—¿Qué clase de lugar extravagante es este? —pregunta John.

—Se supone que es divertido —respondo, pero tiene razón, es un poco extravagante. Pintado de rojo, naranja, azul y amarillo, este lugar está plagado de muebles desparejados, viejos surtidores de gasolina, pancartas e incluso tiene una

letrina. Hay un viejo coche aparcado frente a la puerta, decorado con bocinas, banderas, flores de plástico y luces parpadeantes. Hay carteles por todas partes.

POLLO MUERTO
HAMBURGUESAS DE QUESO CON QUESO
COMA AQUÍ Y ECHE GASOLINA
¡FELIZ NAVIDAD!
LO SENTIMOS, ESTÁ ABIERTO

Pienso en olvidarme del asunto, pero hay un autobús turístico aparcado fuera, así que no puede ser muy malo. Además, necesitamos un descanso. Puede que sea divertido.

Por dentro es igual de extravagante. Después de que se riera de nosotros todo el autobús de turistas por intentar entrar por una puerta con un picaporte falso (a John no le ha hecho gracia), entramos en una estancia donde las paredes y el techo están cubiertos de tarjetas de visita, notas, postales y billetes extranjeros. No parece todo lo limpio que me gustaría, pero quizá sea por todas las cosas que tiene colgadas.

Tras el mostrador hay un hombre bronceado de cincuenta y tantos años, todo cejas, dientes y pelo engominado, que sonríe como si estuviera deseando hablar con nosotros.

—¡MIRE! —grita mientras pone una barrita de caramelo sobre el mostrador.

John y yo miramos. MIRE es el nombre de la barrita de caramelo. Me obligo a sonreír con educación. Oigo reírse a la gente que tenemos detrás haciendo cola.

—¿Qué demonios es este lugar? —pregunta John en un tono poco educado.

El dependiente no parece molestarse; su risotada es una mezcla entre un aullido y un ladrido.

—¡Nuestro especial de hoy es pollo! —anuncia mientras agita una enorme gallina de goma.

—No me apunte con esa cosa —dice John.

Veo la incomodidad en la cara del hombre de detrás del mostrador.

—John —le digo para intentar calmarlo—. Está bromeando. Creo que aquí hacen eso.

—Esto no es McDonald's —murmura John. Veo el rubor en su frente y en sus mejillas. Veo el tic en su labio superior.

—Cálmate, John. —Evito las miradas de las personas que tenemos detrás, una familia con una niña pequeña.

Pero está enfadado.

—¿A qué puto lugar me has traído? —grita, golpea el mostrador con la palma de la mano y la barrita de caramelo vibra.

El dependiente ya no sonríe. Parece sorprendido y asustado.

—Señor, va a tener que marcharse.

—¡Váyase a tomar por culo! —grita John.

Le agarro del brazo y lo arrastro hacia la puerta.

—Lo siento —le digo al dependiente—. No está bien. —Pero no veo compasión en la cara del hombre, solo dolor y rabia. Parece que podría echarse a llorar. Hoy estamos haciendo llorar a todo el mundo. John y Ella repartiendo alegría allí donde van.

John se queda mirándolo y después me dirige su mirada de la muerte. Yo paso con mi andador frente a la niña pequeña, de unos siete años, que tiene el pelo corto y rubio, los ojos grises y grandes y lleva un pasador con la cara de un gato de dibujos animados. Me mira mordiéndose el labio, sin entender bien lo que acaba de pasar.

—Siento que hayas tenido que oír eso, cielo —le digo intentando sonreír. La niña sale corriendo y nos abre la puerta. Le toco el brazo un instante y sigo avanzando. Una vez fuera, los turistas del autobús están riéndose, ajenos al escándalo que acaba de tener lugar en el interior—. Iremos a otro sitio a comer —le susurro a John.

—Desde luego que sí —responde él con un gruñido.

Sigue murmurando dentro de la caravana. Yo no digo nada. Ahora mismo le tengo miedo. Escondo la cabeza en una de mis guías. Leo sobre el tramo de la 66 que tenemos por delante, desde McConnico hasta Topock, en dirección a California. Según dicen, es la parte más auténtica de lo que queda de la vieja Ruta 66; largos tramos de desierto, pueblos fantasmas, manadas de burros salvajes y hambrientos, gravilla suelta en las cunetas y carreteras serpenteantes entre cañones.

Dirijo a John hacia la interestatal.

DIEZ

CALIFORNIA

Hemos llegado a nuestro último estado. Después de muchos kilómetros tensos en silencio, los carteles del río Colorado y de *BIENVENIDOS A CALIFORNIA* me hacen sentir mejor, pese a estar muy cansada. Creo que ambos lo estamos. Los cambios de horas y los horarios descontrolados nos están pasando factura. El calor abrasador no ayuda, por no mencionar el hecho de que el aire acondicionado ya no funciona. Y, claro está, seguimos teniendo que viajar con las ventanillas medio bajadas en todo momento por el humo. Aun así, no he tenido mucho malestar. Mis fieles pastillitas azules se han encargado de eso. Ella, la drogadicta demente, ataca de nuevo.

—Esta noche nos alojaremos en un hotel —le digo a John, intentando parecer asertiva, aunque todavía le tengo miedo después del episodio en el Snow Cap.

—Claro, buena idea —dice como si tal cosa.

Avanzamos por las deprimentes afueras de Needles. Intentaré no ser demasiado exigente con el hotel, pero sé que estaré incómoda si acabamos en un hotel de mala muerte.

—John, ahí hay uno. Dice que tienen habitaciones. Métete.

Sin decir palabra, John se mete. Abro la puerta de la caravana y me golpea una fuerte ráfaga de aire caliente del desierto que está a punto de hacer que me caiga de culo, lo juro.

John saca mi andador y me lo acerca. Dejo el bolso en la cesta y nos dirigimos hacia el vestíbulo. En cuanto entro, huelo algo que no me gusta. No sé si es comida u olor corporal, pero no me gusta.

—¿Puedo ayudarles? —pregunta una joven desde el mostrador.

—No, gracias —respondo dándome la vuelta. John me abre la puerta.

Pasamos por otros tres hoteles como este. Supongo que, si un hotel no puede mantener limpio el vestíbulo, ¿cómo van a ser las habitaciones? Son casi las siete cuando nos decantamos por el Best Western y yo creo que me va a dar un patatús. No hay nadie que nos ayude con nuestras bolsas, así que tengo que poner la mía en el andador, lo que hace que resulte más difícil empujarlo. Por suerte hay un hueco para minusválidos justo delante del hotel, junto al vestíbulo.

Cuando entro en la habitación, veo la carta de un restaurante de comida a domicilio que hay en esa misma calle. Pido sándwiches de *roast beef* y batidos, después me tomo las medicinas más una pastillita azul y me desplomo sobre la cama. Cuando llega la comida ya me encuentro mucho mejor. John enciende la tele mientras comemos. No tardo en quedarme dormida.

Sueño con nuestra vieja casa en Detroit. Es agradable volver a estar ahí. Todo sigue igual. Reconozco los muebles de nuestro antiguo salón, el viejo sofá, el papel de margaritas que John colocó en la cocina. Veo el sótano que John forró de madera y que yo adorné con muebles de Arlens. Ni siquiera recuerdo mirar estas cosas en el sueño, pero sé que están ahí.

En el sueño, estoy sentada en la antigua habitación de Cindy cuando ella se fue de casa al casarse. En realidad nunca hicimos nada con la habitación, pero había espacio suficiente para una tele y un par de sillas antiguas. Es tarde y John está durmiendo arriba. Yo estoy con Kevin, que tiene unos trece años, y estamos viendo el programa de Johnny Carson. Ambos éramos aves nocturnas y veíamos el programa todas las noches. Echaba de menos tener a Cindy en casa, así que era agradable pasar tiempo con mi hijo, aunque es probable que no debiera estar levantado tan tarde. Pero a los dos nos encantaban los cómicos: Buddy Hackett, Bob Newhart, Shecky Greene, Alan King, Charlie Callas.

En el sueño, estamos viendo a Johnny hacer su numerito de Carnac el Magnífico, en el que se viste de *swami*, se lleva un sobre a la frente y adivina las respuestas a las preguntas que hay dentro del sobre. Kevin y yo estamos riéndonos de algo que Johnny le dice a Ed sobre un yak enfermo que hay en su

saco de dormir.

Es un sueño maravilloso. Yo viendo la televisión con mi hijo en una habitación llena de muebles antiguos. Estamos comiendo galletitas de queso y nos reímos. La única cosa extraña es la respuesta de Carnac a una de las preguntas.

—Mickey Mouse, el Pato Donald y el ayatolá Jomeini —dice Johnny con el sobre pegado a su turbante.

Ed mira a Johnny y repite:

—Mickey Mouse, el Pato Donald y el ayatolá Jomeini.

Carnac le lanza cuchillos con la mirada a Ed, luego abre el sobre y lee:

—A quién conocerás en el Disneylandia del infierno.

No tengo ni idea de qué hora es cuando suena el teléfono. Ni siquiera estoy segura de dónde estoy durmiendo. Intento mirar el reloj, pero no tengo las gafas puestas. El teléfono suena y suena, igual que en casa, porque los chicos saben que tardamos en contestar. Al fin consigo descolgar.

—¿Diga?

—¿Señora Robina? Soy Eric, el recepcionista del turno de noche. Su marido está aquí abajo y… parece un poco confuso.

—¿Está bien?

—Está bien, pero parece disgustado. Primero ha salido y se ha quedado un rato junto a su caravana, ha vuelto a entrar, ha vuelto a salir, luego ha entrado y me ha preguntado dónde estaban sus llaves. Entonces he mirado en qué habitación estaba.

Yo tomo aliento y me froto el ojo izquierdo. Al menos está bien.

—Ahora no para de preguntarme dónde está el café. Le he dicho que no tenemos café hasta las seis y media de la mañana, pero insiste en que lo tenemos en alguna parte. Está muy inquieto.

—Lo siento muchísimo —respondo—. Bajaré lo antes que pueda.

Gracias a Dios me acordé de quitarle las llaves anoche.

—¿Dónde estabas? —me pregunta mientras regresamos a

nuestra habitación en el ascensor.

Llevo mi andador, todavía estoy un poco grogui por despertarme de manera tan abrupta.

—Estaba arriba durmiendo, John.

—Quiero que nos vayamos.

Salimos del ascensor y caminamos hacia la habitación.

—Es demasiado temprano. Vamos a intentar dormir un poco más, ¿de acuerdo?

—Vámonos.

—John, son las cuatro y media de la madrugada. Es demasiado temprano. Vamos a estar muy cansados.

Le pongo la televisión y le doy una bolsita de patatas de la cesta de aperitivos. Están echando un viejo episodio de *Cheers*, y eso le pone contento. Me tumbo con él en la cama, con la cabeza apoyada en la enorme montaña de almohadas que hemos construido con todas las que hemos encontrado. Sobra decir que ya no puedo volver a dormirme. Es demasiado temprano para tomarme otra pastilla. Pienso en tomarme una copa, pero falta poco para que amanezca.

Suena la música de *Cheers* con los créditos. John se limpia los dedos grasientos en la camisa.

—Bueno —dice—. Venga, vámonos.

—John, es demasiado temprano. Son las cinco de la mañana.

—¿No vamos a salir temprano?

—No. Vamos a dormir un poco. Hemos pagado mucho por esta habitación de hotel y me gustaría aprovecharla un poco.

—Bueno, venga, vamos —dice John dos minutos más tarde.

—Oh, maldita sea —respondo—. De acuerdo, vámonos.

Antes de marcharnos, me doy un baño, utilizo todas las toallas y me lavo en profundidad todas las zonas que he querido lavarme a lo largo de la última semana. Dios, espero no haber sido una de esas ancianas que van por ahí desprendiendo su olor a ancianas. Mi tía Cora era así. A la gente le lloraban los ojos cuando salía de la habitación. Me dije a mí misma que yo jamás sería así.

Cuando nos vamos, la habitación está hecha un auténtico desastre. Jamás en mi vida he dejado una habitación así. Si

prácticamente hago la cama antes de irme, pero esta vez no. Para empezar, esta mañana no tengo mucha fuerza. Pero, además, por lo que hemos pagado por la habitación, ya pueden limpiar lo que ensuciemos.

Tras echar gasolina a la Leisure Seeker, emprendemos el viaje. Al final salir temprano resulta ser una buena idea, porque al salir de Needles nos dirigimos hacia el oeste para atravesar el Mojave por un tramo de la Ruta 66 original. Salir temprano es lo más recomendable si tienes que atravesar el desierto.

Somos los únicos en la carretera cuando empieza a salir el sol. Voy sentada en la Leisure Seeker, con un vaso de cartón con café de gasolinera en la mano, y contemplo los colores que iluminan el cielo nocturno; el violeta da paso al rosa y el color carbón se transforma en azul blanquecino. Las estrellas se difuminan mientras en el horizonte se dibujan las siluetas de los aloes, de los matorrales y de las montañas de Sacramento, como si estuviera revelándose ante mis ojos una fotografía de Ansel Adams.

Quizá me estoy poniendo sentimental porque estamos cerca del final de nuestro viaje, pero siento que tenía que ver esto hoy. Y John, en su locura, ha permitido que sucediera.

Estiro la mano y le toco el brazo.

—Gracias.

John me mira preocupado.

El desierto de Mojave no tarda en darnos la bienvenida. En cuanto el sol comienza su brutal ascenso, el paisaje cambia. La desolación se cuela por los ojos y pronto invade tus constantes vitales. Yo contemplo las montañas desnudas y el paisaje vacío de color pardo. Hay matorrales por todas partes, resecos y sin color, cubriendo la tierra. Por todas partes hay unos cactus con ramas largas y espinosas que salen del suelo como dedos artríticos que intentan alcanzar algo. Recuerdo que, en *Las uvas de la ira*, Tom Joad llamaba a este desierto los huesos del campo. Estoy de acuerdo, pero hoy esos huesos parecen más los míos, frágiles e implacables.

Al acercarnos a Chambless me meto en la boca dos pastillas contra el malestar y me las tomo con el café frío. Encuentro otra media pastilla en el bolsillo y me la tomo también. Solo quiero llegar a Santa Mónica, el final del camino. Nos quedan menos de cuatrocientos kilómetros y con suerte John aguantará bien otras cinco horas.

Pasado un rato, el paisaje empieza a flotar. El cielo se llena de matorrales, pero no oscurecen el sol, que está en lo alto y calienta con fuerza y sin piedad. Cierro los ojos e intento librarme del mareo. Cuando vuelvo a mirar al cielo, veo la imagen de una mujer resplandeciente. Al principio no la reconozco, pero después se me ocurre que es Nuestra Señora de Guadalupe. Aunque no se parece mucho a ella. Tiene un aura dorada, como Nuestra Señora, y un manto verde cargado de estrellas, pero debajo lleva un traje pantalón color beis que me resulta familiar. También ha ganado un poco de peso. De hecho, Nuestra Señora se parece mucho a mí, pero en joven. Me sonríe con serenidad, me saluda y después se lleva un dedo a la boca, como si quisiera guardar un secreto.

Todavía mareada, me tomo el resto del café, que llevo en la mano desde hace una hora, con la esperanza de que la cafeína me ayude a mantenerme consciente. Mis manos desprenden un olor acre y ahumado. Miro el vaso y veo las marcas de las uñas en el cartón, porque lo tenía agarrado con fuerza. Vuelvo a mirar al cielo, pero ya no hay nada, salvo resplandor. Dejo caer el vaso al suelo.

Para cuando llegamos a Ludlow, me encuentro mejor. Decido que lo mejor será olvidar lo que ha sucedido ahí. Estoy adormecida, así que bajo del todo la ventanilla. Aumenta el ruido del viento y nubes de aire caliente se cuelan en el vehículo. Al principio resulta relajante, pero en cuestión de segundos tengo la impresión de estar dando tumbos en una secadora, con la cabeza llena de pelusas y restos de clínex lavados. Vuelvo a subir la ventanilla y la dejo abierta solo un par de centímetros.

—¿Qué le pasa a la carretera? —me pregunta John. El calor que asciende del pavimento le confunde y hace que pise el freno constantemente.

—John, no es nada —le respondo, asustada por los coches que giran bruscamente a nuestro alrededor y los ocupantes que nos gritan en silencio desde detrás de las ventanillas.

Dos minutos más tarde vuelve a preguntarme lo mismo. Y una y otra vez.

En Barstow paramos a echar gasolina y en McDonald's para que John coma algo. Yo me tomo una Coca Cola pequeña para aplacar las náuseas y despejarme la cabeza. John se termina sus dos hamburguesas, eructa y pone en marcha la caravana como si estuviera programado para hacerlo. Volvemos a la 66, aunque no del todo. La vieja carretera está enterrada bajo nosotros, sepultada por la I-15. Es triste pensar que no la pudieran dejar como estaba, pero el progreso, ese hijo de perra cabezón, es ajeno a esas cosas.

Ahora los árboles son diferentes. Son nudosos y tienen protuberancias, con espinas oscuras que crecen al final de las ramas y que arañan el aire como limpiabotellas gigantes. Me recuerdan a las imágenes de células mutadas que he visto por televisión. En mi guía pone que son árboles de Josué, y una pensaría que, como ya he viajado por aquí antes, los reconocería, pero no es así.

Poco después vuelve a resurgir la 66, pero decido que ha llegado el momento de tomar un atajo. Nos quedamos en la I-15, que nos lleva a través de Cajon Pass, de manera que rodeamos San Bernardino, que he oído que no tiene gran cosa.

Por desgracia, la carretera de bajada por Cajon Pass es muy inclinada y ancha y está llena de coches. Seis carriles con tráfico, todos colina abajo a gran velocidad. Quizá San Bernardino no hubiera sido tan mala idea después de todo. La gravedad no tarda en hacer su trabajo y la Leisure Seeker comienza a ir cada vez más deprisa colina abajo.

—John —le digo viendo como sube el velocímetro—. Vamos muy deprisa.

John me ignora.

Vamos a ciento veinte, luego a ciento treinta. No hemos ido a esa velocidad en ningún otro momento del viaje. La Leisure Seeker empieza a vibrar.

—John —repito—. Por favor, John, ve más despacio.

¿Y qué hace John? Se mete en el carril izquierdo. Empezamos a adelantar coches y más coches por mi lado, los veo pasar por mi ventanilla a toda velocidad. La vibración hace que me tiemble la cabeza. Aprieto los dientes por miedo a astillarme la dentadura postiza. Me estoy asustando mucho. Veo un cartel un poco más adelante:

RAMPA DE FRENADO DE EMERGENCIA
PARA CAMIONES

—¡John, maldita sea!

John no dice nada. Ciento treinta y cinco kilómetros por hora. Entonces sucede algo. Dejo de tener miedo. Me invade una extraña calma. Tomo aliento. Noto el estómago más asentado. Se me afloja el nudo del cuello y se me alivia el malestar. La corriente que entra por la ventanilla se ha convertido en un chillido. Ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora. El chasis vibra sin parar.

Cierro los ojos.

Entonces oigo un golpe seco. Noto que la caravana disminuye la velocidad unos quince kilómetros por hora. Abro los ojos y veo que John tiene la mano en la palanca de cambios. Mete segunda. Oigo otro golpe seco más fuerte y noto una sacudida a medida que el vehículo pierde velocidad. La vibración se suaviza y el motor de la Leisure Seeker aúlla como un espíritu que desea ser libre. Oigo que en la parte de atrás se mueven los objetos y veo que el velocímetro baja a noventa y cinco. John mira fijamente hacia delante y gruñe. Pone el intermitente y entra en el carril derecho. Alguien toca el claxon.

Yo giro la cabeza y miro los árboles.

De pronto estamos otra vez en la vieja carretera. Me alegro de haber salido de la autopista y del desierto. Me sorprende lo bonito que es Rancho Cucamonga. Aquí la Ruta 66 se llama Foothill Boulevard y prácticamente se ha transformado en una avenida verde llena de elegantes centros comerciales, restaurantes y edificios de oficinas. He de decir que es

agradable ver lugares prósperos para variar. Al llegar al pueblo de Claremont vemos un cartel:

LÍMITE DEL CONDADO DE LOS ÁNGELES

Al verlo me siento aliviada, asombrada, exultante y algo triste. Significa que estamos a unos ochenta kilómetros del océano. Ahora me doy cuenta de que necesitamos un plan. Todo lo que leo sobre Los Ángeles me indica que no hay más que tráfico por todas partes. No sé si la tarde es un buen momento del día para aventurarse en todo eso. Decido que necesitamos un lugar donde alojarnos esta noche. Dirijo a John hacia una gasolinera.

—Vamos a parar a echar gasolina, John. Necesito una parada técnica.

Decido dejar que John se encargue de la caravana, yo agarro las llaves y entro con el andador en la gasolinera. El baño está tan sucio como de costumbre. Me arreglo un poco y me dirijo hacia el mostrador. Allí hay una mujer de mediana edad con el pelo castaño y encrespado leyendo un ejemplar del *US Weekly*. Lleva una camisa vaquera con la insignia de Shell.

—¿Qué tal está usted? —pregunto.

—Parcialmente nublada —me responde con una sonrisa.

Intento no quedarme mirando los dientes que le faltan en la boca.

—¿Conoce por casualidad algún buen *camping* por esta zona?

Arruga el rostro mientras piensa. Es entonces cuando me doy cuenta de que a Norma también le faltan las cejas. No son más que unas delgadas líneas curvas de color azul donde deberían estar las cejas. Me pregunto si se las teñirá para que hagan juego con su uniforme.

—A pocos kilómetros por Foothill Boulevard verán el cartel de un *camping* de caravanas. Giren allí y avancen un poco. Es un lugar muy agradable.

—Muchas gracias.

—No hay de qué, querida. Cuídese. —Norma sonríe de nuevo abiertamente, sin miedo a dejar en evidencia lo que ya no tiene.

Norma tenía razón. El *camping* de caravanas de Foothill Boulevard es un lugar precioso y limpio, rodeado de árboles, no demasiado cerca de los centros comerciales. En la puerta de la oficina de recepción hay un cartel de madera tallada en el que pone:

DIOS BENDIGA NUESTRO CAMPING *DE CARAVANAS*

Nada más entrar, alguien se acerca a la ventanilla de la Leisure Seeker con una carpeta y nos asigna una parcela para pasar la noche, así, sin más. Mientras avanzamos por el *camping* hacia nuestro sitio, me da la impresión de que esta gente lleva mucho tiempo viviendo aquí. Hay un par de caravanas pintadas de colores monos como turquesa y rosa. Algunas tienen jardincitos o mástiles cerca de la puerta. Hay una que incluso tiene una fuentecita con agua corriente. Es un vecindario. En resumen, me siento como si estuviéramos en casa. O algo muy parecido.

—Qué bonito —comenta John.

No tardamos en instalarnos. Después de montar el toldo y sacar las sillas, John desaparece en el interior de la caravana y cierra la puerta tras él. Yo he escondido el bolso, así que no hay gran cosa que pueda hacer ahí dentro. Decido no preocuparme.

Debería mencionar que he desarrollado nuestro plan. Vamos a quedarnos aquí un tiempo. Claro, iremos mañana a Santa Mónica para terminar oficialmente la Ruta 66. Es importante para mí. Nos levantaremos temprano para no pillar mucho tráfico y recorrer esos últimos ochenta kilómetros. Quiero ver el océano una vez más. Y, por supuesto, iremos a Disneylandia.

Estoy quedándome dormida en la tumbona delante de la caravana cuando John abre la puerta y se me acerca. Oigo un sonido familiar, un *psss* burbujeante.

—Pero bueno, caballero —le digo mientras me giro—, ¿de dónde ha sacado usted esa cerveza?

Se detiene, mira la lata que tiene en la mano y entorna los

ojos.

—Del frigorífico.

—¿Me traes una?

—Compartiremos esta.

—De acuerdo. —Advierto un triángulo de espuma en su cuello. Le agarro del brazo y tiro de él para poder alcanzarlo. Le limpio la espuma con los dedos—. ¿Qué estabas haciendo? ¿Te has afeitado?

Él se acaricia la mejilla.

—Sí. —Se inclina sobre mí y me da un beso, entre la mejilla y los labios. Es lo máximo que podemos alcanzar. Huelo su espuma de afeitar y su *aftershave* de Old Spice.

—Hueles bien para variar, viejo. —Lo miro de nuevo. De hecho también se ha cambiado de ropa—. ¿Qué te ha dado? Vas hecho un pincel.

—Nada —responde, como si la senilidad hubiera sido un truco, una broma que hubiera estado gastándome durante los últimos cuatro años.

—Bueno, pues te doy el visto bueno. —No sé qué se lo ha provocado, pero de vez en cuando se vuelve muy activo y hace las cosas bien.

Se sienta en la silla junto a mí. Me entrega su lata de cerveza y doy un trago. Está tan fría que se me saltan las lágrimas. Debía de estar en la parte de atrás del frigorífico. Lo miro, recién afeitado por primera vez desde hace días, sin barba de Bigfoot, con una camisa de cuadros limpia y unos calcetines que, si no están limpios, al menos no ha llevado puestos durante cuatro días seguidos. Vuelve a parecer mi marido.

¿Qué tendrá este lugar? John se ha arreglado y yo me encuentro físicamente mejor que en las últimas dos semanas. No sé si es porque estamos muy cerca de nuestro destino o qué, pero me siento sana. Sé que es una ilusión, pero, por el momento, la disfruto.

No queda casi nada en el frigorífico, así que decido que tenemos que salir a por comida. No sé si quiero ir al supermercado o a un restaurante, pero me encuentro bien como para poder degustar una comida y quiero aprovecharlo.

Así que volvemos a guardarlo todo para poder salir con la caravana. Dejamos las sillas y algunas cosas más en la parcela.

Por aquí cerca no hay nada prometedor. John quiere ir a McDonald's, pero se lo prohíbo. Antes de alejarnos demasiado, le digo que pare en un supermercado. Aparcamos en el hueco para minusválidos y por suerte hay un carrito de la compra que alguien se ha dejado allí cerca. Me aferro a él y entramos.

El Supermercado de Ralph es grande, brillante y confuso. Tras dar varias vueltas, al fin encontramos el pasillo de las bebidas. Mientras John va a por la Pepsi, yo agarro una botella grande de vino tinto y seis latas de cerveza Hamm's. Imagino que a John podría apetecerle otra cerveza. Tras echar en el carro unas galletas de queso y unas tostadas, me noto un poco agotada, así que nos vamos a la carnicería y compramos un par de filetes, pan italiano y patatas cocidas de la sección de platos preparados. De camino a la caja compro algunos productos básicos. Luego nos largamos de allí antes de que me dé un síncope.

—Estoy agotada —digo después de meterlo todo en la caravana, incluidos nosotros mismos—. Vámonos a casa. —Qué curioso que diga eso, teniendo en cuenta que estamos montados en nuestra casa.

Más curioso aún, en cuanto llegamos al *camping*, empiezo a sentirme mejor otra vez. Todavía tengo hambre, así que preparamos los filetes en la plancha, calentamos las patatas y el pan y nos servimos una copa de vino. Es una cena maravillosa. Por una vez, me como casi todo lo que tengo en el plato. Me siento llena y satisfecha.

Después decidimos ver diapositivas. Esta vez lo hacemos más sencillo y más seguro. Le digo a John que coloque el proyector (que sorprendentemente aún funciona) en una mesa plegable que hay junto a la puerta. Yo engancho la sábana en un lateral de la caravana y proyectamos las diapositivas desde cerca. Las imágenes tienen, más o menos, medio metro cuadrado. Es como ver la televisión, salvo que el programa es tu propia vida.

Dado que esta vez no hemos ido, vemos las diapositivas de otro viaje anterior al Gran Cañón, hace mucho tiempo. En la primera aparezco de pie al borde del cañón. Es la puesta de sol, lo que John solía llamar «momento mágico». Todo el cañón brilla con una luz anaranjada. John estaba lejos cuando sacó esta foto y, como voy vestida de naranja, apenas se me ve, pero sé que estoy ahí, en la esquina de la imagen, rodeada de capas de piedra encendida, una silueta empequeñecida por esa inmensa grieta en la tierra.

Recuerdo a la perfección el atuendo que llevo en la foto. Era muy mono; unos pantalones de vestir y una blusa de flores, ambas prendas con un tono siena. Incluso John lo comentó después de sacar la foto. Dijo que hacía juego con el interior del cañón. «Me fundo con la naturaleza», recuerdo que dije. John se rio, pero los chicos no lo pillaron.

Hay toda una serie de diapositivas de la puesta de sol en el cañón. Pulso el botón un poco más deprisa a cada imagen que pasa y creo mi propia puesta de sol. Los colores se van volviendo más profundos y oscuros; el dorado carmesí se convertía en rojo sangre. Después de cinco o seis diapositivas, decido que el sol está tardando demasiado en ponerse. Pulso el botón varias veces hasta que llegamos a una imagen tomada durante el día. El cañón parece completamente diferente.

Con el sol brillante de la mañana asomado al borde escarpado de la grieta, se aprecia la diferencia de colores, las tonalidades multicolores de la piedra, el juego de sombras, la ilusión de un pozo sin fondo que sí lo tiene; es el río Colorado que hace su trabajo, erosionando siglos y siglos de piedra. En la foto solo se ve una pizca del río, y eso hace que me pregunte que si este río es capaz de erosionar la tierra de tal forma a lo largo de miles de años, ¿por qué no iba a poder partir el mundo por la mitad? ¿Eso podría ocurrir?

Pienso en toda esa agua imparable. Mi vida entera equivaldría a la milésima parte de un centímetro de este cañón. Y es probable que esté siendo generosa, lo sé, pero me consuela este hecho imaginario. Es curioso que últimamente mi insignificancia absoluta me produzca alivio.

—Es una imagen preciosa, John.

John bosteza y dice:

—Me voy a la cama.

Yo no quiero entrar todavía. Hace una noche preciosa y me alegro de estar aquí con John. Le acerco mi copa para que me la rellene.

—Solo una más, John.

Vemos media bandeja más de diapositivas, un viaje que hicimos al Noroeste del Pacífico. Hay fotos nuestras en un pueblecito llamado Victoria, a las afueras de Vancouver, en la provincia de Columbia Británica. Me encantó aquel pueblo. Era tan limpio y pintoresco. No se parece en nada a Tillman Street, donde crecí en Detroit, pero se parece a como era el mundo entonces. No tan peligroso ni tan triste.

En la última diapositiva aparecemos John y yo delante de un castillo en Victoria. La sacaron nuestros amigos Dorothy y Al.

—Esa es la última —digo y, antes de poder decir nada más, John se levanta y quita el proyector de la mesa—. ¡John! —le grito—. Por el amor de Dios, deja que lo apague.

No me presta atención. Sigo con la mirada nuestra foto, que se agita en zigzag como el haz de luz de una linterna, se proyecta en la caravana de al lado, después en la carretera, luego en los árboles y finalmente en el cielo, donde se pierde por completo como una niebla de luz.

—¡Déjalo, John! —le digo.

Él me mira con timidez y vuelve a dejar el proyector sobre la mesa.

Mi despertador suena a las cuatro y media. Con la poca luz que proyecta el reloj del horno en la cocinita, me pongo en pie y me dirijo hacia el cuarto de baño. Antes de entrar, pongo agua a calentar para el café instantáneo, aunque yo estoy bastante despierta. Últimamente tiendo a despertarme de golpe, con el corazón acelerado dentro del pecho. Aun así, tomo aliento y casi logro sonreír. La mente nublada y los ojos rojos me alegran esta mañana, porque de verdad me siento como en los viejos tiempos, levantada tan temprano en la Leisure Seeker.

Después de ir al baño, abro la puerta de fuera y me asomo. Todavía es de noche, pero la oscuridad tiene un tono sepia

que indica que no tardarán en llegar los primeros rayos de sol. John tose y abre los ojos. Todavía lleva puesta la ropa de anoche.

—John, levanta —le digo—. Tenemos que irnos.

—¿Por qué? —pregunta tras volver a toser.

—Porque no queremos pillar mucho tráfico al entrar en Los Ángeles, por eso.

Gruñe y por un momento pienso que me va a dar problemas, pero se levanta. Mi marido se ha pasado la vida intentando evitar las colas y los atascos. Esto es lo suyo.

El agua ya está hirviendo. Preparo una taza de café y se la entrego.

A las cinco y cuarto, John está sentado al volante y yo junto a él. Cuando salimos del *camping* de caravanas de Foothill Boulevard, me digo a mí misma que, con un poco de suerte, esta noche volveremos. Espero que podamos tener la misma parcela.

San Dimas, Glendora, Azusa, Irwindale, Monrovia; pequeños pueblos bien cuidados que se suceden uno detrás de otro. Foothill Boulevard no para de cambiar de nombre y yo no paro de mirar mis guías para asegurarme de que vamos en la dirección correcta. Una cosa interesante que sí vemos es un hotel en Monrovia que, según una de mis guías, tiene un diseño que es mezcla de *art déco* y de arte azteca y maya. Sinceramente puedo decir que nunca había visto un edificio así y no estoy segura de querer volver a hacerlo.

Justo antes de llegar a Pasadena, la carretera pasa a ser Colorado Boulevard y juro que el tráfico empieza a multiplicarse nada más entrar en el pueblo, incluso siendo tan temprano. Pasadena está bonito con esta luz, pero yo estoy demasiado ocupada preocupándome por lo que viene después como para disfrutar del paisaje. Intento relajarme y admirar las palmeras, las tiendas y los edificios antiguos. John está bien. No dice gran cosa, pero está conduciendo como un campeón.

Mi guía nos lleva hasta la autovía Arroyo, luego a la autopista Pasadena, de la que nos salimos en Figueroa Street. Nos dirigimos hacia el oeste por Sunset Boulevard.

Estamos en la ciudad de Los Ángeles.

Pese a lo que dije anteriormente sobre los peligros que acechan a los ancianos en las grandes ciudades, he de admitir que me encanta estar en Sunset Boulevard. He oído hablar de esta avenida toda mi vida y es divertido poder verla al fin. El tráfico empeora por momentos y sí que hay partes que parecen decadentes, pero esta calle me resulta emocionante. Supongo que estamos volviéndonos más atrevidos a medida que avanza el viaje. O atrevidos, o estúpidos. En cualquier caso, aquí estamos.

El sol ya brilla con fuerza. Va a ser un día precioso, lo sé. Veo a una hermosa joven con una falda muy corta y camiseta con cuello *halter* que está de pie frente a una tienda de objetos rebajados mirando la caravana.

—John —le digo a mi marido—, ¿era una prostituta?

Entonces veo a otra mujer, mayor que la otra y de aspecto más cansado, apoyada en el ventanal de un restaurante abandonado. Siento pena por estas mujeres, por sus elecciones, por lo que tienen que hacer para vivir. La mujer nos mira cuando pasamos. Levanto la mano. Ella mira hacia otro lado.

Se supone que tenemos que incorporarnos a Santa Mónica Boulevard, pero Sunset es tan interesante que no quiero salirme. Mi mapa dice que Sunset Boulevard se cruza con Santa Mónica Boulevard dentro de pocos kilómetros, así que decido que podemos quedarnos un poco más.

Por todas partes hay carteles en diferentes idiomas: español, inglés, armenio, japonés. Vemos pequeños centros comerciales llenos de restaurantes extranjeros. Veo tintorerías de Hollywood, pizzerías de Hollywood, tiendas de pelucas de Hollywood. Pasamos por emisoras de radio, cadenas de televisión, cines, tiendas de guitarras y restaurantes elegantes. Mientras tanto, el tráfico sigue empeorando, pero no me importa, porque aquí hay mucho que ver.

En la esquina de Sunset Boulevard con Vine Street veo un cartel que me deja sin respiración.

—¡John, mira! Es la droguería Schwab's. Ahí es donde descubrieron a Lana Turner.

John se gira hacia mí.

—Menudo cuerpo tenía.

—Estaba sentada en el mostrador cuando entró un pez gordo de Hollywood, la vio y decidió meterla en el cine.

—Probablemente quería meterle otra cosa —dice John.

Yo me río.

—Sí, quizá tengas razón. —Busco la droguería, pero no la veo por ninguna parte. Supongo que ya solo queda el cartel. Pasamos frente a un viejo cine abovedado y luego por un sitio llamado Cruces del Mundo.

Estamos acercándonos.

Hollywood Oeste es muy ostentoso. Hay vallas publicitarias enormes por toda la calle, casi todas con imágenes de mujeres vestidas de forma muy parecida a las que he visto caminando por la calle. Hay hoteles de lujo, restaurantes caros, estatuas gigantes de la rana Gustavo y del alce Bullwinkle. Veo clubes nocturnos con nombres como The Laugh Factory o The Body Shop, pero desde luego no se parecen a las fábricas ni a los *body shops* que tenemos en Detroit. Me da la impresión de que la gente de Hollywood quiere hacernos creer que trabaja para vivir. Veo muchas limusinas en las que seguramente vaya la gente a esos supuestos trabajos.

Para cuando volvemos a incorporarnos a Santa Mónica Boulevard, el tráfico es infernal y el malestar empieza a arreciar con fuerza. Me meto una pastillita azul entre los dientes y me la trago junto con los posos del café.

Frustrado, John resopla sentado al volante. Veo que se acerca peligrosamente a un descapotable que tenemos delante.

—Despacio —le digo—. Todavía nos queda un poco. —Por la ventanilla veo un pequeño restaurante de aspecto acogedor con toldos verdes llamado Dan Tana's—. Qué lugar tan bonito. Como Bill Knapp's.

Vuelve a resoplar, no dice nada y sigue mirando al frente. Levanto la cabeza y veo una enorme valla publicitaria con la imagen de dos hombres medio desnudos abrazándose y besándose entre las olas, con estas palabras debajo:

¡¡CRUCEROS GAY DESDE 899 $!!

Estamos en Hollywood, sin duda.

Tras un tramo interminable de centros comerciales, escaparates y edificios en obras, al fin llegamos a Santa Mónica. Parece un bonito pueblo, pero no hemos venido a disfrutar de las vistas. Hemos venido solo por una cosa: para llegar al final de la carretera. A medida que los números de la calle disminuyen, detecto el olor salado del océano. Incluso mezclado con el humo, me despeja la cabeza y sustituye mi malestar por un hilillo de emoción. Delante vemos un cartel sobre la calle:

OCEAN AVENUE

Frente a nosotros hay palmeras y un parque, y más allá veo el océano Pacífico en todo su esplendor. El cielo brilla cargado de azul y de blanco. Es tan maravilloso como imaginaba que sería.

—John, mira. Ahí está —le digo señalando con el dedo.

—¿Ahí está qué?

—El océano, tonto.

—Madre mía. Lo hemos conseguido.

Me sorprende y me alegra comprobar que John es consciente de lo que hemos estado haciendo. Pensaba que lo único que sabía era que su misión era conducir. Estiro la mano y la apoyo en su brazo.

—Sí, así es. Lo hemos conseguido.

—Es increíble —dice rascándose la cabeza.

—Tú nos has traído aquí, John. Has hecho un gran trabajo, cariño.

Me mira con la sonrisa más amplia que le he visto en años. Y me pregunto si no habré sido demasiado dura con él. Supongo que últimamente no le digo que ha hecho un gran trabajo con mucha frecuencia.

—Gira a la izquierda por aquí, John.

A medida que avanzamos por la avenida, el parque que hay junto a la orilla se va haciendo más ancho y veo que por

todas partes hay vagabundos que no están haciendo nada en particular. Incluso bronceados, parecen estar fuera de lugar en el océano, tan limpio e interminable.

Pocas manzanas más tarde llegamos al muelle de Santa Mónica. El cartel es justo como aparece en todas mis guías, como si llevara así años; un arco antiguo con letras que parecen sacadas de una película de Fred Astaire.

SANTA MÓNICA
PUERTO DEPORTIVO
*PESCA DEPORTIVA*EXCURSIONES*
Cafés

—Gira aquí a la derecha, John. Y ve despacio.

Pasamos por debajo del cartel y siento que el corazón se me acelera. No estaba segura de que pudiéramos lograrlo, pero lo hemos hecho. Estoy orgullosa de nosotros. A lo lejos veo la noria amarilla y morada que utilizaron para la película *El golpe*, o eso he oído. Decido que ese podría ser un buen final para el viaje de hoy.

—Venga, John. Vamos a subirnos a la noria.

Encontramos un hueco para aparcar y John me acerca el andador. El paseo no queda lejos. La luz del sol, el aire del océano y el hecho de que haya gente a mi alrededor me hacen caminar con más firmeza, con la espalda recta y la cabeza despejada. Aunque, claro, quizá no sea más que la medicación.

Por suerte hay poca cola. El feriante de la noria, un hombre despeinado que parece que se haya tirado tres días borracho, nos dice que vigilará mi andador mientras subimos. No es que tenga mucha elección, así que le creo.

—No se preocupe —me dice—. No acabará en el desguace. —Se ríe y deja ver unos dientes blancos y brillantes que parecen demasiado perfectos para ser reales. Huelo el sudor y el licor barato que emanan de sus poros. Veo la mugre en el cuello de su camisa estampada. Nos tiende a John y a mí una zarpa sudada para que nos agarremos mientras subimos al asiento de la noria. Me pregunto si querrá que le demos propina—. Diviértanse —nos dice con esa sonrisa de estrella de cine—. Y nada de besuqueos.

Baja la barra de seguridad. Estamos atrapados.

A medida que subimos, la noria emite un soniquete que me inquieta ligeramente, pero al parecer a John no. Le miro y veo que está dormido.

—John —le digo con suavidad.

Él echa la cabeza hacia atrás, abre los ojos, vuelve a cerrarlos y agacha la cabeza. Le dejo dormir. Contemplo las palmeras, que se agitan con la brisa. El agua se mueve lo justo para hacer vibrar el reflejo del sol en la superficie. Seguimos subiendo. La altura y el aire libre me habrían aterrorizado hasta hace bien poco, pero hoy no. Hoy me siento atrevida. Soy Evel Knievel. Miro hacia abajo y localizo la Leisure Seeker en el aparcamiento.

Los sonidos del muelle quedan lejos. Ahora solo oigo el viento y el crujido de la maquinaria que nos mantiene aquí arriba. Llevo el pelo recogido en un moño diminuto, pero hay algunos mechones sueltos que me golpean en la cara. Cuanto más alto subimos, más me zarandea el aire, me impide tomar aliento. Amaina justo cuando empiezo a marearme.

Veo la parte trasera del cartel del muelle de Santa Mónica. Recuerdo que el océano Pacífico no era el final oficial de la Ruta 66, que el final original estaba en otra zona de Santa Mónica, en Olympic Boulevard. Más tarde aceptaron el muelle como final no oficial porque para la gente tenía sentido que la carretera acabase en el océano Pacífico. Y yo he de decir que opino lo mismo.

Tomo aliento para respirar el aire limpio del océano justo cuando nuestra cabina llega a lo más alto de la noria. En ese momento John se despierta de su siesta.

Mira a su alrededor y empieza a gritar.

Más tarde, mientras regresamos por la autopista hacia el *camping* de caravanas, prácticamente voy jadeando por culpa del malestar, que ha vuelto con fuerza. De hecho, en una escala del uno al diez, diría que está en catorce.

—¿Estamos en la I-10, John?

—Claro.

No le creo. Busco algún cartel de la interestatal, aunque estoy casi segura de que estamos en la autopista correcta. Al

fin y al cabo, yo he dado las indicaciones para llegar hasta aquí. Creo que estoy agotada después de nuestro pequeño incidente en la noria, por no hablar del maldito malestar.

Justo antes de detenernos en otro atasco, diviso un cartel en el que pone *I-10 Este*. Respiraría aliviada, pero la verdad es que no soy capaz.

Por fin tomo aire. Con fuerza. John se gira y me mira cuando debería estar pendiente del tráfico.

—¿Qué sucede? —me pregunta—. ¿Te duele el estómago?

—Sí. Voy a tomarme un antiácido. —Abro el bolso y saco dos pastillitas azules. Debería haberme tomado dos antes, pero quería estar un poco despejada cuando llegáramos a nuestro destino. Intento tragármelas con un poco de Pepsi sin gas de una botella que encuentro bajo el asiento, pero las pastillas se me quedan en la garganta. Me da una arcada. Bebo otra vez y consigo tragármelas.

—Eso no era antiácido —me dice John.

—Es mejor que el antiácido. Estate atento a la carretera.

Genial. Ahora va y me presta atención.

Me despierto y es entonces cuando me doy cuenta de que me había quedado dormida. Ahora me siento mejor. Levanto un poco la cabeza y miro a John, que contempla la carretera absorto en su propio trance. Hay mucho tráfico y vamos a cuarenta por hora. Me pregunto cuánto tiempo habré estado durmiendo, cuánto habremos avanzado.

—¿Dónde estamos? —le pregunto, todavía medio grogui.

John no dice nada. Me fijo en un cartel que hay junto a la autopista y me doy cuenta de que ya no estamos en la I-10. Estamos en la I-5 y nos acercamos a la salida de un pueblo llamado Buena Park.

—¿Cómo hemos llegado a esta carretera?

—Tú dijiste que la tomáramos.

—No es verdad, John. Estaba dormida. No me mientas.

—Oh, mierda. —No sé si está quejándose del tráfico o de mí.

—Maldita sea, John. —Doy otro trago de Pepsi y miro mi mapa. Cuando localizo la I-5, observo que quizá no se haya equivocado tanto. Nos estamos acercando a la salida de

Anaheim y, aunque me había propuesto quedarnos más tiempo en ese *camping* de caravanas tan agradable, me doy cuenta de que probablemente esto tenga más sentido. Al fin y al cabo veníamos aquí.

—Sal en la próxima salida, John —le digo, y sonrío por lo que voy a añadir a continuación—. Vamos a Disneylandia.

Claro, no vamos a ir a Disneylandia hoy mismo. Me conformaré con encontrar un lugar donde pasar la noche. Lo cual resulta sorprendentemente fácil. Disneylandia no está lejos de la autopista y por todas partes hay anuncios de moteles, *campings* y sitios por el estilo. Elijo uno y nos salimos de la autopista, así de fácil.

El *camping* de caravanas está a solo cinco kilómetros de Disneylandia, pero alejado de casi toda la congestión del tráfico. Los Ángeles ya era horrible, pero en esta zona todo el mundo intenta llegar a un mismo sitio. Incluidos nosotros.

Cuando nos registramos (aquí no hay servicio en ventanilla y casi me caigo de culo al bajar de la caravana), la mujer de la recepción menciona que tienen servicio de autobuses a Disneylandia. Nos viene bien.

Tras encontrar nuestra parcela, me aseguro de que John aparque de manera que la parte trasera de nuestra caravana dé a la parte trasera de la caravana del vecino. Después me siento a la mesa de pícnic y le doy indicaciones mientras monta el campamento.

Este sitio no es tan agradable como el de Claremont, pero no está mal. El único problema es que, allá donde mires, hay niños corriendo como indios salvajes. (Supongo que ahora se dice «nativos americanos salvajes»). Tardamos un poco en acostumbrarnos.

Después de echar un vistazo, miro hacia arriba y veo que estamos a la sombra de una torre de agua gigantesca con dos orejas y una base redonda cubierta de puntos. Soy incapaz de describir lo horrenda que es. Sin embargo, cuando me fijo mejor descubro el secreto: su silueta se parece sospechosamente a cierto ratón de dibujos animados.

Cuando John termina, saco mi andador y doy una vuelta a la caravana para asegurarme de que todo esté en orden.

—Buen trabajo, John —le digo.

—Quiero una cerveza —responde.

Son las tres y veinte de la tarde. Es buena hora.

—De acuerdo. Te la has ganado.

Se queda ahí parado.

—Ve a buscarla —le digo—. No estás lisiado.

—¿Dónde la has guardado?

—En el frigorífico. Donde siempre.

Entra en la caravana.

—Tráeme una a mí también —le grito. Lo pienso un instante y me doy cuenta de que llevo toda la vida diciendo «no estás lisiado». Mi madre me lo decía. Y ahora hemos llegado a un punto en el que estamos lisiados de verdad.

Pero aun así no voy a traerle una cerveza a John.

Ha oscurecido ya y el *camping* está más tranquilo. Antes se notaba que había muchos niños sobreestimulados y cargados de azúcar tras un día apasionante en Disneylandia. (Así estaba Kevin cuando lo trajimos. Al pobre tuvimos que darle una medicina para el dolor de tripa antes de dormir). Ahora estarán todos durmiendo, con el estómago lleno, teniendo pesadillas sobre roedores gigantes.

Después de los sándwiches (me obligo a comer para tener fuerzas mañana), montamos el proyector junto a la caravana para ver diapositivas. El programa de esta noche es Disneylandia 1966. No fue la última vez que fuimos, pero sí la mejor. Los chicos eran todavía pequeños y les parecía que era el lugar más maravilloso de la tierra. Y John y yo éramos jóvenes aún y podíamos montarnos en las atracciones y disfrutarlo todo a través de los ojos de nuestros hijos.

La primera imagen es Main Street llena de gente, con el castillo de fondo. En primer plano aparezco yo con Kevin y Cindy de la mano, los tres con sonrisas de felicidad. Me fijo en lo bien que vamos vestidos.

La entrada a Tomorrowland; mástiles y un carrito de helados. A un lado hay un pabellón con un átomo gigante encima, pero yo me fijo en un cohete espacial enorme de color rojo y blanco que hay justo enfrente. Por entonces aquello debía de parecer muy futurista. Ahora, incluso a mis

ojos de anciana, resulta ridículo y anticuado. No sé si sigue allí. ¿Seguirá existiendo Tomorrowland?

En la siguiente diapositiva aparece Goofy arrodillado detrás de Kevin y de Cindy, dándoles un abrazo. Los niños están eufóricos, pero me fijo en que Goofy tiene la mano en la cabeza de Kevin. Parece como si fuera a darle una buena colleja.

—¿Eso es un perro? —pregunta John.

—Sí. Es Goofy, John. El personaje de dibujos.

—Ese no es Goofy —contesta.

—No digas tonterías.

En otra imagen aparecen los niños montados en platillos volantes. Debemos de seguir en Tomorrowland, porque al fondo veo una casa de aspecto futurista; un enorme champiñón con ventanas.

Kevin y yo en Frontierland, ambos con gorros de piel de mapache. Él resulta adorable. Yo, por mi parte, no tengo tan buen aspecto. Pienso en una de mis peores pelucas.

En la siguiente diapositiva aparecen John y Cindy. No hay muchas fotos de John en nuestras diapositivas, así que debí de sacarla yo. Cindy está preciosa, pero John aparece con la cabeza cortada. Probablemente la puso ahí hace mucho tiempo como algo gracioso. Al parecer todavía funciona. A mi lado, se ríe como un loco.

La última imagen es Main Street de noche, con el castillo iluminado de fondo. En el cielo se ven los fuegos artificiales, que lanzan sus bucles de colores sobre los edificios, y que duraban más que otros fuegos artificiales que yo haya visto.

—En esta empleé una exposición más prolongada —comenta John.

—¿De verdad? —Todavía me sorprende las cosas que es capaz de recordar.

Me detengo en esta diapositiva. Estudio el castillo azulado y esos fuegos artificiales y me doy cuenta de que esta es la imagen que he tenido de Disneylandia durante todos estos años. Como al comienzo del programa de televisión de *El mundo mágico de Disney*. Quizá por eso quería venir aquí esta vez. Sé que es ridículo, pero una parte de mí desea creer que el mundo que viene después de este podría ser así.

Como ya dije, hace mucho que dejé de creer en la religión y

el cielo; ángeles, arpas, nubes y todas esas chorradas. Sin embargo, una parte infantil de mi cerebro todavía quiere creer en algo así. Un mundo brillante lleno de energía y de luz donde nada es del mismo color que en la tierra; todo es más azul, más verde, más rojo. O quizá nos convirtamos en colores, en esa luz que cae del cielo sobre el castillo. Quizá ese mundo sea un lugar en el que ya hemos estado, el lugar en el que estábamos antes de nacer, de modo que morir no sería más que un regreso. Supongo que, de ser cierto, lo recordaríamos. Quizá sea eso lo que estoy haciendo con este viaje; buscar algún lugar que recuerde, en algún rincón profundo de mi alma. ¿Quién sabe? Quizá Disneylandia sea el cielo. ¿No es lo más descabellado y absurdo que habéis oído jamás? Debe de ser por la droga.

Esta noche duermo muy mal, de hecho no llego a dormir de verdad, solo sueño. Después de todos mis comentarios sobre los niños con demasiada azúcar, soy yo la que acaba soñando con ratones. Cientos de ratones que me rodean, me muerden, me despedazan y dejan al descubierto partes de mi cuerpo en las que solo se ven trozos de relleno y arpillera.

Me despierto una y otra vez de mi sueño crepuscular. Esa es otra expresión que he aprendido de los médicos. Siempre decían que, para realizarme las pruebas, era necesario anestesiarme para alcanzar un «sueño crepuscular», un término tan tranquilizador que nadie podría objetar nada. Pero descubrí que, en mi caso, esa maravillosa siestecita estaba llena de terrores y pesadillas.

Por desgracia, los ratones son solo el cortometraje previo a la película. El largometraje en cuestión está protagonizado por un asilo que conozco demasiado bien, aunque John y yo hemos visitado muchos. Es parte de tu deber como anciano. Lo haces por amor o por obligación, por cariño a familiares y amigos, por no tener nada mejor que hacer. Es un entretenimiento algo deprimente, pero te prepara para lo que te espera.

El asilo con el que sueño es el lugar en el que nuestro amigo Jim pasó sus últimos meses. Su esposa, Dawn, había muerto el año anterior, y entonces sus hijos lo metieron allí.

Jim y Dawn eran nuestros mejores amigos, así que teníamos que ir de visita. Dos veces al mes cojeábamos por esos pasillos con olor a rancio para ir a verlo, pero Jim ni siquiera nos reconocía. A nosotros, a John y a Ella, a sus compañeros de viaje, gente con la que había hecho *camping* durante veintidós años. No éramos las personas a las que deseaba ver. Deseaba ver a Dawn. El personal del centro nos decía que no hacía nada más que dar vueltas en su silla de ruedas todo el día llamando a su esposa. «Dawn», decía. «Dawn, ¿dónde estás?».

Sueño con la última vez que visitamos a Jim. Siempre era una tortura para John ver a su amigo así, pero aquel día fue peor que nunca. Jim ya ni siquiera podía hablar, no podía llamar a Dawn. Estaba sentado en su silla, babeando, con la barbilla contra el pecho. De vez en cuando movía los labios como si estuviera hablando un idioma silencioso que solo él entendía. Cuando intentamos hablar con él, levantó la cabeza y reaccionó al sonido de nuestras voces con una mirada ciega e interminable.

Cuando nos fuimos, John se volvió hacia mí en el coche y dijo lo que decía siempre después de visitar a Jim.

—Me pegaré un tiro antes de acabar así. —Pero esa última vez dijo algo más. Me tomó la mano y agregó—: Ella, prométemelo, prométeme que nunca me meterás en un lugar así.

Yo miré a mi marido y se lo prometí.

Abro los ojos poco después de las seis, resignada a no poder dormir más. En esta soleada mañana de California me siento tan débil que apenas puedo levantar la cabeza.

John está roncando. Durante la noche se ha tapado con una colcha y casi le cubre la cabeza entera. Compruebo que no se haya orinado. No lo ha hecho, pero empieza a oler mal otra vez.

Intento levantarme de la cama y no lo consigo. Pienso en rodar por el colchón, pero me da miedo acabar tirada en el suelo. Recuerdo que he dejado una de mis pastillitas azules en el bolsillo de la sudadera. Así que meto la mano entre los pliegues de mi ropa, rebusco entre los clínex arrugados y al fin localizo la pastilla en el fondo. Tras reunir toda la saliva

que puedo en la boca, que no es mucha, me la trago. Eso hará que me quede dormida o me permitirá levantarme de la cama, una de dos.

Cuando me despierto a las ocho y media, el malestar se ha suavizado. John está tumbado junto a mí con los ojos abiertos, mirando al techo de la caravana. No sé si está lúcido.

—John, ¿estás despierto?

Al principio no dice nada y pienso por un instante que ha muerto y me he quedado sola.

—¿John?

Se vuelve hacia mí y me mira.

—¿Qué?

—Me preguntaba si estabas despierto.

—Estoy despierto.

—Bien. No quiero estar sola.

Me pone la mano en la nuca y me acaricia la cabeza y el cuello. Es maravilloso sentir su mano, como siempre, pero diferente. Creo que es porque ahora tengo el pelo más fino. Cuando éramos más jóvenes lo hacía a todas horas, pero luego empecé a ponerme pelucas y dejó de hacerlo, salvo cuando estábamos en casa solos.

—No estás sola, cariño —me dice.

—No quiero que nos separemos, John.

—No nos separaremos.

Mira a su alrededor. Quizá me vaya a preguntar si estamos en casa, pero no lo hace. En lugar de eso dice:

—Esta sí que es una buena caravana.

—Sí que lo es —respondo. Nos quedamos callados durante un buen rato, pero John me mira con tanta ternura que eso me ayuda a olvidar todas las cosas malas. Es una mirada que me hace sentir que todo lo que ocurra estará bien.

Yo le sonrío.

—Tienes el pelo de punta.

Me devuelve la sonrisa, pero veo que su mirada empieza a nublarse, vuelve a entrar en el mundo gris. Empiezo a hablar más deprisa, más de lo que puedo.

—¿Estás preparado para Disneylandia? —le pregunto con

más fuerza de la que pretendía—. Recuerda que vamos hoy. Va a ser muy divertido, John.

Le asusto un poco, pero estoy intentando que vuelva junto a mí. No quiero que se vaya todavía. Quiero que lo entienda.

—¿De verdad? —pregunta.

—Sí, John. Es la última parte de nuestras vacaciones. Han sido divertidas, ¿verdad?

No sabe qué decir. Se limita a asentir, atrapado en algo que en realidad no entiende.

—Ha estado muy bien —responde.

Le pongo las manos en la cara y los dedos en los labios. Tiene las mejillas ásperas por el pelo, pero me da igual. Paso el pulgar por un bulto que tiene en el labio inferior.

—Ha estado muy bien —confirmo.

—Me alegro de que nos vayamos —dice.

Está confuso. Creo que piensa que nos vamos de vacaciones ahora. Podría corregirle, pero no lo hago.

—Yo también —le digo—. Yo también.

—¿Seguro que está en condiciones de visitar el parque hoy, señora? —pregunta el joven que conduce el minibús.

Yo quiero decirle: «Maldita sea, no. No estoy en condiciones de hacerlo hoy, pero lo voy a hacer de todos modos». Pero lo que le digo es:

—Oh, estoy segura de que nos apañaremos.

—Tienen sillas de ruedas motorizadas en las que pueden moverse para que todo sea más fácil.

—¿De verdad? —pregunto secamente—. Bueno, no nos gustan las sillas de ruedas. No creo que las necesitemos.

Me mira a través del espejo retrovisor, se fija en mi andador, pero no dice nada.

En cuanto llegamos, me doy cuenta de que tiene razón. Todo parece mucho más grande que hace veinte años. Dicen que, cuando visitas un lugar de tu infancia siendo adulto, todo te parece más pequeño. Bueno, pues visitar un lugar siendo anciano es lo contrario. Te parece todo enorme.

Aun así, estoy decidida a hacerlo. Hemos de tomar un trenecito para llegar del aparcamiento a las taquillas. A mí me cuesta mucho subirme a ese maldito trasto, hasta que un

joven se apiada y nos echa una mano.

Para cuando llegamos a la cola de las entradas, ya estoy agotada. Compramos billetes para un solo día y nos cuestan una fortuna. Supongo que ya no importa. Lo pago con la tarjeta como todo lo demás.

—¿Tienen de esas sillas de ruedas motorizadas? —pregunto, porque me doy cuenta de que ninguno de los dos podrá caminar por el parque, y menos con lo débil que me siento yo hoy.

—Puede que ya estén todas alquiladas —dice la alegre joven de la taquilla—. Tendrán que hablar con el empleado que hay allí. El alquiler de sillas está a la derecha, pasados los torniquetes.

—¿Alquiler? Me dijeron que eran gratis.

—Las eléctricas cuestan treinta dólares. Con una fianza de veinte dólares.

—Dios mío. —Miro a John y él se encoge de hombros. No recordaba que Disneylandia fuera un timo tan grande.

Me detengo a tomar aliento, miro hacia arriba y veo el monorraíl sobre nuestras cabezas.

—¡Mira eso! ¡Qué chulo! —exclama John señalando con el dedo, emocionado al ver el tren de rayas naranjas. Se ha completado la transformación. Vuelve a ser un niño.

Veo alejarse el tren. Sigue pareciéndome una visión del futuro. Salvo que ahora estoy demasiado cansada para imaginar ese futuro.

Cuando pasamos los torniquetes, me dirijo hacia el puesto de alquileres seguida de John. Ya parece desorientado con tanta actividad.

—¿Quieren un VEA? —me pregunta el joven. No estoy acostumbrada al acento sureño en alguien que parece chino.

—¿Un qué? —pregunto.

—Un vehículo eléctrico de asistencia. Un VEA. Así es como los llamamos. —Señala las dos motos que quedan.

—Supongo que sí. —Saco la tarjeta de crédito.

Me dirige la típica sonrisa de «Qué anciana decrépita tan mona», la quinta desde que llegamos a Disneylandia. Aquí les gusta sonreírte mientras te echan mano a la cartera.

—Vamos, John —digo—. Vamos a conducir un poco.

A John se le ilumina la cara al oír la palabra «conducir».

—¿Podemos meter aquí la caravana?

—No. Vamos a ir en una de estas. —Señalo las motos azules.

El joven nos explica el funcionamiento de las sillas. Al principio estoy recelosa, pero, tras una vuelta rápida supervisada alrededor de la habitación, estoy segura de poder hacerlo. John, como de costumbre, se adapta de inmediato a cualquier cosa que pueda conducir. Al poco tiempo está dando vueltas como loco.

—No quiero que te alejes de mí, John —le digo mientras dejo el bolso en la cesta delantera—. ¿Me has oído?

No, no me ha oído porque ya se ha largado.

AQUÍ ABANDONA EL PRESENTE
Y ENTRA EN EL MUNDO
DEL AYER, DEL MAÑANA
Y DE LA FANTASÍA

Eso es lo que dice el cartel cuando pasamos por debajo de un puente para entrar en el parque. Hay poca luz y está todo lleno de gente; me alegro de que vayamos montados en las sillas de ruedas. Tenemos estabilidad y no pueden empujarnos. Es una buena sensación para variar. Cuando salimos por el otro lado, me sorprende ver que Disneylandia no ha cambiado mucho, aunque desde luego hay más gente de la que recordaba, sobre todo para ser las doce menos cuarto de la mañana. No quiero ni pensar cómo estará este lugar dentro de cuatro o cinco horas. Para entonces ya nos habremos ido.

Hay familias por todas partes, carritos de bebé de dos y tres sillas. Veo una manada de unos trescientos niños, todos con la misma camiseta azul marino. Hay niños corriendo y gritando por todas partes. Cuando encaramos Main Street U. S. A., me siento un poco abrumada. Nos adelanta un viejo tranvía tirado por caballos; tras él, un coche antiguo toca la bocina con fuerza. A mis espaldas oigo el sonido metálico de una locomotora de vapor, un grupo de metales tocando una marcha de Sousa. La gente grita a mi izquierda. Un grupo de siete u ocho niños se acerca corriendo por la derecha, riéndose y chillando. Yo me aseguro de que mi bolso esté a

salvo en la cesta. De pronto John ha vuelto a desaparecer. Miro a mi izquierda, a mi derecha, pero no lo veo por ninguna parte. Empiezo a ponerme un poco nerviosa.

No sé bien qué sucede entonces, pero, cuando al fin vuelvo a mirar hacia delante, veo que estoy a punto de estrellarme contra un Winnie the Pooh gigante que ha salido de la nada. Me entra el pánico y se me olvida qué hay que hacer para frenar este trasto.

—¡Cuidado! —le grito por la espalda. En el último segundo se da la vuelta. Miro la boca de Winnie y veo a través de la rendija el pánico en los ojos de la persona que hay debajo. Le oigo decir «¡Oh!» justo antes de apartarse de un salto.

Por fin suelto el acelerador y la moto se detiene. Lo único que tenía que hacer era soltar. Le grito una disculpa a Winnie the Pooh. Él me saluda, pero lo más seguro es que, bajo el disfraz, me esté sacando el dedo.

John aparece junto a mí riéndose.

—Has estado a punto de atropellar a ese oso —dice entre carcajadas.

—Casi me da un ataque —le digo, aunque yo también empiezo a reírme. Seguro que ha sido algo digno de ver.

Main Street U. S. A. es como la plaza de un pueblo antiguo. Damos una vuelta y vemos el ayuntamiento, el cine y los recreativos. Pasamos por delante de un pequeño café que tiene una mitad interior y otra exterior, donde hay un hombre tocando *jazz* al piano. Nos detenemos y nos sentamos un rato. Cuando se nos acerca la camarera, le decimos que solo queremos sentarnos un rato y escuchar música. Nos dice que tenemos que pedir algo, así que ambos pedimos Coca-Cola. El hombre al piano toca *I Don't Know Why* y *California, Here I Come*. Me gustaría haber podido traer a los chicos y a nuestros nietos, pero, teniendo en cuenta que nadie quería que nos fuéramos de vacaciones, supongo que no habría sido posible.

Estamos frente a la Casa Tiki Hechizada cuando sucede. Estaba haciendo cola, escuchando a los pájaros cantar «En la casa Tiki, Tiki, Tiki, Tiki» y de pronto me encuentro tirada en el suelo, rodeada de paramédicos de Disneylandia y mirones.

No tengo ni idea de qué ha ocurrido.

—¿Quién es usted? —le pregunto a uno de los jóvenes, que me acaba de poner un inhalador asqueroso bajo la nariz.

—¿Cómo se encuentra? —me pregunta.

—Me siento un poco grogui, nada más. —No menciono el horrible malestar que siento en el costado, provocado posiblemente por el golpe al caer, ni le digo que siento el cuerpo como si fuera un saco de patatas que se ha caído del camión y ha rodado varios metros.

—Vamos a llevarla al hospital, señora —me dice, con sus músculos, su pelo rubio y esa apabullante seguridad. Debe de ser levantador de pesos. Tiene la cabeza conectada directamente a los hombros. Le busco el cuello, pero no se lo encuentro. Me recuerda a Jack LaLanne, pero más grande y más estúpido.

Echo un vistazo al otro tipo, un hombre negro un poco rellenito. No dice nada. Vuelvo a mirar a Jack LaLanne.

—¡No van a llevarme al puto hospital! —grito.

Oigo la sorpresa en la gente que me rodea. A todos estos ciudadanos de Disney, que satisfacen su curiosidad morbosa contemplando a una vieja gorda que se ha desmayado y se ha caído de culo, les horroriza mi lenguaje. Veo a un Mickey Mouse gigante. Niega con la cabeza frente a los niños allí presentes y se tapa sus enormes orejas con las manos.

—Tenemos que hacerlo, señora. Es protocolo de Disneylandia.

Aparto el brazo. Intento incorporarme, pero él me sujeta. No ofrezco mucha resistencia porque el malestar me está matando.

—Me da igual, no pienso ir —respondo—. Estoy bien. Solo me he mareado un poco. No estoy acostumbrada a estos artilugios. —No veo a John por ninguna parte—. ¿Dónde está mi marido?

Jack LaLanne me mira como diciendo: «Esta nos va a dar problemas». Y tiene razón. No pienso ir al hospital. Se acabaron los hospitales.

—Está junto a nuestra ambulancia —responde al fin—. Parece desorientado. ¿Sufre alzhéimer, señora?

—Tiene un poco de demencia —le digo; una de mis mentirijillas más gordas en este viaje. Decir que John tiene un

poco de demencia es como decir que yo tengo un poco de cáncer.

Me estoy enfadando, y me enfado más al ver que alguien se acerca con una camilla.

—¡No pienso tumbarme en esa cosa! —grito, aunque no sé de dónde saco fuerzas para chillar así. La gente a nuestro alrededor parece alarmada, pero no tanto como Jack y su compañero.

Sé que, cuando me tumben ahí, estará todo perdido. Me llevarán al hospital y este viaje no tendrá el final que merece. No sé de dónde me sale, pero, en cuanto pronuncio las palabras, me doy cuenta de que hablo en serio.

—Si me tumban ahí, demandaré a Disneylandia por millones de dólares.

No hay nada como ver el miedo en la cara de un hombre musculoso.

—Lo haré, con ayuda de Dios, si me ponen en esa cosa. —Me cruzo de brazos e intento no poner cara de dolor. Lo miro con los ojos entornados—. Y será culpa suya.

Jack hace un gesto con la mano para que alejen la camilla por el momento.

—Señora, a usted le pasa algo —me dice con voz cansada —. Tenemos que descubrir qué es. —Veo cierta preocupación en su mandíbula apretada, pero me da igual. Jugaré esta carta hasta el final.

—Ya sé lo que me pasa y no tengo que ir al hospital para averiguarlo. Estoy bien. Usted ayúdeme a levantarme, déjeme volver al carrito y nos iremos de Disneylandia. No volveremos a molestarles.

Ahora parece que sopesa sus opciones. Toma aliento, mira a su compañero y después se vuelve hacia mí.

—Tendrá que firmar un documento diciendo que ha rechazado asistencia médica.

—Me da igual. Firmaré lo que sea. Pero sáquennos de aquí.

—De acuerdo —dice Jack LaLanne con brusquedad. Está enfadado.

Claro que lo está. He ganado yo.

Cuando el taxi nos deja en la Leisure Seeker, me tomo mis

dos últimas pastillitas azules, le doy un Valium a John y ambos dormimos durante mucho, mucho tiempo. El malestar me aqueja de vez en cuando, así que duermo a saltos, sueño con mis hijos, con las vacaciones que hemos hecho juntos y con las que no. Sueño con Kevin, con la tristeza siempre presente en sus ojos, la tristeza que está por venir. Sueño con Cynthia, que será la fuerte, soportará todo lo que ocurra, como siempre ha hecho. Estarán bien, me lo dice mi yo en el sueño. Saben que su madre y su padre siempre los han querido, que lo que sea que ocurra al final de una vida no representa la vida entera.

Cuando me despierto, el malestar sigue ahí, pero un poco más tolerable. En el reloj de la caravana pone que son las ocho y siete minutos de la tarde. Hace un calor sofocante y huele mal. No tardo en darme cuenta de que se nos ha estropeado el frigorífico.

La caravana está a oscuras, así que decido encender una luz. Cuando nos fuimos a la cama, me acordé de llevarme la linterna a pilas. Cuando me inclino para alcanzarla, estoy a punto de volver a perder la consciencia. Me siento y me quedo jadeando durante un minuto hasta poder alcanzarla. Me froto la frente. La enciendo y la bombilla parpadea, luego tiembla y un hilillo de luz apenas ilumina la habitación. Se está quedando sin pilas, pero es un grado de luz perfecto para mis ojos. Vuelvo a tumbarme, todavía mareada, pero menos. Mi cuerpo ha soportado muchos trotes en este viaje, más de los que creí que podría soportar, y desde luego más de los que mis médicos habrían podido imaginar.

Ha merecido la pena. Este viaje, pese a todo lo sucedido, ha merecido la pena. Siento haber preocupado a mis hijos, pero me he pasado toda mi vida adulta preocupándome por ellos, así que podría decirse que estamos empatados.

Junto a mí, John ronca con fuerza. Cada tres o cuatro ronquidos, hay una larga pausa en la que parece que su aliento queda suspendido. Después de una de esas pausas, ronca con tanta fuerza que se despierta. Se incorpora y me mira a la cara. No creo que me reconozca.

—¿Estamos en casa? —me pregunta con voz somnolienta.

Yo asiento con la cabeza.

Veo que ha debido de orinarse un poco, pero no me

molesta, esta noche no. Decido que, mientras me duren las fuerzas, le limpiaré y le cambiaré la ropa interior. La norma de cualquier madre para los accidentes de coche. Le desabrocho el pantalón e intento bajárselo. Por una vez coopera y levanta el culo. Tiro de los pantalones y de los calzoncillos, todo a la vez, pero incluso con su colaboración resulta difícil. Enseguida descubro por qué. John tiene una erección como no le he visto en años.

—¡Vaya, mira eso! —le digo—. Perro viejo.

Sigo sin saber si me reconoce, pero me sonríe, y es una sonrisa que reconozco.

Le quito los zapatos y los pantalones, respirando por la boca, tratando de no mirar su ropa interior porque seguramente arruinaría lo que siento ahora mismo. Lo escondo todo en el compartimento que hay al pie de la cama. Saco su cartera y la lanzo sobre la mesa. Apago la linterna.

Oigo que John toma aliento cuando le toco el pene con la mano, y me doy cuenta de que había olvidado el sonido que hace. Eso me hace sonreír y me aleja de este viejo cuerpo mío. Lo miro a los ojos, medio cerrados, pero que me miran. Me pregunto si esto podría funcionar.

¿Por qué no?, me pregunto. ¿Por qué no?

Vuelvo a sentir la punzada de deseo que experimenté hace días cuando John me tocó para ayudarme a subir a la camioneta, pero ahora es más fuerte. Lo noto a través del dolor, de las magulladuras de mi cuerpo, de mi piel arrugada, que lleva escrita en ella mi vida entera. Lo noto a pesar de las náuseas, de mi voluntad de morir.

—Ella —dice John mientras lo acaricio; su piel ahora está más seca y su mirada más despejada—. Ella.

Creo que en este momento no hay otra cosa que me habría gustado más escuchar que mi propio nombre. Mi marido me mira, se incorpora, se me acerca, se pone encima.

Eso es algo que el cuerpo no olvida.

Cuando el dolor vuelve a despertarme, es la una y diecisiete de la madrugada. John está tan profundamente dormido por el segundo Valium que le di que ni siquiera ronca. El ritmo de su respiración parece casi aleatorio ahora mismo. Las

exhalaciones, cuando se producen, son largas y superficiales, un shhhh, como si estuviera trasladándonos a un lugar tranquilo. Esto tiene algo tan familiar, después de una vida entera haciendo el amor con este hombre, que casi me impide levantarme para hacer lo que tengo que hacer.

Pero me levanto de todos modos.

La luna está llena y el interior de la Leisure Seeker está iluminado por una neblina opalescente que alcanza solo el borde de las cosas. Cuando me pongo de pie, me agarro a la mesa para estabilizarme. Me dirijo con cuidado hacia la pequeña cómoda de cajones. Tengo las piernas rígidas, pero no me tiemblan. Es sorprendente, teniendo en cuenta el ejercicio que han realizado esta noche. Del cajón saco un camisón de felpa para mí y ropa interior limpia para John. Me pongo el camisón por encima de la cabeza y dejo caer el tejido esponjoso sobre mis caderas y mis piernas.

Decido dejar a John con su camiseta, sucia como está. Le pongo los calzoncillos, pero no se los paso por encima del culo. Como si quisiera cooperar de manera inconsciente, se pone de costado mirando hacia mí y yo consigo subírselos para que esté un poco decente. Le tapo con la sábana para que no pase frío, le doy un beso en la frente sudada y le doy las buenas noches a mi precioso marido.

Por el momento le pongo mi almohada sobre la oreja izquierda. No se despierta. Localizo mi bolso y saco las llaves. Enciendo la linterna, pero ahora da todavía menos luz y apenas me sirve de guía.

Abro la puerta lateral de la caravana. Fuera, el *camping* está en completo silencio. Siento el aire fresco de la noche en las piernas y en la humedad que hay entre ellas. Miro hacia arriba. No hay estrellas, solo nubes que se mueven muy deprisa, formas alargadas y oscuras que recorren el cielo negro, y la enorme silueta de la torre de agua de Mickey Mouse. Hay un ligero olor a caléndula en el aire.

Cierro la puerta sin hacer ruido, cierro también todas las ventanas y me dirijo hacia el asiento del conductor. Cierro los ojos cuando pongo en marcha la Leisure Seeker. El rugido inicial del motor podría despertar a John, pero no es así. A los pocos segundos solo se oye un zumbido lejano. Los hilillos de humo comienzan a entrar en la caravana.

Me levanto del asiento y vuelvo hacia la zona del salón, donde la linterna emite ahora un brillo marrón, una especie de antiluz. Me siento cómoda en la penumbra. Todavía no tengo sueño, pero ya me siento más como John, incapaz de distinguir el sueño de la realidad.

Ahora que todavía tengo fuerzas, busco en mi bolso mi carné de identidad y lo coloco sobre la mesa. Hago lo mismo con el carné de conducir de John, después me levanto del banco y voy a tumbarme junto a él.

Estoy lista para irme a dormir.

Al poco empieza a entrarme sueño. Me siento como después de una larga noche sin dormir; ese momento en el que eres consciente, consciente de verdad, de que el sueño te arrastra. Sientes que entras en el reino de los sueños, te ves a ti misma allí tumbada, rodeada de la nada.

La diferencia es que normalmente ese momento de consciencia es lo que te despierta de nuevo, lo que te devuelve a la realidad, pero esta vez no. Ahora sé que hemos encontrado ese lugar entre la luz y la oscuridad, entre la vigilia y el sueño.

Nuestros viajes terminan aquí y, en pocas palabras, es un alivio. Llegado este punto, tengo que decir que lo siento por los chicos, por lo que pensarán, pero lo he dejado todo explicado en una carta que se abrirá cuando todo pase. Parece que los abogados sí que sirven para algo bueno. Ya está todo arreglado, nuestros asuntos están en orden. Dios, puede que incluso nos libremos de pagar la que sin duda será una factura de Visa escandalosa.

Sé que todo esto parece horrible, impactante y morboso, pero os aseguro que no lo es. Hace mucho tiempo, John y yo establecimos nuestras propias normas a partir de las cosas más mundanas de la vida: hipotecas, trabajos, hijos, disputas, enfermedades, costumbres, tiempo, miedo, dolor, amor, hogar. Construimos una vida juntos y haremos juntos lo que sea que venga después. Yo digo que si el amor es lo que nos mantiene unidos durante la vida, ¿por qué no puede unirnos y mantenernos juntos después de morir?

Mejor terminar con algo positivo. Han sido unas vacaciones fantásticas. Lo he pasado realmente bien. De habernos quedado en casa, todo habría empeorado mucho antes,

creedme. Yo habría sufrido muchísimo más. Me habrían sometido a todas las humillaciones que ofrece la medicina moderna y no habría cambiado nada. Al final me habrían enviado a casa a morir. Después de eso, y en contra de su voluntad, habrían metido a John en un asilo. Él tendría un empeoramiento final de un año, dos o tres, cada uno peor que el anterior.

Ese final sí que sería triste. El uno sin el otro. Es lo que ocurriría si yo no terminase la historia de esta forma. Quizá cueste creerlo, pero este es un final feliz. Lo que todos deseamos, pero nunca nos conceden.

El amor no siempre significa esto, pero para nosotros hoy es así.

La decisión es cosa nuestra.